

COLECCIÓN HISTÓRICA CUBANA Y AMERICANA

Dirigida por

EMILIO ROIG DE LEUGHSENRING

Historiador de la Ciudad de La Habana.

3

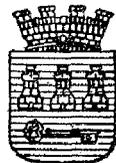
JOSÉ MARÍA HEREDIA

POESÍAS
COMPLETAS

HOMENAJE DE LA CIUDAD DE LA HABANA
EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE HEREDIA

1839 — 1939

VOL. I



MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde Dr. Raúl G. Menocal

1940

Í N D I C E

V O L U M E N I

	<u>Pág.</u>
Introducción, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	7
Días y hechos de José María Heredia, por <i>Francisco González del Valle</i> y <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	19
Heredia. Apuntes para un estudio sobre su vida y su obra, por <i>Enrique Gay Calbó</i>	33
Reencuentro y afirmación del poeta Heredia, por <i>Angel I. Augier</i>	53
ENSAYOS POETICOS.	
INDICE	81
INDICE PARTICULAR DE LA COLECCIÓN DE FÁBULAS	84
ADVERTENCIA	86
DEDICATORIA	86
COLECCIÓN DE FÁBULAS.	
.	87
El filósofo y el buho	87
El milano y el palomo.	88
Los dos gatos	89
El ruiseñor, el príncipe y su ayo	90
El grillo.	90
La paloma y la curruca	92

	<u>Pág.</u>
La ardilla, el perro y la zorra	93
La presumida y la abeja	94
El piloto imprudente	95
La oveja y el perro	96
Los dos diamantes	97
El gato y los ratones	97
El buey, el caballo y el asno	98
El loro confiado	99
La paloma y la marica	100
Júpiter y Minos	102
Esopo y un majadero	103
El fénix	104

ENSAYOS POÉTICOS.

Al concluirse una partida de campo	105
Elegía. La salida de Caracas	105
Oda. Mis deseos	106
Las ruinas de Mayquetía	108
Soneto	108
La envidia	109
La avaricia	109
Carta a M. F., conde de Tovar	110
La despedida	111
Oda	113

OBRAS POÉTICAS.

ÍNDICE	117
------------------	-----

POESÍAS AMATORIAS.

Del amor	121
Mi ciencia	122
La herida	123

	<i>Pág.</i>
Los ojos de Belisa	124
Las palomas	124
La declaración	125
El sueño	126
La ausencia	127
La constancia	128
Los desvelados	128
A mi rival	130
El ¿qué dirán?	132
El billete.	133
El amante firme	134
El amante despechado	137
La despedida.	139
La partida	142
La mudanza	143

POESÍAS JOCOSAS.

Le cayó la lotería	145
Cuento	146
Descripción de la fiesta que se hizo a bordo de la fragata anglo-americana "Isabela" al pasar el trópico de Cáncer el día 18 de diciembre de 1817.	148
Epigrama.	151

POESÍAS DEL GÉNERO ELEGÍACO Y HEROICO.

En la muerte de la reina doña María Isabel Francisca de Braganza	152
Cristóbal Colón	153
El amor	154
Inscripciones	154
Alegoría I.	155
Alegoría II.	155
En la abolición del comercio de negros	156

	<i>Pág.</i>
Al coronel don José Barradas	158
En la representación de la tragedia "Doña Inés de Castro".	160
A. D. J. M. Unzueta en su viaje a La Habana	161
Al Sr. marqués de Casa-Ramos, en sus días	163
Traducción de la oda 14 de Horacio	163
Carta a Manuel B.	164
A la muerte	167
Abuso de la navegación	168
Con motivo de haber abrazado un amigo la carrera militar. . .	171
Himno patriótico en la publicación del indulto real en Ca- racas el 13 de septiembre de 1817.	172
En celebración de las victorias conseguidas en Nueva España bajo el gobierno del Exemo. Sr. conde del Venadito. . .	174
A don Blas Osés.	177

POESIAS AMOROSAS.

La desconfianza	195
Mis versos	197
Mi gusto	198
A mi querida	199
Para grabarse en un árbol	200
La partida	201
La prenda de fidelidad	203
El rizo de pelo	206
A Elpino.	209
Recuerdo.	211
A la hermosura.	212
A D. Domingo Delmonte, desde el campo	215
La inconstancia	219
Misantropía	222
A . . . , en el baile	225
A mi caballo.	228
La cifra	230
¡Ay de mí!	231
A una señorita que leía con gusto mis versos.	232

	<i>Pág.</i>
A Lola, en sus días.	234
El ruego	238
Ausencia y recuerdos	239
El desamor	242
El consuelo	245
En mi cumpleaños	247
Los celos	253
El convite	257
La resolución.	260
A Rita L...	262
Renunciando a la poesía	265
La lágrima de piedad	267
Atala	269
A la estrella de Venus.	272
A la señora María Pautret.	275
Adiós	277
En la representación de <i>Oscar</i>	279
A mi amante.	282
La ausencia	285
La mañana	287
Voto de amor	288

I N T R O D U C C I Ó N

En esta colección de Poesías Completas—líricas—de José María Heredia, que consagra la ciudad de La Habana como homenaje al poeta en el centenario de su muerte, hemos seguido, fundamentalmente, las dos ediciones publicadas por él, la primera en Nueva York en 1825, y la segunda en Toluca en 1832, completándolas con la edición que vió la luz en Nueva York, 1875, Imprenta y librería de N. Ponce de León, bajo la dirección de Antonio Bachiller y Morales, y además, con copias manuscritas que pertenecieron a los archivos de José Augusto Escoto y de Enrique Larrondo y Maza, con originales y copias manuscritas existentes en la Biblioteca Nacional y en el Museo Nacional, y con periódicos de la época. Estas consultas nos han permitido enmendar algunos errores importantes—tanto en el texto como en la inclusión, entre las poesías originales, de varias traducciones o imitaciones—de que adolecen la edición de Ponce de León, que es la más conocida y se consideraba la más completa, y otras posteriores copiadas de aquélla, así como agregar las siguientes poesías, que no figuran en dicha edición:

Mis versos.

Misantropía. (*La primera de las dos poesías de Heredia que llevan ese nombre*).

A una señorita que leía con gusto mis versos.

Voto de amor.

1820. (*Octava*).

Himno patriótico al restablecimiento de la Constitución.

En la muerte del Sr. D. Alejandro Ramírez.

El Dos de Mayo.

Himno de guerra.

Himno en honor del general Victoria.

Elegía.

El amolador.

El Once de Mayo.

Al C. Quintana Roo. (*Segunda epístola*).

A la "Cantata heroica".

Mi ciencia.

Vanidad de las riquezas.

Todas éstas originales de Heredia, y las traducciones o imitaciones:

Fragmento del Libro I de *La Eneida*. Introducción.

Fragmento de *La Eneida*.

La batalla de Lora.

Invitación a los poetas en el aniversario de la muerte del Redentor.

Las chinampas.

La resolución.

El pino y el granado.

De estas poesías, la titulada Voto de Amor se considera inédita.

Además publicamos las dos colecciones tituladas Ensayos Poéticos de D. José María Heredia, de 1819, y Obras Poéticas de D. José María Heredia, tomo 1º, Méjico, 1820, que se encuentran en la Biblioteca Nacional, la primera en copia manuscrita firmada por Juan García Enseñat, y la segunda en original manuscrito del mismo Heredia, y que, con las excepciones que en cada caso señalamos, han permanecido inéditas hasta aquí. Ensayos Poéticos y Obras Poéticas constituyen las primicias de la producción lírica de Heredia. Formó la primera de estas colecciones, como él indicara, exclusivamente para sí mismo y para sus íntimos, considerando que no merecía publicarse. En cuanto a la segunda, en la que incluyó, aunque casi siempre con variantes, muchas de las poesías de Ensayos, la dejó dispuesta como primer tomo de sus obras, sin que llegara a imprimirla, si bien escogió de ella algunas composiciones para publicarlas en periódicos de México y después en la edición de Nueva York, 1825. Atendiendo al carácter histórico de esta edición, se reproducen en ella ambas colecciones, pero en grupo aparte y conservándoles su disposición primitiva, excepto aquellas poesías publicadas luego por Heredia, a que ya nos referimos, las cuales se incluyen en la definitiva obra lírica de nuestro gran poeta.

Con anterioridad a los Ensayos Poéticos, Heredia reunió sus primeras composiciones en dos cuadernos de los cuales sólo se con-

serva el segundo, titulado: Colección / de las composiciones de José María Heredia. / Cuaderno 2º / Est Deus in nobis, agitante calescimus illo. Este cuaderno, que hoy se encuentra en el Museo Nacional, consta de 77 p., y contiene además del sainete El campesino espantado y la pieza en un acto Eduardo IV o El usurpador elemento, muchas de las poesías que figuran en la segunda parte de los Ensayos Poéticos, y también, en su mayor parte, en Obras Poéticas. Al pie de cada composición de estas dos colecciones hacemos constar si figura en dicho Cuaderno. En cuanto al Cuaderno 1º, supónese que contuviera las Fábulas que forman la primera parte de los Ensayos Poéticos.

También agregamos, a continuación de Obras Poéticas, diez composiciones que se creen de la misma época, o cuando más de 1821, traducidas por Heredia de un libro en francés, cuyo título y autor ha sido imposible hasta aquí averiguar, y escritas por él mismo en los blancos del ejemplar incompleto de ese libro que se conserva en el Museo Nacional. El poeta nunca las publicó, ni siquiera aludió a ellas, pues parecen haber sido simples ejercicios de versificación que no llegó a pulir, y figuran en este volumen únicamente como interesante aporte histórico.

En cuanto a las poesías que constituyen la definitiva obra lírica de Heredia, las hemos agrupado, apartándonos un tanto de lo establecido en compilaciones anteriores, de acuerdo con la siguiente y más ajustada clasificación:

*Amorosas,
Cívicas y Revolucionarias,
Filosóficas e Históricas,
Descriptivas,
Familiars,
Imitaciones y Traducciones.*

No hemos distinguido, en este último grupo, entre imitaciones y traducciones propiamente dichas, porque nunca o casi nunca se ciñó Heredia a una mera traducción, sino que introducía en ella pensamientos propios.

Seguimos, dentro de cada grupo, el orden cronológico, indicando al pie de cada poesía, a la derecha, la fecha de composición dada por el mismo Heredia, o tomada de datos biográficos fidedig-

nos; e inmediatamente debajo, la cita de la edición, periódico, etc., de donde se ha copiado. A la izquierda aparece la mención de las reproducciones del mismo poema hechas en vida de Heredia de que tenemos noticia, y también las notas que hemos considerado necesarias para mejor conocimiento de la composición. Cuando ésta se publicó bajo otro título, aparece éste en cursiva, a seguidas de la cita de publicación.

Como es sabido, Heredia introducía casi siempre numerosas variantes al reproducir sus poesías; nosotros damos siempre la última que él publicara, por considerarla como expresión definitiva de su pensamiento. Así, de las poesías que aparecen en Ensayos Poéticos y Obras Poéticas, ofrecemos la versión que figura en Obras Poéticas; y de las publicadas en las ediciones de 1825 y 1832, la correspondiente a 1832. Pero incluimos también la primera versión de cinco poesías: Niágara, A los griegos en 1821, La inconstancia, A Elpino y La partida por las razones que al pie de cada una de ellas se dan. En cuanto a las demás, sin pretender en modo alguno hacer una edición crítica, sino atendiendo al sentido histórico que informa nuestra labor, y para mejor comprensión del pensamiento herédico, damos, en nota al pie, las estrofas que el poeta incluyó en la versión primitiva de algunas obras y que suprimió al reproducirlas, así como también señalamos las variantes más notables entre las diferentes versiones. Marcaremos con el signo \diamond aquellas publicaciones de poesías de cuya existencia sabemos, pero cuyo texto no hemos podido confrontar para saber si en algo difiere de los conocidos. Es muy de lamentar que, por haberse publicado casi exclusivamente fuera de Cuba gran parte de la obra de Heredia, carezcamos de muchos datos acerca de la misma, y acaso hasta ignoremos la existencia de algunas de sus poesías. A continuación mencionamos los títulos de las composiciones cuyo texto no nos ha sido posible obtener:

Romance a una lectora, que apareció en la Biblioteca de Damas, publicada por Heredia en La Habana en 1821.

Imistona, traducción de un poema de Osíán.

Traducción de un idilio persa (que ignoramos si es prosa o verso), publicado en El Iris, México, 31 mayo 1826.

Lágrimas y ausencia, publicada en La Guirnalda Cubana, La Habana, 1854.

Tampoco hemos podido conseguir el texto de las once primeras Cartas sobre la Mitología, traducidas del francés, en que mezclaba Heredia prosa y verso.

No incluimos la poesía A la muerte de Dorila, publicada en el Calendario de las señoritas megicanas para el año 1838, dispuesto por Mariano Galván, y firmada H, porque aunque el poeta colaboró en esa publicación y acostumbraba firmar así muchas composiciones, ni el carácter de la poesía ni los datos biográficos de Heredia permiten admitir que él la escribiera, y además otros poetas de la misma época—Hechavarría, por ejemplo—también firmaban con esa inicial.

Tampoco hemos incluido el epitafio en verso al pintor Juan Bautista Vermay, que algunos atribuyen a Heredia, porque tal suposición no ha podido confirmarse, y en cambio existen indicios mucho más claros de que el autor del epitafio fuera Agustín Zárraga y Heredia, primo del poeta y discípulo de Vermay.

En cuanto a los versos siguientes:

Dulce patria, amores, todo,
 Todo lo tuve... ¡Oh Dioses! una hora adversa
 De todo me privó... Nó, no es posible
 Que aquel instante a mi memoria venga,
 Sin que toda esa raza de hombres duros
 Con odio interminable yo aborrezca.

escritos por Heredia al final de una carta a su madre de fecha 12 julio 1826, no los hemos hallado en ninguna de sus poesías, e ignoramos si son mera improvisación, fragmento de alguna composición suya desconocida, o cita de otro autor, aunque esto último parece lo menos probable.

Sábese que, como ya dijimos, Heredia publicó sólo dos ediciones de sus versos: la primera en 1825, en Nueva York, bajo su dirección; la segunda en 1832, en Toluca, compuesta tipográficamente por él mismo y su esposa. El ejemplar de la edición de 1825 que hemos tenido a la vista, y es uno de los escasísimos que se conservan, nos ha sido facilitado por el señor Federico Castañeda, a

quien vivamente agradecemos esta valiosa contribución. El de la edición de 1832, que ha servido de guía principal para el texto de la obra, es propiedad del doctor Francisco González del Valle, y constituye una verdadera joya bibliográfica, por ser uno de los cinco que llegaron completos a La Habana, ya que en todos los demás —tales como el que posee la Biblioteca Nacional— se suprimieron las poesías patrióticas para que pudiesen circular en Cuba; y también porque contiene las correcciones autógrafas hechas por Domingo Delmonte, con autorización de Heredia, para una edición que se proyectaba en 1836, y que no llegó a publicarse. Nosotros, sin embargo, no hemos seguido estas correcciones, por ignorar en qué casos Heredia las habría aprobado y en cuáles no.

La edición de 1825 dice en la portada: Poesías / de / José María Heredia, / Nueva York: / Librería de Behr y Kahl, 129 Broadway. / Imprenta de Gray y Bunce. / 1825. Lleva la siguiente dedicatoria:

A D. IGNACIO HEREDIA

¿A quién deberé dedicar estas poesías sino al mejor de los amigos, al que me ama más que un hermano, a tí, Ignacio mío? Cuando apesar de las olas del Océano que nos separan, lleguen a tus manos, léelas bajo las mismas sombras pacíficas donde muchas de ellas se escribieron, donde en paz pensé acabar mis días a tu lado. Pero un huracán imprevisto arruinó todas mis inocentes esperanzas, y me ha traído a fatigar con mi aspecto errante las playas extranjeras. Desde ellas se parten a tu seno estas efusiones de mi alma, con las que te envía toda su amistad pura, ardiente, eterna

José María Heredia.

Y además una Advertencia en castellano y en inglés. El texto castellano dice así:

Se notará en esta obrita profusión de acentos; pero ha sido necesario emplearlos, para hacerla útil a los americanos que estudian el español, y desean adquirir una buena pronunciación.

Y la traducción del texto inglés es como sigue:

El autor ha prestado particular atención a los acentos, con objeto de que estas poesías sean útiles a los americanos que aprenden el español. Nada más adecuado para procurarles un conocimiento práctico de la exacta pronunciación de las palabras que el hábito de leer versos. ¡Reciban aquéllos este pequeño servicio de un joven desterrado, como expresión de gratitud por el asilo que le ofrece este afortunado país!

Esta Advertencia ha hecho suponer que Heredia se proponía emplear el libro como texto para las lecciones de inglés que daba en Nueva York en el colegio de M. Bancel. Nosotros, por supuesto, hemos suprimido todos estos acentos, así como hemos modernizado la ortografía de todas las composiciones que en este volumen aparecen.

La edición de 1832, que comprende dos tomos en un volumen, dice en la portada de cada uno: Poesías / del ciudadano / José María Heredia, / Ministro de la Audiencia de México, / Segunda edición corregida y aumentada [Aquí Tomo I y Tomo II, respectivamente] Toluca: 1832. / Imprenta del Estado, a cargo de Juan Matute. El tomo I, que contiene las poesías amorosas lleva esta

DEDICATORIA

A mi esposa.

Quando en mis venas férvidas ardía
La fiera juventud, en mis canciones
El tormentoso afán de mis pasiones
Con dolorosas lágrimas vertía.

Hoy a ti las dedico, esposa mía,
Quando el amor, más libre de ilusiones,
Inflama nuestros puros corazones,
Y sereno y de paz me luce el día.

Así, perdido en turbulentos mares,
Mísero navegante al cielo implora
Quando le aqueja la tormenta grave;

Y del naufragio libre, en los altares
Consagra fiel a la deidad que adora
Las húmedas reliquias de su nave.

Esta Dedicatoria había sido ya publicada por Heredia, con ligerísimas variantes, en El Amigo del Pueblo, México, t. I, n.º 14,

31 octubre 1827, con el título Dedicatoria de mis poesías eróticas a mi esposa, y reproducida en 1829 en la revista Miscelánea que en esa época editaba el poeta en Tlalpam.

El tomo II: Poesías filosóficas, morales y descriptivas, lleva esta dedicatoria:

A Domingo Delmonte, / en testimonio / de inalterable afecto, / su tierno amigo, / José María Heredia.

Además, al frente del volumen aparece la siguiente

ADVERTENCIA

En 1825 publiqué la primera edición de estas poesías, sin pretensión alguna literaria. Mis amigos la deseaban, y sus instancias me distraían de los vastos designios que me inspiraban la exaltación y el amor a la gloria. Por este motivo, y como quien arroja de sí una carga, lancé al mundo mis versos para que tuviesen su día de vida, en circunstancias muy desventajosas, pues la tormenta que me arrojó a las playas del Norte, me privó de los manuscritos, dejándome sin más recursos que mi fatigada memoria.

Olvidé pronto aquel libro, y entré en la ardua carrera que me llamaba. Un concurso raro de circunstancias frustró mis proyectos, reduciéndome a ocupaciones sedentarias, que hicieron revivir mi gusto a la literatura. Entre tanto, mis poesías habían corrido con aceptación en América y Europa, y la reimpresión de varias en París, Londres, Hamburgo y Filadelfia, el juicio favorable de literatos distinguidos (1), y la exaltación literaria excitada en mi país por la discusión de su mérito, prorrogaron el día de vida que yo les había señalado.

Me veo, pues, en el caso de hacer esta nueva edición, en que además de haberse corregido con esmero las poesías ya publicadas, se incluyen las filosóficas y patrióticas que faltan en la de 1825.

El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más o menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta a los veinte y cinco años. Todos mis escritos deben resentir la rara volubilidad de mi suerte. La nueva generación gozará días más serenos, y los que en ella se consagren a las Musas, deben ser mucho más dichosos.

(1) El célebre Lista se excedió hasta calificarme de *un gran poeta*.

Al iniciar la compilación de estas Poesías Completas de José María Heredia, solicitamos la colaboración del doctor Francisco González del Valle, en reconocimiento de sus méritos excepcionales como erudito, acucioso y concienzudo investigador de la historia intelectual de Cuba, y muy especialmente, de la devoción con que ha consagrado esas dotes a los estudios heredianos. Complácenos en extremo rendir testimonio de agradecimiento a la asiduidad y al celo con que generosamente nos la ha prestado. A más de autorizarnos para servirnos de su Cronología Herediana como base para la anotación cronológica de las poesías, y de proporcionarnos el valioso ejemplar de la edición de Toluca que ya mencionamos, puso a nuestra disposición su extensísimo archivo herediano, que contiene entre otros documentos de alto interés, muchos de los que pertenecieron a los archivos de José Augusto Escoto, Domingo Figarola-Caneda y Enrique Larrondo y Maza, y que hemos utilizado constantemente para confrontar el texto de muchas de las composiciones no incluídas en las ediciones de 1825 y 1832, y para copiar las siguientes, que no han figurado hasta aquí en ninguna edición: Voto de amor, A la Paz, El Amolador, El Once de Mayo, Al c. Andrés Quintana Roo [Segunda epístola], A la "Cantata heroica", Las Chinampas, los dos fragmentos traducidos de La Eneida, la Invitación a los poetas en la muerte del Redentor, y El pino y el granado. También debemos a su gentileza el habernos obtenido la cooperación del doctor Manuel García Garófalo Mesa, cuyo aporte a esta edición señalaremos más adelante. Pero el notable heredista no se ha limitado a brindarnos estas contribuciones, por sí solas de valor inestimable: ha sido la suya una verdadera colaboración de todos los momentos durante la preparación de este volumen. En verdad podemos decir que sin él, sin sus consejos, sin sus indicaciones y sin los innumerables datos por él aportados para mejoramiento de la obra, habría sido imposible publicar—en la forma en que hoy la ofrecemos al público—las Poesías Completas de José María Heredia. Sea, pues, para el doctor Francisco González del Valle, digno continuador de una alta estirpe intelectual cubana, nuestra vivísima gratitud, que seguramente compartirán los lectores, por este noble servicio que agrega a los numerosos ya rendidos a la cultura patria.

Debemos destacar, asimismo, la cooperación inteligente y eficazísima que ha aportado a la realización de esta obra la señora Raquel Catalá, excelente auxiliar y colaboradora de la Oficina a nuestro cargo, no sólo por la escrupulosa acuciosidad con que ha llevado a cabo el cotejo de los originales o de las primeras publicaciones de las poesías y la corrección de pruebas, sino además porque, al poner a contribución su fervor herédico, su clarísimo talento, su agudo sentido crítico y su fino temperamento artístico, ha aportado, como fruto de sus perspicaces investigaciones, nuevos datos y observaciones que han hecho más completa esta colección poética.

Además de solicitar la colaboración del doctor González del Valle, y de otras gestiones personales, con este mismo objeto de hacer lo más completa posible esta edición, hicimos un llamamiento público a cuantas personas tuviesen en su poder alguna poesía inédita o poco conocida de Heredia, o pudiesen aportar cualquier otro dato interesante para el conocimiento de la obra herediana. Apenas obtuvimos respuesta a esta solicitud. Pero deseamos expresar aquí nuestro vivo reconocimiento a aquellos compañeros y amigos que han contribuído, con valiosos aportes, a enriquecer esta compilación. Agradecemos a los señores

Doctor Manuel García Garófalo Mesa: Copias de las siguientes poesías publicadas en México: Himno patriótico al restablecimiento de la Constitución, Himno en honor del general Victoria, Himno de guerra, Al alzamiento de los griegos contra los turcos en 1821, Oda, Himno del desterrado, El convite, Renunciando a la poesía, Napoleón Bonaparte, Las chinampas, Las sombras, y un fragmento de esta última, que apareció en el periódico mexicano El Iris, que publicaba Heredia.

Doctor Mario Sánchez Roig: Los tomos I, II, III y IV de la revista El Amigo del Pueblo, de México; el tomo II de la revista Miscelánea, en su segunda época, cuando la publicaba Heredia en Toluca; y el tomo del Aguinaldo Habanero del año 1837.

Doctor Francisco Pérez de la Riva: los dos tomos del Calendario de las señoritas megicanas, dispuesto por Mariano Galván, correspondientes a los años 1838 y 1839.

Y también a los señores Antonio García Zamora y Angel Salerno su amable ofrecimiento de ejemplares de las ediciones de poesías de Heredia de 1825 y 1832, respectivamente.

Como contribución al mejor conocimiento de la vida y obra del poeta, ofrecemos los trabajos: Días y hechos de Heredia, síntesis biográfica por Francisco González del Valle y Emilio Roig de Leuchsenring; Heredia. Apuntes para un estudio sobre su vida y su obra, juicio de Enrique Gay-Calbó en torno a los diversos aspectos de la personalidad del cantor del Niágara; y Reencuentro y afirmación del poeta Heredia, interpretación de los caracteres y vigencia de su lírica, por Angel I. Augier,—escritos los tres expresamente para esta colección. Y por parecernos elemento esencial para destacar la significación patriótica de la poesía herediana el juicio—tan entusiasta como certero—que a la máxima figura revolucionaria del 95 mereció el precursor poético de los revolucionarios de mediados de siglo, reproducimos las palabras de José Martí en glorificación de José María Heredia.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING,
Historiador de la Ciudad de La Habana.

DÍAS Y HECHOS DE JOSÉ MARÍA HEREDIA

por Francisco González del Valle

y

Emilio Roig de Leuchsenring.

1803. *Diciembre 31.*—Nace en la ciudad de Santiago de Cuba. Sus padres: José Francisco Heredia y Mieses y Mercedes Heredia y Campuzano, naturales de Santo Domingo. Primogénito.
1804. *Enero 13.*—Es bautizado en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, en Santiago. Sus padrinos: capitán Manuel Heredia y Pimentel, abuelo paterno, y Juana Heredia y Mieses, tía paterna. Se le impone el nombre de José María.
1806. *Enero 31.*—Sale de Santiago de Cuba con sus padres, para La Habana.
- Junio 25.*—Llega a Pensacola, a donde iba destinado su padre a ocupar la Asesoría de la Intendencia de la Florida occidental. En el viaje de La Habana a Pensacola, es apresada por los ingleses la embarcación, demorando esto su llegada al lugar de destino.
1808. *Agosto 12.*—Nace su hermana Ignacia—la predilecta del poeta—según el padre Cipriano de Utrera.
1810. *Enero.*—Embarca hacia La Habana, después del día 24, por haber sido nombrado su padre, en 15 de octubre de 1809, Oidor de la Audiencia de Caracas, de lo que no tuvo conocimiento hasta el 23 de enero de 1810.

Febrero-junio.—Vive en La Habana con sus padres y hermana hasta mediados de junio. Ya en esta época ha adquirido, teniendo de maestro único a su padre, y según el dicho de éste, instrucción suficiente para comenzar estu-

dios mayores. José Antonio Ramos, Oidor de la Audiencia de Puerto Príncipe, le regala un ejemplar de la *Fábulas* de Florián, en francés, sin duda porque estaba en aptitud de comprenderlas.

Junio 16.—Embarca rumbo a Venezuela en la goleta *La Veloz*, que azotada por malos vientos arriba a Santo Domingo.

Julio 24.—Llega a Santo Domingo, donde se queda con su madre y hermana, continuando viaje el padre hacia Venezuela, con misión especial del Gobernador de Cuba, Marqués de Someruelos, para hacer volver a la legalidad a la Junta Patriótica de Caracas, rebelada contra el Gobierno de la Metrópoli.

En la patria de sus mayores continúa los estudios bajo la dirección de su primo Francisco Javier Caro, Consejero de Indias y Comisionado Regio, y del canónigo doctor Tomás Correa, sorprendiendo al primero la facilidad con que traducía el niño a Horacio, y considerándolo por ello buen latinista.

La asombrosa inteligencia revelada por José María en esta época la hace resaltar su condiscípulo de entonces Francisco Muñoz del Monte, en la poesía que le dedicó a su muerte.

Nace ese mismo año su hermano Rafael.

1812. Después del mes de mayo llega a Venezuela con sus padres y hermanos, residiendo en Coro.

1813. Sale de Valencia para Puerto Cabello, por tener que huir la familia ante la proximidad de las tropas de Bolívar.

Agosto 2.—Llega a Puerto Cabello con sus padres y hermana, después de día y medio de penoso viaje a lomo de mula, habiendo tenido que dejar en Valencia a su hermano Rafael, moribundo.

Agosto 7.—Sale su padre, posiblemente con la familia, de Puerto Cabello para Coro.

Agosto 9.—Llega al puerto de La Vela, provincia de Coro, permaneciendo en la población de este nombre durante el resto del año y el siguiente.

1815. En Coro. En 3 de mayo embarca su padre para La Guaira con el brigadier José Ceballos a fin de establecer la Audiencia en Caracas.

Mayo 25.—En carta de esta fecha escrita desde Caracas por José Francisco a su esposa, le recomienda cuide que su primogénito continúe los estudios religiosos y literarios en la misma forma en que los hacía con él.

Junio 8.—Recomienda otra vez José Francisco a su esposa en carta de esta fecha, la vigilancia sobre los estudios del hijo, prohibiendo que lea a Montesquieu, indicando repase la Lógica y busque quien le dé lecciones de contar.

Octubre 20.—En Maiquetía toda la familia.

Nace este año su hermana Rafaela, después notable pianista. Sobre la estancia en esta población escribió una poesía.—*Las ruinas de Maiquetía*—cuya fecha se desconoce.

1816. Desde abril, en Caracas con su familia, por haberse restablecido la Audiencia en aquella ciudad.

Septiembre 11.—Se le expide certificado por la Universidad de Santa Rosa de Lima, Caracas, de haber aprobado Gramática Latina y sus partes .

1817. *Diciembre 7.*—Sale de Puerto Cabello para La Habana, en la fragata *Isabela*, por haber sido nombrado su padre Alcalde del Crimen de la Audiencia de México. Hay una poesía, sin fecha, titulada *Elegía. La salida de Caracas*. Compone la poesía *Carta a M. F., Conde de Tovar, A bordo de la fragata americana Isabela, en la bahía de Puerto Cabello, a 7 de diciembre de 1817*, primera composición cuya fecha exacta se conoce.

Diciembre 18.—Escribe la poesía *El paso del Trópico*.

Diciembre 26.—Llega a La Habana.

1818. *La Desconfianza* (soneto) primera composición escrita en La Habana.

Matricula y estudia en la Universidad el primer curso de Leyes.

Inicia sus amores con Isabel Rueda y Ponce de León, la *Belisa* o *Lesbia* de sus poesías.

1819. *Enero.*—Escribe su primera obra dramática, en un acto y en prosa, *Eduardo IV o el usurpador clemente*, sin consignar si es original o tomada de otro autor.

Febrero 14 y 23.—Es representada en Matanzas, por aficionados, la anterior pieza dramática, desempeñando Heredia el papel de Guillermo.

Marzo.—Aprueba el segundo curso de Leyes en la Universidad. Antes de abandonar La Habana comienza, posiblemente, su amistad con Domingo del Monte.

El campesino espantado, sainete compuesto en La Habana.

Abril 2.—Abandona La Habana, rumbo a México, con su familia, en el bergantín *Argos*. Escribe la poesía *La partida*, dedicada a su novia Isabel.

Abril 9.—Llega a Veracruz.

Junio 9.—Se encuentra en México, donde su padre toma posesión de la plaza de Alcalde del Crimen de aquella Audiencia.

Junio 21.—Comienza de nuevo la carrera de Leyes, matriculándose en el 1er. Curso, en la Universidad de México.

Septiembre 13.—Publica en el *Noticioso General*, de México, su primer trabajo periodístico firmado con el anagrama *Eidareh*, inicio de su colaboración en dicho periódico. Termina la primera recopilación de sus poesías que ha llegado hasta nosotros: *Colección de las composiciones de José María Heredia. Cuaderno 2º* Del Cuaderno 1º sólo se tiene noticia por la mención que hace Heredia en la relación de sus obras que dejó escrita y debió haber contenido la traducción de las *Fábulas* de Florián.

Hace la segunda colección de sus poesías: *Ensayos Poéticos*, en la que incluye la traducción de las fábulas, dedicada a José Antonio Ramos, y otras poesías a *Belisa*.

1820. *Febrero.*—Matricula el 2º curso de Leyes en la Universidad de México.

Abril-septiembre.—Traduce en verso suelto el drama *Pirro*, del francés M. P. Jolyot de Crebillón (falta en el original el acto quinto).

Mayo 3.—Escribe la única carta dirigida a su padre que se conoce, en la que le habla de su amor a la libertad y su anhelo de consagrarle algún día “los honrosos y sagrados servicios de ciudadano”.

Octubre 19.—Matricula el 3er. curso de Leyes, que no llegó a aprobar.

Octubre 31.—Muere el padre en la ciudad de México.

Noviembre 29.—Publica la biografía de su padre en el periódico *Semanario Político y Literario*.

Diciembre.—Escribe *En el teocalli de Cholula*, con el título de *Fragmentos descriptivos de un poema mexicano*, que la crítica ha considerado la mejor de sus composiciones.

Hace su tercera colección poética: *Obras poéticas*.

1821. *Febrero.*—Regresa a La Habana.

Abril 12.—Obtiene el grado de Bachiller en Leyes en la Universidad de La Habana, teniendo como padrino a Domingo del Monte.

Junio.—Edita y dirige su primer periódico literario, *Biblioteca de Damas*, del que sólo vieron la luz cinco números.

Colabora en diversos periódicos de La Habana y Matanzas.

Créese que en este año escribiera la primera de sus poesías inspiradas en el amor a la libertad, *A la insurrección de la Grecia en 1820*, publicada en 1823, y después en 1825 y en 1832, esta última vez con el título de *A los griegos, en 1821*.

1822. *Febrero 16.*—Es representada en Matanzas su tragedia *Atreo*, vertida del francés de M. P. Jolyot de Crebillón.

Septiembre.—*Versos escritos en una tempestad*, que después tituló *En una tempestad*.

Noviembre.—Se inscribe en la Milicia Nacional de Matanzas, a la que pertenecían los hermanos Teurbe Tolón, los Aranguren, Tomás Gener y Antonio Betancourt.

Oda a los habitantes de Anáhuac, su primer canto a la independencia y libertad de América, publicada al final de la obra *Bosquejo ligerísimo de la revolución de México, desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Iturbide*, por Rocafuerte y Bejarano, Filadelfia, 1822, pero impresa en La Habana, según Antonio Bachiller y Morales.

Durante este año, y tal vez los últimos meses de 1821, reside en Matanzas.

Pertenece a la sociedad secreta revolucionaria *Caballeros Racionales*, rama de los *Soles y Rayos de Bolívar*, y a *La Tertulia*, agrupación integrada por *racionales*.

1823. *Marzo 31.*—Se anuncia en La Habana por Domingo del Monte la publicación de la primera edición de las poesías de Heredia, en *El Revisor Político y Literario*, suscitando la protesta de *Dorilo* (Manuel González del Valle) y *Desval* (Ignacio Valdés Machuca), contra los elogios que hace Del Monte de Heredia y la poesía *El Desamor*, de éste, que dió como muestra de buena versificación y lenguaje poético.

Abril.—Sale de Matanzas para La Habana con el propósito de dirigirse a Puerto Príncipe.

Mayo 18.—Llega a Puerto Príncipe.

Junio 9.—Se recibe de Abogado en la Audiencia de Puerto Príncipe, única de la Isla en esa época.

Junio 18.—Se le expide el título de Abogado.

Agosto 8.—Presenta su título al Ayuntamiento de Matanzas para la toma de razón correspondiente.

Septiembre 2.—Se toma razón de su título de Abogado por el Ayuntamiento de La Habana.

Octubre.—*La Estrella de Cuba*, su primera poesía revolucionaria cubana.

Octubre 31.—Es denunciado en Matanzas por conspirar contra el gobierno de España, debido a delación de sus amigos, también conspiradores, los hermanos Aranguren y Antonio Betancourt, a quienes Heredia inició en los *Caballeros Racionales*.

Noviembre 5.—Se dicta auto de prisión contra Heredia en la causa de conspiración de los *Soles y Rayos de Bolívar*.

Noviembre 6.—Se oculta en la casa de José de Arango, padre de *Pepilla*, la *Emilia* de su famosa *Epístola*.

Dirige carta al juez de la causa manifestando que desde hace un año ha dejado de mantener "relaciones íntimas" con los *racionales*, y agrega: "jamás entró en mi corazón ni la imagen de contribuir yo a encender en mi país la guerra civil"

Noviembre 14.—Huye de Matanzas disfrazado de marinero, a bordo del bergantín *Galaxy*, hacia Boston.

Diciembre 4.—Llega a Boston, alojándose en la casa de Mrs. Mac Condray, Butler St., número 15.

Diciembre 22.—Llega a Nueva York, donde se reúne con Tomás Gener, Félix Varela, Leonardo Santos Suárez y otros cubanos. Reside en la casa número 44 de Broadway.

Al dorso de una miniatura considerada como el primer retrato conocido de Heredia, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de La Habana, aparecía la fecha ‘‘Nueva York 1823’’, sin que haya constancia del lugar y año de dicho retrato.

1824. *Junio 15.*—Escribe su oda *Niágara*, sentado ‘‘al borde de la catarata inglesa’’, según refiere en su carta, fechada en Manchester, el 17 de ese mes y dirigida a su tío Ignacio. Dejó transcrita esa poesía en el libro de autógrafos dedicado a esa maravilla americana. La composición ha sido vertida a varios idiomas, siendo la primera traducción conocida, la inglesa que se le atribuye a William C. Bryant, en 1827.

Noviembre.—Comienza a profesar la enseñanza de Lengua Española en el colegio de M. Bancel.

Diciembre 24.—Es condenado a destierro a España en la causa por conspiración para la independencia de Cuba, de los *Soles y Rayos de Bolívar*.

A *Emilia*, consagrada a la señorita matancera *Pepilla Arango*.

Proyecto.

1825. *Abril 29.*—Se publica en México su oda patriótica incitando a los cubanos a que se independicen sin esperar auxilio de Colombia.

Junio 19.—Comunica a su madre estar ya en prensa la primera edición de sus poesías, dedicada a su tío Ignacio, edición que fué acogida favorablemente por la crítica europea y americana.

Agosto 22.—Sale de Nueva York para México, con pasaporte expedido por el presidente Victoria, a sugerencia de Vicente Rocafuerte y del habanero Dr. José M^a Pérez. En la travesía escribe *Himno del desterrado*, *Vuelta al Sur* e *Himno al Sol*.

Septiembre 15.—Llega al puerto de Alvarado.

Octubre 14.—Llega a Ciudad México.

Octubre 15.—Visita al presidente Guadalupe Victoria.

Diciembre 12 y 13.—Es representada su tragedia *Sila*, adaptación del francés Jouy, que concluyó en la travesía de Nueva York a Alvarado.

1826. *Enero 20.*—Es nombrado por el Presidente, Oficial 5º de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores, con residencia en Palacio.

Febrero 4.—Comienza a publicarse el periódico crítico literario *El Iris*, dirigido y redactado por Claudio Linati, Florencio Galli y José Mª Heredia. Este último escribe la introducción al primer número, y se separa de la redacción el 17 de junio.

Mayo 28.—Al crearse el *Instituto de Ciencias y Artes de México*, es nombrado Socio Honorario, encargándosele una composición poética para el acto de la apertura que tuvo efecto el 2 de abril.

Junio 10.—Envía a su madre el primer retrato hecho en México, que debió ser terminado a fines de mayo.

Junio 27.—Es habilitado por el Congreso del Estado de México para ejercer la abogacía.

Agosto 25.—Aparece el prospecto del periódico *El Argos*, dirigido por Heredia.

Diciembre 27.—Lee el presidente Victoria el mensaje de clausura de la legislatura del Congreso Federal, escrito por Heredia.

1827. *Enero 8.*—Es representada en el Teatro Principal su tragedia *Tiberio*, imitación del francés Chénier, e interpretada por el célebre actor español Andrés Prieto.

Febrero 23.—Nombrado Juez del Distrito de Veracruz, cargo que renunció por la protesta suscitada por su condición de extranjero, aunque el expediente incoado al efecto terminó con un “no ha lugar a formación de causa”.

Mayo 25.—Juez de Letras de Cuernavaca.

Septiembre 15.—Contrae matrimonio con Jacoba Yáñez, hija del Magistrado de la Audiencia de México, Isidro Yáñez, amigo del padre de Heredia.

Octubre.—Redacta una exposición al Congreso del Estado de México, que suscriben españoles vecinos de Cuernavaca, en protesta del proyecto de ley de expulsión de españoles, reveladora de sus arraigados sentimientos de humanidad y justicia.

1828. *Septiembre 3.*—Nace su primera hija, María de las Mercedes, que murió el 22 de julio del siguiente año.
- Septiembre 16.*—Pronuncia su primer discurso político en Cuernavaca, en conmemoración de esa fecha patriótica mexicana.
- Diciembre 15.*—Nombrado Fiscal de la Audiencia de México.
1829. *Junio 24.*—Capitán de la Compañía de Nacionales de Artillería de la ciudad de Tlalpam.
- Septiembre.*—Se publica el primer número de su revista *Miscelánea*, de crítica y literatura, que duró hasta junio de 1832.
- Noviembre 27.*—Nace su hija Loreto, que muere en Matanzas en enero de 1910.
- Diciembre.*—Publica en Tlalpam, *Los últimos romanos*, su postrera obra dramática, que aunque presentada no llegó a estrenarse entonces por suspicacia de las autoridades mexicanas. Se representó por primera vez en *Hardman Hall*, el 30 de noviembre de 1889, en una velada patriótica a fin de recaudar fondos con destino a comprar la casa natal del poeta, y en la que pronunció José Martí su célebre discurso sobre Heredia.
1830. *Marzo.*—Pierde la Fiscalía, como consecuencia de su actitud en defensa del sucesor de Victoria, general Vicente Guerrero, contra el cual se sublevó Anastasio Bustamante, logrando ocupar la Presidencia.
- Mayo.*—Vuelve al juzgado de Cuernavaca.
1831. *Enero 20.*—Condenado a muerte y confiscación de bienes, por "correspondencia criminal" en la causa por conspiración para la independencia de Cuba, de la *Gran Legión del Aguila Negra*, en La Habana.
- Febrero 7.*—Toma posesión de la plaza de Oidor interino de la Audiencia de Toluca.
- Abril 20.*—Es nombrado Sinodal para los exámenes de abogados en Toluca.
- Junio 1º.*—Se publica el primer número de *El Conservador*, del que Heredia es redactor principal y donde libra cívica campaña contra los desafueros del régimen militar imperante.

Julio 25.—Nace su hija Jacoba Francisca Julia, que murió el 17 de mayo de 1835.

Septiembre 16.—Pronuncia en Toluca un discurso en conmemoración de esa efemérides mexicana, que se reproduce profusamente en toda la República.

Inicia la publicación de las *Lecciones de Historia Universal*, adaptadas y aumentadas de los *Elementos de Historia*, del inglés Tytler, en cuatro tomos, que terminaron de editarse el año siguiente.

1832. *Junio-julio.*—Aparece la segunda edición de sus *Poesías*, incluyendo las patrióticas, en dos tomos, compuestas tipográficamente por Heredia y su esposa; edición que, no pudo circular en Cuba hasta 1834, y aun entonces mutilada, a consecuencia de la participación que tomó el poeta en el movimiento revolucionario iniciado por Santa Anna, de quien fué secretario durante la campaña.

1833. *Febrero 15.*—Electo Diputado a la 5ª Legislatura del Estado de México. Su acta es discutida, por no considerarse comprobada su ciudadanía mexicana. Rechazada esa tacha, se le nombra primer Secretario propietario. Participa en numerosos debates en defensa de las leyes, de la Constitución y de la justicia. No obstante ser amigo de Santa Anna, el hombre de mayor influencia en aquellos momentos, se opuso a que se le proclamase "Benemérito de la Patria", por entender que sólo a la posteridad correspondían esos actos de glorificación.

Marzo 13.—Nombrado décimo Vocal de la Suprema Junta Inspectorá del *Instituto Literario* de Toluca.

Marzo 16.—Nombrado segundo Vocal del *Instituto Literario*.

Marzo 24.—Dirige exposición de agravios al Congreso por el mal comportamiento tenido con él.

Junio.—Renuncia su cargo de Diputado.

Agosto 13.—Remite al Congreso la ponencia del proyecto de Código Penal, que se le había encargado.

Noviembre 6.—Catedrático de Literatura General y particular del *Instituto Literario*, en el cual profesa también la Cátedra de Historia Antigua y Moderna.

Noviembre 29.—Ministro interino de la Audiencia del Estado de México.

Se publica en tres volúmenes su traducción del inglés de la novela histórica *Waverley o Ahora 60 años*, de Walter Scott.

Edita y dirige la revista literaria *Minerva*, de la que se publicaron 27 números, según el catálogo de la biblioteca de Andrade.

1834. *Mayo-junio.*—Redacta un manifiesto, que firman los naturales y vecinos de Toluca, contra el régimen centralista que pretendía establecerse.

Septiembre 5.—Nace su hijo José Francisco, que murió en julio de 1835.

Septiembre 27.—Discurso en la plaza mayor de Toluca en celebración de la independencia mexicana, con vibrantes pronunciamientos liberales y abogando por la paz para lograr el mejoramiento económico y cultural del país.

Octubre 13.—Nombrado director del *Colegio del Estado*, antiguo *Instituto Literario*, cargo que acepta el día 20, y abre las cátedras de Jurisprudencia, Gramática Latina, Inglés y Francés.

Octubre 24.—Redacta el Reglamento provisional del *Colegio*.

1835. *Enero 23.*—Ministro propietario de la Audiencia de México.

Febrero 5.—Rector del *Colegio del Estado*.

Publica el *Bosquejo de los viajes aéreos de Eugenio Robertson en Europa, los Estados Unidos y las Antillas*, tomándolo y traducéndolo al español del francés de E. Roch.

1836. *Abril 1º.*—Escribe desde Toluca al capitán general de Cuba, Miguel Tacón, una carta en que le pide autorización para volver a su patria, y le expresa que ante las calamidades presenciadas en México ha modificado mucho sus opiniones respecto a los antiguos ideales independentistas.

Mayo 6.—Nace José de Jesús, que murió en La Habana el 18 de noviembre de 1923, según Figarola Caneda.

Septiembre 16.—Pronuncia su último discurso en Toluca, en conmemoración de esa fecha patriótica.

Octubre 2.—Emprende la ascensión al nevado de Toluca, cuya descripción publica en el *Calendario de las Señoritas Mexicanas para el año 1838*.

Octubre 28.—Embarca en Veracruz, para La Habana, en la fragata inglesa *Pandora*.

Noviembre 1^o—Escribe su oda *Al Océano*.

Noviembre 5.—Llega a La Habana.

Noviembre 6.—Se reúne en Matanzas con su madre, fin primordial de su vuelta a Cuba, a los trece años justos de haberse separado de ella.

1837. *Enero.*—Por carta a su madre se sabe que ya el día 1^o se encuentra en La Habana, en espera del barco que lo había de conducir a México.

Enero 10.—Escribe a Domingo del Monte, contestándole la carta de 28 de noviembre en que le censuraba su misiva a Tacón, expresándole sus deseos de hablarle sobre el motivo de su viaje.

Enero 12.—Visita a Tacón.

Enero 16.—Embarca para Veracruz en la goleta *Carmen*.

Febrero 2.—Llega a Toluca.

Julio 20.—Cesa en el cargo de Ministro de la Audiencia de México, por exigir una ley la condición de nativo para desempeñar ese puesto.

1838. *Enero 16.*—Envía a su madre un ejemplar del retrato grabado por Vergel, que apareció publicado en la revista *Recreo de las Familias*, de México, con un artículo biográfico escrito por E. M. Ortega.

Mayo 7.—Acepta el cargo de Secretario del Tribunal Superior (antigua Audiencia), de la que había sido Magistrado.

Julio 10.—Nace su hija Julia.

Noviembre 23.—Sale para Cuernavaca por prescripción facultativa, enfermo de tuberculosis pulmonar.

1839. *Marzo 30.*—Ya en Ciudad México se hace cargo de la parte literaria del *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, colaboración que termina en 30 de abril por su grave estado de salud.

Mayo 2.—Última carta a su madre.

Mayo.—Escribe sus últimos versos, publicados después con ese título y con los de *Al Santísimo Sacramento, A Dios y La oración del poeta moribundo.*

Mayo 7.—Muere en la ciudad de México, en la casa número 15 de la calle de Hospicios, a la edad de 35 años, 4 meses y siete días, y es enterrado ese mismo día en el panteón del Santuario de María Santísima de los Angeles, trasladándose sus restos al cementerio de Santa Paula, a los cinco años, y posteriormente, por clausura de esta necrópolis, a la fosa común del cementerio de Tepellac.

H E R E D I A . APUNTES PARA UN ESTUDIO SOBRE SU VIDA Y SU OBRA (*)

por Enrique Gay - Calbó.

En nombre de la ciudad de La Habana, en nombre de la capital de nuestra nación, que es nación y es república por el esfuerzo unido de sus maestros, de sus héroes, de sus soldados, de sus apóstoles, de sus estadistas y de sus poetas, hablo a este público para evocar la personalidad inolvidada de José María Heredia.

Los pueblos se forjan gracias a la tarea diaria con que se va haciendo su historia. De cada uno de los sucesos de esa vida, grandes y menores, sale todo el *substractum* de recuerdos y de glorias, de aspiraciones y alegrías, de entusiasmos y anhelos que nadie cambia sin pesar.

En ese cruzar de los días y de los hechos, en esa concreción de las generaciones tienen los poetas su parte inmensa de trabajo. Oculta la verdad quien lo niega, y la oculta por ignorancia o por interés de engañar.

Son ellos, en verdad, que desde lo alto y en la avanzada dirigen al pueblo, pues que forman o precisan el espíritu de cada nación.

Sin la intervención de los poetas, ¿cómo habría nacido la unidad moral de un país? De la diversidad de las razas, del extraordinario abigarramiento de las provincias aglomeradas al azar por las conquistas y los tratados, ¿cómo surgiría una idea común si los pensadores no la elaboraran simultánea y sucesivamente por todos sus compatriotas?

(*) Trabajo leído en el acto público que organizado por el Departamento de Cultura del Municipio, se celebró en el Anfiteatro Nacional en la noche del 12 de mayo de 1939.

Ciertos soñadores expresan los sentimientos de los hombres que los rodean. Dan voz a las aspiraciones de los que sufren y gozan en torno de ellos. Si su palabra es clara, si su pueblo impone por la sabiduría o la fuerza su ley a los territorios vecinos, esos primeros acentos poéticos se transmiten como ecos a otros cantores, que los toman y los propagan.

Poco a poco, al través de toda la extensión de un país, un acorde se fija, una sinfonía se compone: todas las disonancias se combinan en una melodía única. *La ciudad del ensueño*, en *Propos d'Anatole France*.

Las ideas son hechos. Un poema es una acción. No es posible discutirlo, porque la historia lo demuestra, aunque la crítica histórica no trata de oscurecer esas verdades. Y por eso nos encontramos ante el acontecimiento de que en toda Cuba, y en la América, se consagre a Heredia el homenaje de la admiración continental. Nuestra capital le dedica toda esta semana, lo que da proporciones inusitadas al recuerdo.

FUGAZ PRESENCIA EN LA VIDA.

Algo menos de treinta y seis años tenía Heredia al morir. En ese corto espacio, en que muchos hombres apenas si han comenzado la vida, fué "abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador, y poeta", además de conspirador, tribuno, diputado, tipógrafo, y escribió numerosas poesías, obras de teatro, de historia, informes jurídicos, redactó periódicos, y por sobre todo eso sirvió siempre con dignidad y con sacrificio.

Heredia nació en Santiago de Cuba el 31 de diciembre de 1803, de donde salió a los dos años con su familia hacia Panzacola, por haber sido nombrado su padre Asesor de la Intendencia de la Florida Occidental, que era aún posesión de España. En Panzacola fué iniciado en las primeras letras por su padre y aprendió con tal interés que a los tres años sabía leer y escribir. A los siete ya era "apto para estudiar facultades mayores". El padre, doctor en ambos derechos, hombre ilustrado, latinista profundo, le había enseñado con sus lecciones y con su ejemplo a ser honrado y a vivir con austeridad. El hogar fué su única escuela, de costumbres y de saber.

Nombrado el padre Oidor (magistrado) de la Audiencia de Caracas, estuvo el niño seis meses en La Habana y dos años en Santo Domingo hasta que la familia pudo reunirse toda en Venezuela. Fué en los años de 1812 a 1817, de los más terribles de la guerra de independencia americana. Pasaron, en derrotas y triunfos, Francisco de Miranda y Simón Bolívar, y entre los realistas, Boves, Miyares, Morillo, Monteverde.

Las luchas de Caracas lanzaron al Oidor Heredia hasta México, en cuya Audiencia ocupó el cargo de Alcalde del Crimen (juez de instrucción). Por intrigas y delaciones de sus enemigos, que eran los sanguinarios militares de la reconquista, sufrió ese descenso en su carrera judicial, que al fin lo llevó a la muerte joven y en plena producción literaria. Dejó inéditas la *Historia del descubrimiento y conquista de la América* en cuatro tomos, *Del gobierno de la España ultramarina* en dos tomos, y la *Historia filosófica de la revolución de Venezuela*. Esta última, publicada mucho después, a fines del siglo, prueba sin quererlo la justicia de los rebeldes americanos.

La familia Heredia se trasladó a Cuba, ya desaparecido el padre. El año 1821 se recibió de bachiller en leyes y en 1823 fué admitido como abogado en la Audiencia de Camagüey. Ese mismo año intervino, como miembro de los Caballeros Racionales, en la Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar.

Este es el inicio de su gloria, de su inmortalidad. Huyó de los servidores del capitán general Vives y llegó a los Estados Unidos a disfrutar por primera vez de la democracia y a contraer la tuberculosis que destruyó su vida diez y seis años después.

En el exilio escribió la oda al Niágara, junto a la enorme y rugiente catarata, y allí supo algún tiempo más tarde que había sido condenado a destierro, lo que impedía su regreso a Cuba. Entonces, ya publicada en Nueva York la primera edición de sus poesías que le había dado fama continental, aceptó la oferta del Presidente mexicano Guadalupe Victoria y volvió a México, para ser allí, como dijo él, juez, magistrado, periodista, político, tribuno, guerrero, tipógrafo, maestro, historiador, jurisperito, y morir en aquella tierra, después de una corta permanencia en Cuba al lado de su madre. La tuberculosis lo venció el 7 de mayo de 1839.

PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA.

Rápida presencia en la vida, que sin embargo es algo más que un recuerdo en nuestra historia. Aquel poeta triste, pobre y desterrado, perseguido por la miseria y por la saña de los hombres, representa lo que esta semana de Heredia trata de simbolizar: representa el pasado rebelde, significa para los cubanos casi un siglo de abnegación, de heroísmos, de luchas por la libertad. Y eso tiene indudable valor, un evidente carácter de actualidad y de vida, de vigencia, ante cualquier espectador.

Eso quiere decir que es preciso considerarlo como un hombre *representativo*, exponente cabal de un estado, de un momento del espíritu cubano... SANGUILY: *José María Heredia. El poeta y el revolucionario cubano*. En *Discursos y conferencias*, La Habana, 1918, t. I, p. 244.

El estado del espíritu que reflejaba dura aún en nuestro pueblo. No es una memoración literaria solamente, ni una figura desenterrada del olvido para saber cómo eran y cómo sentían los abuelos de las épocas románticas. Para los escritores de todo el siglo anterior, Alberto Lista, Andrés Bello, Domingo del Monte, José Antonio Saco, José Martí, Enrique Piñeyro, Merchán, Sanguily, Manuel de la Cruz, Bachiller y Morales, Varona, Menéndez y Pelayo, Cánovas del Castillo, Martín González del Valle, Antonio Sánchez de Bustamante, y para los escritores nuevos, José Enrique Rodó, José María Chacón y Calvo, Max Henríquez Ureña, José Manuel Carbonell, Salvador Salazar, Enrique Larrondo, Juan J. Remos, Francisco González del Valle, Rafael Esténger, Francisco Lorié Bertot, Medardo Vitier, fué Heredia el poeta de Cuba, y lo es aún hoy.

Con sus descuidos y sus imperfecciones, con la hojarasca de versos triviales y la escasez de poemas íntegramente logrados, Heredia queda vivo todavía en la memoria de las gentes y no como reliquia de museo literario, porque alguna que otra ocasión le poseyó ese éxtasis divino que nos permite hallar la expresión insustituible de un estado de alma o de una idea.—ESTÉNGER: *Heredia*, La Habana, 1938, p. 220.

Sus versos definitivos no han quedado sólo como formas literarias, repetidas por la justeza de las palabras o la música del período. Han hecho más: captar nuestros símbolos más entrañables, fijando la estrella y la palma como emblemas de la nacionalidad naciente y del paisaje nativo. Id. p. 221.

Así lo ve la generación nueva, como lo ha visto Rafael Esténger, poeta, crítico y ensayista que trata siempre de buscar su propio pensamiento para expresarlo con libertad.

Así lo vieron antes, con Sanguily, como poeta que

sintió intensamente la santa ambición de todos, la ira de todos; la aspiración y el entusiasmo de todos; la idea impulsiva y sublime que agitó y enardeció varias generaciones de cubanos; fué el alma misma de esta agrupación humana, y exhaló de su corazón, vibrante como el bronce de un combate, sus dolores y sus esperanzas, su desesperación y su amargura, revistiéndolos del esplendor de sus versos, en esa íntima y maravillosa unificación de la poesía, que parece un sueño, cuando es la realidad más profunda, la revelación armoniosa y sentida del fondo de las cosas y del secreto de las almas. Obra citada, p. 272-273.

Y pensaron con Martí:

¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sonos reales y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles a medio color, y no como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos? Discurso de 20 de noviembre de 1889.

Chacón y Calvo nos relata una de sus entrevistas con Varona, en que el gran anciano le decía que había

aprendido a sentir a Cuba, a conocer las notas propias de la nacionalidad, en las poesías de José María Heredia, que leyó en su niñez. Ni Saco, ni Luz, ni Delmonte, ni Varela, dieron a Enrique José Varona, gran representativo de Cuba, una visión tan lúcida y penetrante de la patria como aquellas poesías, elaboradas casi todas lejos de la tierra natal. Y me decía el cubano egregio: yo le puedo afirmar que no fuí yo solo; fueron todos los cubanos de mi generación los que aprendieron a sentir a Cuba, a ver sus notas peculiares, típicas en la obra de Heredia. *Nueva vida de Heredia*, Santander, 1930, p. 5.

Verdad sin contradicciones. Ya Martí dijo que Heredia había *despertado en su alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad.*

Eso fué: el iniciador. En el sentimiento de los cubanos nadie como él, y antes de él nadie, influyó de modo tan concluyente, tan hondo, ni jamás poeta alguno supo hacer vibrar con tan decisivas emociones a su pueblo.

Heredia está justamente considerado como uno de los precursores del ideal de independencia. Los cubanos tuvieron, para seguirlos, en los inicios del siglo pasado, las prédicas siempre oídas de dos hombres de excepción: el presbítero Félix Varela y el poeta y escritor José María Heredia. Ambos colmaron ampliamente la ideología de un pueblo colonial que se negaba ya para siempre a ser la factoría de un régimen monárquico lejano y caduco y se tornaba en nación, apoyado sólo en un corto número de poesías y en el pequeño volumen de un periódico publicado en el destierro.

Así formaron Varela y Heredia el espíritu cubano.

Varela, prófugo de la justicia española, condenado a muerte por haber votado en las Cortes de Cádiz la incapacidad de Fernando VII, despojado de la investidura de diputado, que en elecciones tormentosas le había reiterado La Habana, trazó en el periódico *El Habanero*, desde su refugio de Filadelfia y de Nueva York, la orientación de los futuros revolucionarios cubanos. Ya en 1822 y 1823 había comprobado, en la propia España y en el seno del Parlamento de aquella nación, la imposibilidad de obtener no sólo justicia sino un trato político que se acercara algo a lo humano. Por eso, como diputado de Cuba, pidió un gobierno autonómico, reclamó la supresión del tráfico negrero y la abolición de la esclavitud y propuso que la monarquía española se adelantara a reconocer la independencia de las colonias sublevadas contra el dominio secular, e iniciara las salvadoras y lógicas relaciones de comercio y de cordialidad a que estaban llamadas.

Luego, fugitivo a causa de aquellas actitudes, Varela fué guía para los cubanos. Profesor de filosofía y de derecho constitucional como había sido, acostumbrado a enseñar lo que sentía como la verdad, consideró un apostolado propagar como doctrina la urgencia de hacer la independencia de Cuba.

Varela era un maestro de enorme influjo sobre sus compatriotas. A sus cátedras habían concurrido los hombres más eminentes, que a su vez forjaron los ideales y las rebeldías de los cubanos: Luz Caballero, Domingo del Monte, José Antonio Saco, José Agustín Govantes, Nicolás Manuel de Escobedo, Francisco Javier de la Cruz, el presbítero Francisco Ruiz, y muchos otros que esparcieron por todo el país, entre alumnos y seguidores, las enseñanzas recibidas en medio de la mayor veneración.

Es preciso fijar los conceptos. En cada una de las poblaciones cubanas vivió un alumno de Varela o de alguno de sus discípulos. La intensa labor de proliferación de un apostolado que tenía por base la lógica de los imperativos económicos y espirituales más evidentes, debía producir las insurrecciones que ensangrentaron el suelo de Cuba durante todo el siglo pasado.

Al lado de Varela, y más hondo aún en la eficacia de la influencia, se halla el poeta triste y errante. Sus compatriotas se repetían entusiasmados los versos del que tomó de nuestra realidad de isla el símbolo de la estrella solitaria y del verdor de nuestros campos el decorativo de las palmeras, como ya lo ha hecho notar Esténger.

Fueron pocas las poesías revolucionarias que escribió, pero esas pocas eran conocidas y reproducidas de manera asombrosa en Cuba y por los cubanos. Todos tenían en copias manuscritas los versos de Heredia. La libreta, el cuaderno, el álbum sirvieron también como medios de propaganda separatista. Desde que aprendieron a leer, nuestros antepasados tuvieron afición por la poesía. Era como una necesidad, alimentada siempre con nuevas producciones y de un modo especial con las de Heredia. Los lugares más secretos de las bibliotecas particulares, los armarios, los baúles, los escritorios, conservaban poesías impresas, o en copias, y algunos hasta ediciones completas, de Heredia, de Santacilia, de Teurbe Tolón, de José Agustín Quintero, de Juan Clemente Zenea, de Pedro Angel Castellón, de Leopoldo Turla, de los poetas de *El laúd del desterrado*.

Si meditamos en la fecha de esa publicación, 1858, y si pensamos en que sólo diez años más tarde fué que empezó la guerra separatista, comprenderemos la significación del poeta. En *El laúd del desterrado* fué llevado Heredia, ya muerto, a ocupar el sitio inicial, el del precursor y maestro.

Transmitidas por medios ocultos, las poesías de Heredia cautivaban, emocionaban y encendían a unos y a otros. Las jóvenes se ejercitaban en copiarlas y las entregaban a sus enamorados como pruebas de estimación. Los padres las hacían recitar a sus hijos en las íntimas veladas hogareñas. Los abuelos sentían reverdecer sus ardores juveniles al conjuro de aquellas estrofas rebeldes. Las madres comprendían la dolorosa necesidad de la abnegación y del sacrificio. Se formó así en el pueblo cubano el culto a los poetas, a un Poeta que

pertenece a Cuba por el alma, por la pasión con que la amara, por sus sueños de redención y de gloria, por los infortunios y amarguras que sufrió por ella, y por esa lengua también, que si con ella maldijo, desesperó y lloró, lloró, desesperó y maldijo en nombre y por amor de Cuba.—SANGUILY, obra citada, p. 245.

Precursor, director, maestro, lo llamaron todos los poetas revolucionarios de Cuba. “Padre” lo consideró Martí. Fundador lo conceptúa el que lee la historia, y no deja de encontrar sus huellas visibles en el largo y duro camino de los libertadores.

A pesar de las persecuciones y de los registros peligrosos, las artes subrepticias tenían modo de preservar los versos manuscritos en que fulguraba la *estrella solitaria* y en que se estremecían las *palmas deliciosas*.

Todas las tradiciones y las rebeldías cubanas tienen a Heredia en el lugar primero. Por eso está entre los dos o tres iniciadores de la nacionalidad cubana.

PERSONALIDADES COEXISTENTES.

En todo poeta hay dos aspectos: el real y el legendario. Hay lo que se puede estimar la virtualidad de los hechos, que marca la conducta, o la sucesión de las conductas. Y hay, de modo coetáneo, y a veces en las repercusiones ante la posteridad, el sentido de lo que debió ser.

Todo poeta tiene así lo que podríamos llamar dos vidas.

No se habla aquí de la trillada “torre de marfil”, de la existencia interior que induce al artista a sentirse lejos de la vulgaridad circundante.

Heredia es el ejemplo mejor. Forjó mitos con sus versos, creó con ellos una disposición a la insurgencia, aunque la verdad de algunos sucesos no fuera tan dramática como la imaginada y que él describió, llevado por "su ingenuo amor a la gloria", según Esténger.

Se ha averiguado bien que él no ignoraba la pena impuesta por las autoridades españolas en 1823, la que fué de destierro. Se sabe que en aquella causa no hubo condenados a muerte. Sin embargo, en las poesías y en las cartas Heredia seguía con el tema de que había escapado del patíbulo.

La dualidad se hace evidente cuando surge en hombres representativos. Y en ocasiones traza una divisoria sensible que impele a pensar no sólo en aspectos distintos sino en personalidades adversas que coexisten. El incansable herediano Francisco González del Valle delimita en Heredia de manera sutil esas personalidades:

En Heredia el hombre es uno y el poeta es otro

El hombre no se sentía fuerte para soportar con firmeza las desgracias, y estaba pronto a abandonar el camino emprendido, por mucho que fuera el entusiasmo y calor con que acogiera las ideas. No tenía entereza de carácter bastante para mantener de por vida el ideal. Tal vez no estuvo nunca absolutamente convencido de lo que quería para Cuba, y no pudo esperar y luchar hasta el fin. *Heredia en La Habana. Cuaderno de Historia Habanera*, Núm. 16, La Habana, 1939.

A la luz de las investigaciones hechas por González del Valle cabrá esa interpretación. Hay más: el cordial biógrafo de Heredia ahonda en los motivos de su falta de fe. El poeta presenció en los años de la infancia los horrores de la revolución de Venezuela, y ya hombre, anheloso de darse plenamente a los esfuerzos constructivos en un pueblo americano, sufrió en México las consecuencias de la impreparación colonial, del desgobierno semi republicano y de las injusticias subsecuentes a una independencia mal comprendida y mal aplicada. Era natural que dudara, que flaquearan sus entusiasmos de hombre, aunque sin mermar sus rebeldías de poeta, y es que, en el fondo, su convicción no lo sumergía en el tranquilo disfrute de la convivencia —que nunca pretendió— sino en la austera repulsión hacia el atropello y el crimen.

Intuitivamente, las generaciones cubanas han escogido la personalidad del poeta, como en casos parecidos de nuestras luchas revolucionarias. La personalidad del hombre queda en un segundo término.

No significa eso ignorancia de los hechos. Más bien lo considero intuición de las verdaderas intenciones del poeta, de lo que palpitaba en su intimidad, de lo que era él en sí y que no podía dejar de ser, a despecho de las apariencias.

Al través de todo el siglo último se habló varias veces de las cartas de Heredia tenidas como discrepantes de su obra literaria. Esas cartas fueron la enviada al juez de la causa de los Soles de Bolívar, Hernández Morejón, y la más famosa, remitida al capitán general en 1836 para lograr que se le permitiera regresar temporalmente a Cuba y estar, ya en sus últimos días, algún tiempo con la madre adorada y enferma. El propio capitán general se encargaría de esparcir por todas partes la noticia como una retractación de Heredia. Los amigos de éste, con Domingo del Monte de director, propalaron el desconcertante acontecimiento. Por otra parte, la carta apareció publicada en Cuba en los años 1850, 1869 y 1881.

Del Monte dice que Heredia

Perdió un prestigio inmenso poético-patriótico, tanto que la juventud esquivaba el verle y tratarlo. *Revista de la Biblioteca Nacional*, t. III, p. 79.

Y sin embargo, aun los propios escritores de Cuba no lo creyeron indigno. José Antonio Echeverría, al hablar con él, encuentra que "le ha parecido menos enorme su falta". Domingo del Monte lo compadeció, y siguió su correspondencia con él.

En verdad, eran tiempos difíciles para los cubanos. Desde la deportación de Saco, decretada por Tacón en 1834 —entre otras razones como resultado lejano de la defensa que en el *Mensajero Semanal*, de Nueva York, hizo de Heredia el gran polemista en contra de La Sagra, y del escándalo de la Academia Cubana de Literatura—, todos esperaban cada día la hora de ser presos y desterrados. Tacón no fué sanguinario, ciertamente, como tampoco lo había sido Vives. Pero ellos dos y O'Donnell son de los más execrables de los capitanes generales que gobernaron a Cuba

en períodos de paz. Tacón sentía un odio sin límites hacia todo lo americano. Tuvo la suerte de no ser uno de los derrotados en Ayacucho, por haber salido poco antes para España después de sufrir otras derrotas. No sentía sólo odio, sino también una sospecha invencible, un temor físico a las posibles traiciones de los naturales de América.

...el procónsul de 1836 era un militar sin inteligencia, intolerante y suspicaz que contenía con mano de hierro todo impulso liberal y gobernaba más despóticamente que ninguno de sus antecesores. ENRIQUE PIÑERO: *La poesía cubana*, en *Hojas Literarias*, t. III, p. 183.

Así, entenderse con Tacón era casi delito de lesa patria, en momentos en que los cubanos se agrupaban alrededor de Saco, o de Luz Caballero, como antes se habían reunido junto a Varela y junto al mismo Heredia. Cualquiera de ellos, atacado por el enemigo común, tenía inmediatamente la sensación de que no estaba solo, de que la opinión nacional hablaba por medio de un centenar de compatriotas que lo defendían y sostenían en sus vicisitudes y en sus riesgos.

Y a pesar de todo, era digno Heredia de la estimación de los cubanos, que no le faltó, como anota González del Valle y como está probado históricamente.

Ahora se publicará todo cuanto escribió y dijo. Sus artículos, sus discursos hasta 1839, darán largas noticias de la entereza de carácter de un hombre que sólo en dos períodos de su vida —y el primero sin mayor trascendencia— dejó de armonizar sus actos con sus ideas. Nuestro amigo Chacón y Calvo, en su *Nueva vida de Heredia*, reproduce párrafos del discurso que como Vicepresidente de la Junta Patriótica de Cuernavaca, en México, pronunció Heredia el 16 de septiembre de 1828 para conmemorar la fecha nacional de la independencia. Unas frases bastarán para probar cómo pensaba:

Jamás olvidemos que la justicia es la base de la libertad; que sin justicia no puede haber paz, y sin paz no puede haber confianza, ni prosperidad, ni ventura...

El pueblo no tiene más voluntad legítima que la manifestada por sus órganos constitucionales, que es la ley, ante cuya presencia majestuosa deben enmudecer las privadas. La más noble prerrogativa de los gobiernos libres es que la suerte de los hombres no

depende de ellos, sino de la voluntad de la ley, universal e impasible. ¿Y esta sublime garantía no es una cruel decepción cuando todo malcontento atrevido saca la espada para reformar el Estado a su criminal antojo? ¿Qué libertad es ésta sino la horrible de los crímenes? No, conciudadanos: todo el que con cualquier motivo quiere sobreponerse a los Poderes legítimos es un enemigo público, es un traidor. P. 30-31.

Sigue Chacón, en su afán de probar el espíritu democrático y viril de Heredia, y ahora es el fragmento de un discurso pronunciado en Toluca el 14 de mayo de 1833 (González del Valle en su *Cronología* dice que fué el 14 de marzo), en función de diputado ante el Parlamento del Estado de México, para oponerse a la reforma de la Constitución:

¿Qué sería de nosotros si destrozáramos en la Constitución el sentido de la unidad nacional, la garantía de la libertad e independencia, la base misma de nuestra sociedad? ¿Qué habrá ya de sagrado entre los hombres, qué garantía podrá reputarse inviolable si debe ceder al especioso proyecto [¿pretexto?] de la conveniencia pública, cuya calificación quedará necesariamente sujeta al influjo de las pasiones e intereses, al juicio vario y a la conciencia versátil de los hombres? ¿Con qué derecho exigiremos obediencia cuando nos hayamos rebelado contra la ley fundamental de la nación rasgando el único título de nuestro poder? Id., p. 36.

Hay un aspecto de la vida de Heredia que es indispensable analizar en toda su importancia. Es el de la influencia que la madre ejerció en el transcurso de su vida. Veamos cómo expresa don Manuel Sanguily ese amor:

Uníalo a Cuba aún más estrechamente la imagen de la madre, que para su cariño era la mejor y la más amada. Lloraba con ternura y acaso con remordimiento al contemplar en su retrato la frente venerada en que el tiempo y el dolor habían impreso sus huellas. Recordaba entonces cómo había desatendido frenético sus consejos; el luto y la aflicción con que hubo de pagar su infatigable anhelo por el bien de su hijo que se lanzara imprudente en pos de un fantasma de libertad inaccesible; lamentaba las noches en que, quizás por su culpa, viera ella en su fantasía alzarse horrible el patíbulo sangriento, y le atenaceaba, sobre todo, su separación, tal vez eterna... Y aunque la suspicacia se alzaba ante él para estorbar su regreso, decidió, a despecho del odio y la venganza, volver a ver a su madre, siquiera por la última vez. Obra citada, p. 275-276.

En México le discutían la magistratura y le ofrecían un vice-consulado en Matanzas, con sueldo de cesante. El porvenir era sombrío para él en todas partes, y más negro aún en la tierra mexicana por haber intervenido en las discordias. La representación consular, si era tolerada por Tacón, podía ser un refugio. Después, acaso la abogacía y los versos le darían bastante para volver a vivir y también para ser útil.

Heredia fué un buen hijo. Un hijo amoroso y obediente. Cuando se sintió enfermo en Nueva York escribió a la madre para consultarle sobre un viaje a Colombia en busca de salud. Ella le aconsejó en contra, por el temor bien fundado de que una permanencia en tierras americanas insurgentes le cerrara ya en definitiva la esperanza de retorno a Cuba. Se inclinó ante lo inevitable cuando el hijo fué condenado a destierro, y encontró como una solución la oferta del Presidente Guadalupe Victoria.

La casa de Heredia estaba sostenida por el amor. Su niñez había sido plácida, en medio de las tempestades ambientales. El padre vigilaba sus estudios y sus traducciones. Tuvo allí los primeros estímulos para su carrera de poeta. Pueden ser díscolos y despegados con sus familiares los que vieron sus días infantiles colmados de enconos y de castigos, y de imposiciones que tuercen la voluntad. Heredia había disfrutado una amorosa admiración en el padre, autor clásico, en la madre inteligente, en las hermanas orgullosas de él. Eran vínculos muy fuertes, cadenas que tiraban con suavidad inevitable.

EL PADRE EJEMPLAR.

Heredia veneraba la memoria de un padre insigne que cumplió siempre con lealtad lo que estimaba su deber y fué íntegro funcionario. Las biografías publicadas dicen cómo era padre cariñoso y preocupado por la instrucción que el hijo precoz debía recibir. Latinista, clásico, lector y estudioso, José Francisco Heredia tomó a su cargo la dirección del pequeño, el que a los siete años traducía a Horacio, conocía varios idiomas y estaba ya preparado para la enseñanza superior.

No era un liberal del siglo XIX, dice Esténger. Sin duda alguna, era un clásico renovado. Su educación del siglo XVII no

excluía el criticismo, ni tampoco la actitud violenta y liberal. Las memorias sobre la revolución de Venezuela, escritas más bien como informe oficial que como historia para el público, revelan un carácter que según Sanguily “prestó nobles servicios a la causa de la humanidad”.

Sospechado de parcialidad en favor de las víctimas, odiado por los victimarios, justo en medio de las violencias, puro entre malvados, vivió también estrechamente, sin recursos apenas, pero sin contaminarse tampoco en la universal rapiña, immaculado, en fin, donde las manos chorreaban sangre, y la infamia ennegrecía las almas. Súbdito leal, juez incorruptible, magistrado sereno, guardián de las leyes, español de ideas y sentimientos, su mejor elogio puede hacerse recordando que en un período de desquiciamiento y crímenes, cuando el odio más feroz a los hijos de la América era el impulso dominante en el corazón de los españoles; cuando el patriotismo español se medía por el número de víctimas sacrificadas aquende el mar; cuando las heces del pueblo español atormentaban a los hijos de este suelo, y deramaban sangre a torrentes, como una demostración de amor a la nacionalidad y de preocupación por su gloria, —Heredia representó la justicia entre foragidos, . . . mereciendo de los mezquinos intereses particulares que su virtud contrariaba, de la ira de los mercaderes empedernidos, el dictado de *Americano*, peligroso entonces, verdadero estigma de oprobio y a menudo sentencia de muerte, que es, sin embargo, el título más alto con que su virtud reaparece y permanecerá enaltecida ante el aplauso, el respeto, y las bendiciones de la posteridad.—SANGUILY: *D. José Francisco Heredia y sus memorias*, en *Hojas Literarias*, 1894, t. V, p. 477-479.

Cierto que “por instinto así como por educación” —como dijo Piñeyro—, José Francisco Heredia fué realista, monárquico y anti revolucionario, al extremo de mostrarse parcial en los denuestos contra Miranda, Bolívar y los suyos, y, en sentido adverso, mesurado y cuidadoso en los calificativos de censura a los militares de Fernando VII que por asesinos y ladrones lo tuvieron enfrente. Para José Francisco Heredia, Bolívar era un insurgente, un hombre puesto fuera de la ley, como lo hace notar González del Valle.

Para esa actitud franca y sin temores encontró en sí mismo amor de humanidad, por lo que un adversario insigne, don Andrés Bello, lo elogiara en las conocidas frases del *Repertorio Americano*,

al hablar de los versos del hijo, al llamarlo "ilustre magistrado" y al consignar

el respeto y agradecimiento que le debe todo americano por su conducta en circunstancias sobremanera difíciles. Cita de SANGUILY en *Hojas Literarias*, t. V. p. 442.

Por su conducta ante Monteverde y Boves parece un liberal. No hay duda que era hombre tolerante, porque vió con paternal benevolencia que el hijo cantara la restauración de la Constitución de Cádiz.

El prologuista de la edición de poesías de 1875, don Antonio Bachiller y Morales, dice que

...el padre de Heredia, que fué su maestro casi exclusivo, era tan amigo de la libertad política como lo fué el hijo. El le inspiró esos sentimientos. P. 4.

La biografía de José Francisco Heredia, atribuída al poeta, publicada en México el año 1820, contiene esta afirmación:

Fué siempre defensor de los oprimidos y amigo de la ilustración y la justicia, y por eso lo persiguieron los tiranos implacablemente. NICOLÁS RANGEL: *Nuevos datos para la biografía de José María Heredia y Heredia*, en la *Revista Bimestre Cubana*, marzo-abril de 1930.

Además, el poeta lo dice emocionado:

Amor a todos los hombres,
temor a Dios me inspiraste,
odio a la atroz tiranía
y a las intrigas infames.

.....

Deja que los opresores
osen faccioso llamarte,
que el odio de los perversos
da a la virtud más realce.

.....

De la triste Venezuela
oye al pueblo cuál te aplaude,
llamándote con ternura
su defensor y su padre.

(*A mi padre en sus días*, 1819).

Siempre fué libre. De su frente pura
 el ceño augusto fatigó al tirano,
 cuya cobarde y vengativa mano
 vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fué su ídolo. Piadoso
 le hallaron el opreso, el desvalido...

Hombres que de ser libres hacéis gloria,
 él adoraba en vuestro altar augusto...

(*Carácter de mi padre*, 1822).

En la epístola *A Emilia* asegura que

Al brillar mi razón, su amor primero
 fué la sublime dignidad del hombre.

Esa "dignidad del hombre" que tuvo Heredia como amor primero le fué enseñada, con las palabras y con el ejemplo, por el "mejor de los padres". En Heredia la aprendió Martí líricamente, y así encontramos en el Oidor clásico y anti liberal —como se ha dicho— los indudables orígenes del fundamento moral del apostolado martiano, el

que convocaba insólitamente a la guerra con una abstracción ética, fundando su propaganda en la necesidad de conquistar la dignidad humana... ESTÉNGER: *Heredia*, p. 205.

LA NATURALEZA AMERICANA.

Heredia fué poeta descriptivo en una magnitud de que no hay muchos ejemplos después de él, y menos aún de tiempos anteriores. Para hacer sentir el teocalli de Cholula, o las cataratas del Niágara, o los furoros de una tempestad, se necesita no sólo inspiración, sino la fuerte emoción de la naturaleza que se funde con el espíritu y que se goza en un éxtasis absoluto. El poeta se convierte él mismo en paisaje, en espectáculo, y se ofrece con plenitud al mostrar las grandiosidades que encuentra en el ambiente.

Es sabido que los paisajes son estados de alma, percepciones subjetivas. El hombre de la calle ve todos los días la salida y la puesta del sol, presencia maravillas, pero sólo se entusiasma ante la descripción de un poeta o la interpretación de un artista, que

ha mirado con ojos propios el panorama y le ha dado su versión, en ocasiones distinta de la real, aunque más bella y que impresiona más con tintes hechos eternos en la relatividad de nuestra concepción.

Las descripciones de los más diversos lugares identificaron a Heredia con ellos. Así se convirtió en un ciudadano de América. La naturaleza americana fué copiada por él como la había captado. Y de él la tomarían otros, seguros del modelo.

La naturaleza es la raíz de su americanismo. Por observarla y vivirla se sintió hijo suyo, y ya no hay en la historia de estos países otro ejemplo mejor.

Poeta civil, encontró en la naturaleza americana sonoridades acordes con las suyas interiores y las unió con su entusiasmo y con aquella intuición del destino continental, que Sanguily con su sagacidad crítica advirtió hace ya muchos años.

...y por eso gimió en los tormentos del esclavo africano, y lloró en la mísera suerte del indígena, y rugió contra la ignorancia y el despotismo de Europa, y ansió la libertad para su patria y la gloria para la América; y como intérprete sublime, adivinó el espíritu oculto de su naturaleza, que le confiara sus misterios con la voz del Niágara; de su historia, que se le revelaba en la pirámide azteca... *Discursos y conferencias*, t. I, p. 232.

Así encuentra Sanguily razón para declarar que Heredia fué el primer poeta, y el mejor, del sentimiento de la inmensa y profunda solidaridad americana, del *americanismo*.

El *americanismo* no es un impulso de aproximación de razas, como los que llaman *germanismo* y *slavismo*... es un sistema de ideas, como el helenismo, por ejemplo; una tendencia social, un ideal de vida y de gobierno, cuyo término es la federación, cuya base es la autonomía, cuya forma es la república y cuya esencia es la democracia. *Id.*, p. 229.

Y Martí, igualmente, ha hablado de Heredia con un entusiasmo lírico excepcional, y levantó acta de la presencia en el Niágara de los que como delegados de toda la América entonces libre se reunieron en la primera Conferencia Panamericana, la de 1889, celebrada en Washington.

Allí, convidados a admirar la majestad del portento y a meditar en su fragor, llegaron no hace un mes los enviados que man-

dan los pueblos de América a juntarse, en el invierno, para tratar del mundo americano, y, al oír retumbar la catarata formidable, “¡Heredia!”, dijo, poniéndose en pie, el hijo de Montevideo; “¡Heredia!”, dijo, descubriéndose la cabeza, el de Nicaragua; “¡Heredia!”, dijo, recordando su infancia gloriosa, el de Venezuela; “¡Heredia!”, decían, como indignos de sí y de él, los cubanos de aquella compañía; “¡Heredia!”, dijo la América entera, y le saludaron con sus cascos de piedra las estatuas de los emperadores mexicanos, con sus volcanes Centroamérica, con sus palmeras el Brasil, con el mar de sus Pampas la Argentina, el araucano distante con sus lanzas.—Discurso del 20 de noviembre de 1889.

Y como “himno fraternal, como el canto supremo del continente colombiano”, recitó uno de ellos la oda al Niágara, la de Heredia.

EL SÍMBOLO.

Ya tenemos muy cercano el esclarecimiento de la vida de Heredia. El primer centenario de su muerte nos traerá todo lo que necesitamos para conocerlo y comprenderlo. Los investigadores cubanos, los dominicanos y los mexicanos rivalizan, en una emulación cordial, por descubrir documentos y noticias sobre el poeta. Hay varios libros anunciados: de Nicolás Rangel, de Arturo Arnáiz y Freg, historiadores y heredianos de México. De los nuestros, González del Valle, Chacón y Calvo, Garófalo Mesa, José A. Fernández de Castro, anuncian nuevos hallazgos y la publicación de documentos desconocidos.

Quedará seguramente confirmada la intuición de nuestro pueblo, que supo interpretar Menéndez Pelayo en su *Antología de poetas hispanoamericanos*:

El nombre de Heredia no es para los separatistas cubanos el nombre de un poeta insigne, cuyo puesto está inmediato al de Quintana y al de Gallego, sino que es un símbolo, una bandera revolucionaria, la estrella solitaria en cielo tempestuoso, el compendio y cifra de todos los rencores contra España.

La vida del poeta justifica plenamente tal representación: hijo de un magistrado liberal, aunque fiel servidor de la causa española, sintió desde la niñez el fanatismo de las ideas revolucionarias...

Así es: Heredia tomó pretexto de todo lo que escribía para expresar amor patrio y odio contra todos los tiranos. Las tragedias *Sila*, *Tiberio*, *Atreo*, *Los últimos romanos*, *Cayo Graco* son motivos de exaltación y de protesta, en que la Libertad es la diosa en cuyo honor quiere el poeta entregar la vida.

“El canto que hace vibrar el sentimiento de una nación, es también una hazaña”, dijo Tennyson. Y cuando esa nación se estremece, y se levanta, y se encamina por senderos de heroicidad y de independencia, impulsada y sostenida por los versos de un hombre inmortal, ha hecho de él un símbolo efectivamente.

Padre lo llamó Martí, y si él nos ha dado los adornos simbólicos de nuestra bandera y de nuestro escudo, la estrella y la palma, sea nuestra misión de hijos, respetuosos de la tradición de virtud, servir siempre con todo amor a la “sublime dignidad del hombre”

REENCUENTRO Y AFIRMACIÓN DEL POETA HEREDIA

por Angel I. Augier.

Justamente a un siglo de distancia de la fecha en que el Registro de Defunciones de Ciudad México recogía su nombre como el de cualquiera otro mortal, volvemos a encontrarnos con José María Heredia en la presencia de su poesía eterna. Su resonante voz lírica, encendida de todos los anhelos de libertad del pueblo cubano, que pudo llenar de iluminada armonía los ámbitos de casi ochenta años del sentimiento y la acción isleños, estaba apagada en las páginas de los tratados de Literatura Histórica, archivada en las pésimas antologías como una simple pieza de museo, adormecida en el desván de las cosas queridas e inútiles que los pueblos, al igual que algunas familias, tienen en un rincón alto, pero oscuro, de la casa.

Mas, he aquí que al recorrer el guión histórico del centenar de años que nos separa del día en que se extinguió esta voz tan vital, tan rica de sustancia de tiempo, tropezamos con ella de repente, y no sabemos si nos estaba esperando, recogida en un silencio seguro de su existencia vigorosa, o si la hemos ido a buscar sin darnos cuenta, como a uno de esos recuerdos que creemos guardados en alguna parte de nuestro subconsciente, sin precisión de su realidad en vigilia. Pero de todos modos, hallazgo o búsqueda insólitos, es un reencuentro del cubano con una raíz henchida de la mejor savia, con una raíz nutricia de su propia cultura. Porque Heredia, poeta, marca la época inicial de la lírica criolla. La ancha voz herediana es la infancia de nuestra poesía; como toda infancia, con un vago sentido de su personalidad en potencia, pero, —sensible o insensiblemente— con su libre albedrío sujeto

a los complejos hilos del tutorado. Zequeira, Rubalcava y otros que escribieron versos en Cuba antes que Heredia, no significan sino el confuso nacimiento del organismo poético nacional, que con Heredia llega a la niñez: niñez magnífica, rotunda, repetimos, sin embargo de sus limitaciones, que, cuajada en ansias y angustias de hondo sentido humano, habría de ser robusto sustentáculo de una poderosa tradición lírica. En el alba de la cultura cubana —es decir, de la nacionalidad cubana—, José María Heredia encarna el derecho del nativo —dueño de la tierra y la riqueza criollas, pero no de su arbitrio—, a decir su propio canto con énfasis de independencia, derivación del derecho que comenzaba a reconocerse la clase poseedora cubana de autodeterminar su destino político. Es Heredia, pues, la resonancia poética de toda una época trascendental de la historia de Cuba.

ECONOMÍA, NACIONALIDAD Y CULTURA.

Ahora bien, de lo expuesto se deduce que no es obra de la casualidad esa significación específica de Heredia, como tampoco es casual que entre las postrimerías del siglo XVIII y los albores del XIX, se produjera en Cuba la formidable eclosión de talentos que dió al país una peculiar categoría de cultura dentro de los límites espirituales hispánicos. La propiedad territorial casi en absoluto en poder del criollo, y el control por parte de éste de las rudimentarias fuerzas productivas, señalaban ya la existencia de una vertebración económica y social que, aunque no compensada en lo político, constituía el mayor elemento de progreso, que más tarde iba a agudizar las profundas contradicciones de la Colonia. Este sentirse sembrado a la tierra natal, esta seguridad de hacerla producir por el esfuerzo de sus manos —aunque luego no poseyera el pleno dominio de sus frutos—, prestó al nativo el recurso y el aliento necesarios para cultivar su inteligencia y pensar por cuenta propia.

Ya es un axioma que empiezan a aceptar hasta los sociólogos más conservadores, el de que las formas de cultura son determinadas por las condiciones económicas, y sobre ellas se asientan y evolucionan. Sobre esta base social de los medios de producción y distribución, nace y se desarrolla una modalidad espiritual que corresponde en sus características a las causas que le dan vida,

y que a su vez influye sobre éstas para superarlas, estableciendo la consabida inter-relación de causa y efecto. En las sociedades coloniales, como Cuba, esta mecánica del ritmo histórico se muestra en toda su intimidad, con una adición particularísima: simultáneo al proceso económico y cultural se va gestando el concepto político de nacionalidad, hasta absorber éste, en un momento dado, todas las energías de aquél. Es un límite de cristalización social, en que se conjugan todos los esfuerzos para liquidar las contradicciones internas, para crear el equilibrio colectivo entorpecido por la opresión del coloniaje.

Exactamente en 1803, cuando nos nace Heredia en Santiago de Cuba, está en pleno desarrollo esta etapa histórica, que puede localizarse entre 1791 y 1823. Ya la nacionalidad cubana en gestación es capaz de producir hombres como Arango y Parreño, José Agustín Caballero y Félix Varela, primero; y como Saco, Luz y Caballero, Heredia y otros, inmediatamente después. Aquéllos, con la decisiva cooperación de funcionarios coloniales tan comprensivos como el capitán general don Luis de las Casas, el obispo Espada y Landa y el intendente Alejandro Ramírez, son los pioneros de este proceso grandioso, que echa las bases de la prosperidad y la ilustración de la Colonia, y consecuentemente los fundamentos de la conciencia cubana. (1)

(1) Aunque, por desgracia, este auge colonial se asentaba sobre el trabajo de los esclavos africanos, cuyo tráfico tomó gran incremento en esa época, precisamente por consejo de Arango —de lo que más tarde se arrepentiría—, hay factores de diverso orden que multiplicaron la riqueza criolla que creó estas condiciones básicas, tales como: la supresión del monopolio comercial español, con la libre entrada de barcos de otras naciones —particularmente de los EE. UU.; el desestanco del tabaco; la creación del Real Consulado de Agricultura y Comercio; las innovaciones técnicas introducidas en la fabricación del azúcar —máquinas de vapor, etc.—; la inmigración de franceses de Haití; los adelantos científicos en los métodos agrícolas; la apertura de nuevas vías de comunicación; la exención de algunos tributos a los ingenios, etc., dieron enorme impulso a la industria azucarera y a la agricultura en general. Paralelamente fueron dilatando el horizonte de las ideas y conocimientos, sucesos de tanta importancia cultural como la fundación de la Real Sociedad Patriótica de La Habana —que como tal, primero, y luego convertida en Sociedad Económica de Amigos del País, ha sido motor poderoso de nuestro progreso—; las publicaciones de carácter literario que surgieron a partir del *Papel Periódico*; el aumento de las escuelas de enseñanza primaria en toda la Isla; y la educación superior desarrollada sobre bases científicas experimentales que, frente al escolasticismo, inauguró el claro magisterio de Varela. No debe olvidarse, además, que todos los auténticos fundadores del pensamiento cubano fueron contrarios, en mayor o menor grado, a la nefanda esclavitud.

En este *momento estelar* de Cuba es que nos llega, de padres dominicanos, el santiaguero José María Heredia, y no importa que no sea en nuestro país donde transcurren sus años primeros de formación: nace impregnado de nuestra atmósfera histórica tanto como de nuestro clima tropical (“El sol terrible de mi ardiente patria—ha derramado en mi alma borrascosa—su fuego abrasador...”, diría alguna vez). La patria ausente le envuelve los sueños de su niñez errante, en la Florida, Santo Domingo y Venezuela, a donde sigue con su familia, tras el padre, probo funcionario de la magistratura española; y es en Cuba, después —en esta tierra suya en la que sólo ha estado de tránsito obligado—, donde se afirma el paso de su precoz adolescencia soñadora; y es hacia Cuba, finalmente, hacia donde convergen sus inquietudes de cuasi perpetuo destierro. Esta absorción que hizo de su espíritu la vigorosa época cubana que le tocó vivir y sentir, fué la responsable, como ya queda dicho, de que por su obra comenzara a andar, como sobre piernas seguras, la poesía en Cuba. De nacer en otro país de más avanzada trayectoria lírica, probablemente hubiera sido un notable poeta más, entre muchos. Pero nació en aquel crítico instante cubano; por eso significa en la historia de nuestra cultura, en lo poético, lo que en los órdenes económico, filosófico, sociológico y educativo, respectivamente, significan Arango, Varela, Saco y Luz: el inicial impulso. La virtud de todos ellos radica en que, aun partiendo de lo español, perfilaron el pensamiento y el sentimiento autóctonos. Fueron los primeros que en nuestra tierra, con categoría de universalidad, utilizaron datos cubanos, tomando la realidad insular como sujeto de inspiración y estudio, los problemas cubanos como premisas de sus conclusiones. Fué entonces cuando la patria, en toda su plenitud, en toda su multiforme presencia, comenzó a forjarse en la mente y en la sensibilidad del cubano.

PASIÓN Y DIAPASÓN.

Mucho se ha discutido la ubicación literaria de Heredia, habiéndose acordado por autorizados críticos el encasillarlo bajo el rótulo de *pre-romántico*, porque, sorprendido en la enercujada de un instante universal de transición histórica y literaria, apenas pudo rebasar nuestro poeta las fronteras estéticas del neo-clasicismo español, trazadas por Cienfuegos, Quintana, Meléndez y otros poe-

tas hispanos de fines del XVIII y principios del XIX; en resumen, por haber nacido a la vida de la poesía en un indeterminado período, inmediatamente anterior al instante en que se constituyera el Romanticismo en una forma oficial y solemne: antes de que *Hernani* en Francia y *Don Alvaro o la fuerza del sino* en España, por los índices orientadores de Víctor Hugo y el Duque de Rivas, consagraran ante el mundo un nuevo estado de espíritu en el arte, revolucionario, iconoclasta, que surgía como fiel resonancia de la revolución democrático-burguesa que pugnaba contra los oscuros privilegios del feudalismo y la realeza.

No es nuestro propósito polemizar sobre si es o no esa etiqueta escolástica de *pre-romántico* la que más conviene a la obra herediana. No obstante, en un empeño de valorizar a Heredia con un criterio cubano, considerándolo dentro de nuestros límites geográfico e histórico, y analizándolo en lo fundamental de su personalidad literaria, libres de prejuicios retoricistas, hay que desechar esa calificación ambigua, basada más en detalles externos y relativos que en valores esenciales y permanentes. Todo Heredia —por su vida y por su obra—, es una pura estampa romántica, en lo que representó el Romanticismo como expresión de una nueva conducta humana ante la vida, y en lo que tuvo de contradictorio, es decir de positivo y negativo, en sus manifestaciones generales.

Desorbitada pasión romántica es lo que encontramos en las esquinas mejores de Heredia, aunque por lo regular su diapason no registrara a cabalidad las notas más definidas del Romanticismo. Y esta inconfundible pasión suya es precisamente lo que le sitúa sobre rutas de supervivencia. Si su voz ha llegado hasta nosotros en franca plenitud, no es sólo por su belleza de tono, sino, en definitiva, por lo que hay dentro de ella, es decir, por lo que nos dice, por lo que nos afirma, por lo que nos anuncia a la conciencia cubana de todos los tiempos, desde su tiempo sin distancias. Por lo saturada que estaba, en fin, de auténtica pasión romántica.

Para sustanciar cumplidamente esta calificación de Heredia, es indispensable definir lo romántico en sus más precisos lineamientos: en su origen y trayectoria. Se ha dicho que

...el Romanticismo nace en España anteriormente para la acción que para la literatura. Y para la acción rebelde, que se ejerce en favor del pueblo contra aquellos que le tiranizan... Aun no tiene nombre el Romanticismo y ya alienta en los corazones...

Y esto podría afirmarse de su advenimiento en todas las latitudes. Antes de incrustarse en la literatura, ya vibraba en el alma y el músculo de los pueblos, ansioso de estrenar nuevas formas de vida liberada; o mejor, por eso recaló en la literatura, porque provenía del generoso venero popular. Lo otro, lo que vulgarmente sirve para denostar lo "romántico": es decir, las caras pálidas bajo enfermizos claros de luna, los suspiros diluídos en crepúsculos, las flores mustias y los quejumbrosos rumores empapados de lágrimas, y hasta la moda de las continuas exclamaciones y los reiterados quejidos de que el mismo Heredia abusó, no son, en el mejor de los casos, sino el aspecto negativo del Romanticismo que ya dijimos; y en la peor y más común de las ocasiones, la degeneración de esta escuela cuando también se desvirtúa el contenido de la revolución democrática, al dejar la burguesía de constituir la clase políticamente revolucionaria, y surgir, como tal, el proletariado. Entonces el Romanticismo, o deviene francamente reaccionario, como la clase social que le dió vida, o también, como ella, se refugia en un morboso individualismo, produciéndose, además, todas las variedades psicológicas que caben en el consabido *mal del siglo*, que en sí no significan más que un latente estado de inconformidad social engendrado por las agresivas manifestaciones del capitalismo. Es que entonces —como en otras coyunturas históricas análogas— el poeta se siente superior a una realidad deprimente, pero incapaz de modificarla, se refugia en su fantasía deformadora. Bécquer, en España, por ejemplo romántico, es una expresión de la impotencia de la pequeña burguesía de su país ante el fracaso de los movimientos liberales.

Pero es el ángulo positivo de lo romántico lo que tiene valor de permanencia para nosotros, porque fué fecundo para la Humanidad, y por ser dentro de él donde queremos destacar los relieves más firmes de nuestro primer poeta. Estas características esenciales del Romanticismo no pueden estar mejor enfocadas que de la manera en que lo hace un muy valioso crítico español, César M. Arconada, en estas palabras que nos permitimos transcribir en seguida:

El Romanticismo fué, podríamos decir, un frenesí de libertad. Esta palabra, Libertad, es la enseña que agita todas las conmociones. Entrar en la médula de su significado, analizarla y desmenuzarla, eso vendría después...

Libertad, en el orden político y económico, significaba *revolución* contra los privilegios aristocráticos, contra la monarquía absoluta, contra el último estado del feudalismo. Libertad, en el orden del espíritu, significaba *revolución* contra el formalismo clásico, contra la forma cerebral, contra la superficie de técnica y juego con que el arte servía a una sociedad ligera, alegre y depravada, de Corte y minorías aristocráticas.

Que la revolución romántica correspondía a la revolución política, esto es indudable. Si en la esfera política el hombre conquistaba eso que se ha llamado derechos individuales, en la esfera del espíritu el hombre conquistaba, por lucha de los escritores, sus derechos a la profundidad, a pertenecerse en la hondura y espesura del sér, a sentir el vértigo de una nueva dimensión en el borde clásico de las formas: la dimensión de lo profundo.

La libertad contra la fórmula, la fusión contra la contención y la frialdad. Así estaba entablada la lucha entre dos épocas. La vuelta a la Naturaleza no significaba la vuelta al primitivismo, sino la vuelta al hombre, a la potencialidad absoluta del hombre, que el elasicismo, a fuerza de contenerle, de oprimirle, había reducido a muñeco. “El corazón es todo”, decía Rousseau. Y conquistar el corazón, es decir, la pasión, es decir, la libertad y el ímpetu, es en definitiva conquistar una dimensión inédita del hombre, era conquistar la nueva reencarnación del hombre contemporáneo.

Hasta aquí César M. Arconada (2), en su certera definición, maravilla de síntesis y de realidad, del Romanticismo. Analícese la vida y la obra heredianas, y se las encontrará transidas de puro romanticismo. Ese inagotable “frenesí de libertad”, ese vehemente despertar humano ante el espectáculo de la Naturaleza y de la Vida, ese culto fervoroso a la pasión y al sentimiento del hombre, y ese dolor sin márgenes que Martí llamaría muchos años después “dolor de patria” —es decir, dolor del pueblo oprimido—, exhalan constantemente en la poesía de Heredia su irrefrenable hábito romántico, como veremos después.

¿Y no existe una evidente analogía entre Heredia y los más altos poetas románticos, en sus angustias patrióticas, en sus penas por la libertad, en sus poemas heroicos, que los identifica para siempre? Lord Byron, inglés, cantando a la libertad y cayendo en Misolonghi en la lucha por la liberación del pueblo griego;

(2) *Marx y Engels y el Romanticismo*. Artículo en el cuaderno dedicado al Romanticismo, como *Mensaje a la juventud española*, de la revista *Nueva Cultura*, de Valencia, abril de 1936.

Heine —alemán—, Puchkin —ruso—, Espronceda y el Duque de Rivas —españoles—, Fóscolo —italiano—, Hugo —francés—, probando el suelo duro y el cielo inclemente del destierro, por combatir a los opresores de sus respectivos pueblos, y por amar la libertad del hombre en cuerpo y en espíritu; el británico Shelley, Leopardi en Italia, Larra en España y Lamartine y Musset en Francia, víctimas de los regímenes de injusticia, en sus distintas formas; ninguno, en fin, fué superior al cubano Heredia en intensidad de agonía por la libertad y por la “dignidad plena del hombre” que fué como el signo del Romanticismo, aunque llegara un punto en que se quebrantara en nuestro poeta esa tensión heroica. Y como si fuera poco esta identidad gloriosa de sus vidas, hasta en la muerte les une destino semejante. Antonio Machado, hermoso caso de humanidad y de poesía, así nos lo ha descubierto:

Acaso esté bien en llamar romántico a quien alcanza *en plena madurez temprana muerte*... Recordemos, con Puchkin y Larra, a Byron, a Shelley, a Espronceda, a Musset, a Bécquer, a tantos otros que dejaron en plena juventud obra madura si no siempre insuperable, tal, al menos, que ellos nunca la hubieran superado. Y acaso no sería del todo aventurado decir que la longevidad ha malogrado a más románticos que la muerte misma.

Heredia, cerrando los ojos fatigados a la vida, a los 36 años, los abría a la posteridad con una obra en la que agotaba toda su fuerza de creación, después de un precoz inicio literario, como el de casi todos los románticos.

No se nos oculta, desde luego, que de Heredia a los poetas románticos de Europa hay tendida una distancia tan larga como la que separa de la de nuestra antillana isla —para unir las en algún lugar—, la evolución económica y cultural de aquel Continente. Explanando el contraste, se puede agregar que la diferencia entre uno y otros románticos es la misma que distingue a la sociedad colonial —ansiosa de encontrarse a sí misma y de crear sus propias bases—, de la sociedad de las metrópolis, ya con un largo tramo recorrido en el camino de la civilización. Y esta diferencia aún engendra otra, que es oportuno anotar: la existente entre el carácter de las revoluciones europeas y el de las americanas. Mientras aquéllas —por ejemplo, la Revolución Francesa—, están teñidas de definida conciencia clasista, las que en nuestro hemisferio se pro-

ducen, si idénticas en su impulso, resuélvense de manera confusa, anárquica, en muchos detalles, por la peculiaridad social de nuestros países. La circunstancia de escenario y peripecia distintos, no les quita, en lo profundo, una causa raigal semejante por muchos conceptos, como tampoco determinados detalles adjetivos, despojan a Heredia de su romanticismo sustantivo.

Y si esas especialísimas condiciones de economía y cultura situan a nuestro gran poeta en un plano de equivalencia, en relación con sus congéneres europeos, limitando en la corteza sus más cuajados frutos, aun nos queda por señalar, dentro de esas mismas circunstancias de localidad, otro argumento que ratifica y da categoría definitiva a nuestras conclusiones: en el tiempo cubano de Heredia, lo español, lo colonial, significaba la actitud normal, rutinaria, que vale llamar clásica; cualquier pensamiento o acción que negara ese orden lógico establecido, era una herejía, un concepto rebelde, es decir, romántico. Sentirse cubano dentro de los férreos moldes españoles de Ultramar —que también oprimían al pueblo de la Metrópoli—, era como soltarse de lo real, de lo organizado, para colgarse de una hipótesis, de un anhelo, de una aspiración ideal y lejana, y era actitud romántica, por tanto. Todas las generaciones revolucionarias que partieron desde la de Heredia, con sus poetas y sus soldados de la libertad, fueron también esencialmente románticas en los sueños y luchas de independencia que Heredia inauguró con su aliento poético. Se nos argüirá que entonces, por haber Heredia claudicado en sus últimos años, de sus ideales independentistas, ya mostró la negación de su humanidad romántica; pero ello, en vez de refutarlo, confirma nuestro aserto, porque no aseguramos que él fuera plenamente romántico, sino que estuvo condicionado por el medio; y es así que la misma causa que sujetaba su expresión técnica en poesía, le maniató igualmente el pleno destino revolucionario: el molde de lo clásico, en política y en literatura.

Cabe, pues, sintetizar la dimensión escolástica de su vida y su obra, en la periferia histórica de Cuba, de esta forma: su diapason —su tono—, predominantemente es de españolidad estrecha, de feudalismo colonial, es decir neo-clasicista; pero su pasión, —su desbordante pasión, que es médula de su humanidad y su poesía—

es de abierta cubanidad, de liberación humana, es decir, romántica. Un romanticismo, en fin, propio de tierra colonizada y tropical...

“VOZ DE DOLOR Y CANTO DE GEMIDO”;

“QUE A NADIE QUIERO ESCLAVO NI OPRIMIDO”.

Estos versos, desglosados de distintas composiciones de Heredia, podrían haberle servido de epígrafe para toda su obra. Respectivamente sintetizan los estados de espíritu y de conciencia predominantes en las dos grandes porciones de su territorio poético: la lírica y la épica.

Con su sensibilidad en carne viva, en limpia desnudez, se adentra el poeta por los rosales del amor de mano de su fantasía prodigiosa, y no regresa la vibrante y apasionada adolescencia sino cubierta de musicales heridas. Apenas los quince años le marcan la parva presencia física de vagos ímpetus, y le humedecen de anhelos confusos el espíritu, ya anda Heredia desbordándose de angustias de mujer y de patria por los cauces de su verso novicio, pero más de aquéllas que de éstas. Cuando en 1819 embarca en la bahía habanera hacia México —siempre detrás del padre bueno, que allá quedaría sepultado—, lleva, junto con los libros de texto, una perturbadora carga: las complejas emociones de un amor niño, que le hacen oscilar constantemente entre la esperanza y el desengaño. Es desde entonces que le nacen, acentuados por una despedida —desgarradora, como todas las despedidas de los enamorados—, y por una ausencia llena de prestigio poético, la voz dolorida y el canto gemidor.

Temperamento imaginativo y ardiente, en la precisa edad de la conformación psíquica del individuo, deslumbra a Heredia la revelación erótica, y en ella busca desesperado refugio. Pero su amor está hecho en ese momento más de elementos ideales que reales; es más bien imagen de su ansiedad que idilio verdadero: por eso se debate en una tortura perenne. Influyendo mucho sobre su temperamento, desde luego, la época, la edad, las lecturas, que le remueven sus ondas más íntimas y le hacen sacar a flor de verso determinadas características que irá sedimentando. Esta obra ado-

lescente de Heredia, por ello, brinda firme asidero para realizar un interesante estudio psicológico que no intentaremos aquí.

A)

Lo que sí queremos poner de relieve es que la circunstancia de haber sido en Cuba donde Heredia despertó a las sensaciones del amor, después de una niñez casi nómada poblada de paisajes distintos y disímiles impresiones, fué estímulo decisivo para moldear su emoción patriótica, su sentido de la tierra natal. Este impulso afectivo le asoció a los factores físicos del país, y éstos, a su vez, lo acercaron a los espirituales, para establecer la perfecta armonía de su nacionalidad. Cuando emprende el primer viaje mexicano a que acabamos de aludir, el quejumbroso *Fileno*, entre celos y lágrimas, no tiene más recuerdo que para su *Lesbia* o *Belisa* (anagramas de Isabel), pero en el Anáhuac este recuerdo se va ligando densamente a la Naturaleza cubana, al sol tropical y a las noches criollas que fueron testigos de su dicha, y entonces la nostalgia que siente del suelo nativo, aunque originada por la amante ausente, va bosquejando en su espíritu la idea y la intuición de la patria, a la que quiere retornar para reanudar un fantástico idilio. Los ejemplos a este respecto son abundantes:

...cómo palpitante saludara
 las dulces costas de la patria mía,
 al ver pintada su distante sombra
 en el tranquilo mar del Mediodía!
 Al fin llegado al anchuroso puerto,
 volando a mi querida,
 al agitado pecho la estrechara,
 y a su boca feliz mi boca unida,
 las pasadas angustias olvidara.

.....
 —Hermoso cielo de mi hermosa patria,
 ¿no tornaré yo a verte?
 Adiós, amigo: venturoso presto
 a mi amante verás...

(A *Elpino*, 1819).

De mi adorada en los amantes brazos
 buscando a mi dolor dulce consuelo,
 quise alejarme del funesto cielo
 donde perdí a mi padre. Moribundo
 del Anáhuac volé por las llanuras
 y el mar atravesé. Tras él pensaba
 haber dejado el dardo venenoso
 que mi doliente pecho desgarraba;
 mas de mi patria saludé las costas,
 y su arena pisé...

(*En mi cumpleaños, 1822*).

En 1821 cuando regresa Heredia a Cuba, abrumado por el dolor de la muerte de su padre, que de manera tan patética expresa en esta composición, sólo le conforta la esperanza de refugiarse en el amor de su distante *Lesbia*. Su verso se encarga de decirnos que no encontró en el corazón de la presunta amada más que perfidia

y maldad y dolor...

Desesperado,
 de fatal desengaño en los furoros
 ansié la muerte, detesté la vida...

Pero no tardó en hallar un "ángel consolador" en Lola Junco, gentil matancera "de habla divina", y en los poemas que le inspira este nuevo amor volvemos a encontrar alusiones a la naturaleza nuestra, como si fuera consustancial a su sensibilidad amorosa el bello panorama y las peculiaridades del paisaje cubano:

Altiva y majestuosa descollando
 entre tanta hermosura,
 cual palma gallardísima y erguida
 de la enlazada selva en la espesura.
 De tu rosada boca la sonrisa
 más grata es ¡ay! que en el ardiente julio
 de balsámica brisa el fresco vuelo...

(*A ... en el baile, 1821*).

Pero ví tu beldad por mi ventura,
y ya del sol el esplendor sublime
volvióme a parecer grandioso y bello:
volví a admirar de los paternos campos
el risueño verdor...

.....
Dí, ¿por qué me abandonas
y encanta otro lugar tu voz divina?
¿No hay aquí palmas, agua cristalina
y verde sombra y soledad...?

(*Ausencia y Recuerdos*, 1822).

Y así, testimonios semejantes de esta especie de “panteísmo patriótico” —si es que cabe la expresión—, podrían ofrecerse numerosos, particularmente en dos poemas, *La Estación de los Nortes* (1822) y *Placeres de la Melancolía* (1825); en el primero plasma: una entusiasmada apología al clima tropical; después de describir el paisaje helado de los países nórdicos, donde “todo es muerte y dolor”, dice:

...en Cuba empero
todo es vida y placer: Febo sonrío,
mas templado entre nubes transparentes
da nuevo lustre al bosque y la pradera,
y los anima en doble primavera.

¡Patria dichosa! tú, favorecida
con el mirar más grato y la sonrisa
de la divinidad! No de tus campos
me arrebate otra vez el hado fiero.
Lúzcame, ¡ay! en tu cielo el sol postrero.

Y en *Placeres de la Melancolía* le llega la evocación de la patria distante vestida de verde vegetación y de ruidos campesinos:

¡Patria...! Nombre cual triste delicioso
al peregrino mísero, que vaga
lejos del suelo que nacer le viera!
¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra
refrescará su dolorida frente?
¡Cuándo en la noche el músico ruído
de las palmas y plátanos sonantes
vendrá feliz a regalar mi oído?

.....
...Ansioso busco en la distante brisa
la voz de sus arroyos y sus palmas...

Refiriéndose a este hondo sentido que adquiere nuestro paisaje en el verso herediano, ha dicho Rafael Esténger, en su agudo y ponderado ensayo de *Revisión Literaria de Heredia* que complementa su magnífica biografía del poeta (3):

La trascendencia revolucionaria de esos versos quizá se escapa a la vulgar comprensión de los lectores actuales, porque no tienen presente que en los tiempos de Heredia comenzaba a formarse el *alma* de la patria, ese conjunto de ideas y emociones que suele preceder a la realización de la patria política y que las tipicidades del paisaje forman un argumento sentimental para exigir la abolición de toda extraña tutela...

B)

Efectivamente, este culto a la tierra en que vino a la vida, del que están saturados todos sus cantos; este fervor hacia el suelo maternal que le ciñó de sol y de ensueño la frente pensativa, no podía circunscribirse a una actitud platónica. Más tarde él habría de decir cómo, si de Cuba le impresionaban “las bellezas del físico mundo”, también le estremecían “los horrores del mundo moral”. Y es cuando comprende esto que se incorpora a su generación cubana que alienta ansias de independencia; y es desde entonces que el primer poeta de Cuba surge a la vida de la patria beligerante, para absorber sus esperanzas y dolores todos, y darlos en música eterna a los vientos de la geografía y de la historia.

Pero no debemos proseguir sin recordar que antes de arrojar-se nuestro poeta a lo que él llamara “torbellino” revolucionario de Cuba, ya le había tocado la sensibilidad heroica el concepto de la justicia y la libertad. Es cuando aún está bajo la influencia del padre, que es por su mentalidad y oficio, “un español nacido en América”, aunque, vale decirlo, un español liberal y honrado. De esta época, entre otros, son los poemas *En la abolición del comercio de negros* (1817), en que muestra su viril indignación por la trata negrera, abolida teóricamente por Fernando VII; y *España Li-*

(3) *Biografías Cubanas*. 7, Rafael Esténger, *Heredia. La incomprensión de sí mismo*, Editorial Trópico, La Habana, 1938.

bre, escrita con motivo de la proclamación constitucional de 1820. Cuando da a conocer este poema a su padre, le dice en una carta:

...arreatado al solo nombre de libertad, cuando perdía la esperanza de volver a ver a mi patria sacudiendo el ignominioso yugo de sus tiranos, acaso desfogue mi odio hacia la esclavitud con algunas composiciones que por falta de corrección, y más bien por mi poco empeño en concluir las (viendo el ningún efecto que suelen producir las quejas dolorosas de los oprimidos) no han llegado a noticias de usted...

Merecen citarse, también, las odas *A los griegos en 1821* y *A los habitantes de Anáhuac* (1822). En la primera hay versos como éstos, que pudieran aplicarse a los pueblos español y chino que hoy simbolizan heroicamente la lucha universal de la libertad contra la opresión, como entonces el pueblo griego en su guerra contra los turcos:

Jamás puede un tirano
la cadena cargar al pueblo fuerte
que enfurecido se alza, lidia, triunfa,
o sufre noble muerte...

En la oda *A los habitantes de Anáhuac*, llama a los mexicanos a luchar contra la usurpación del dictador Itúrbide, y después de pintar los horrores de la esclavitud, traza un paisaje maravilloso del México libertado, previsión genial del instante histórico que vive hoy el pueblo hermano bajo un régimen popular de gobierno:

...su faz hermosa
mostrará por doquiera la abundancia,
eterna compañera
de paz y libertad, y la ignorancia,
la ignorancia fatal, causa primera
de los males del hombre, enfurecida
se lanzará a los antros del Averno,
apenas luzca con hermoso brillo
la luz de la razón. Al pueblo abiertas
serán las fuentes del saber: no en vano
los surcos regará que abrió su mano
con el sudor de su angustiada frente
el rústico infeliz, para que ostente
el poderoso su funesto orgullo,
y vano lujo y pompa desplegando
el rebaño servil del rey aumente.

No, que el fruto anhelado de su campo
 dividirá con su feliz familia
 el indio laborioso, sin que impío
 se lo arrebate el exactor malvado
 para que muestre de esplendor cercado
 un inútil señor su poderío,
 mientras de hijuelos pálidos la turba
 se apila en torno del desnudo padre
 y el hambre enfurecida los devora.
 De libertad bajo el feliz reinado
 en paz respirará: libre y contento
 de su afán esperando el fruto ansiado,
 con faz serena y venturoso acento
 el suelo con la reja desgarrando,
 junto a sus bueyes marchará cantando.

Tales los frutos son ¡oh mexicanos!
 que ledos cogeréis si generosos
 las frentes levantáis, y valerosos
 el imperio destruíis de los tiranos...

.....
 A la alma libertad álcense altares,
 y la opulencia y paz serán sus frutos,
 y rendirán a México tributos
 del Norte y Sur los apartados mares.

¡No en vano había vivido Heredia intensamente; en Venezuela y México, las revoluciones contra el feudalismo colonial! Estas agitadas experiencias de su errante niñez, diéronle un sentido cósmico, panorámico, del Universo, y un concepto revolucionario de la vida y el derecho de los pueblos, que habría de ofrendar al suyo, esclavizado.

C)

Una época de guerras y revoluciones decisivas para el encauzamiento histórico de la Humanidad, ofrecía ejemplos y coyunturas singulares a los cubanos, estimulándolos para solventar sus graves problemas de nacionalidad oprimida. Sobre el fondo de la Revolución Francesa y de la independencia de los Estados Unidos, se producen las revoluciones hispanoamericanas, llenando de su cercano y ronco eco las costas de las Antillas. Cuando, en el año 21, Heredia regresa a Cuba, la Isla está sembrada de grupos revolucionarios, que riegan afanosamente la semilla de la Independencia.

Por ley de afinidad tenía que derivar aquel frenético cantor de los hombres libres hacia los factores activos de la nación cubana en potencia. Libre de la tutela paternal —que si fué noble y fecunda (“Amor a todos los hombres—temor a Dios me inspiraste,—odio a la atroz tiranía—y a las intrigas infames”, dijo él de su padre), no dejó de estar limitada, en lo político, por su mentalidad española—; lleno de vehemencias mesiánicas y de generosos sueños, alterna nuestro poeta la sed de amor y los estudios de abogado con las secretas actividades revolucionarias. No se conformaba con ser solamente el poeta que en verso exaltado animara las huestes libertadoras; quería ser algo más: un soldado, un combatiente de la patria esclava.

Pero una delación frustró por siempre al soldado en proyecto, para destinarlo a forjar miles de soldados futuros en la fragua candente de su verso patriótico. Ya los biógrafos se han encargado de divulgar la anécdota con aderezo de detalles: descubierta la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, y denunciado el poeta como activo militante de la conjura, se ve forzado a emigrar a los Estados Unidos. (Antes de embarcar dejó escrita una lamentable carta al juez que tramitaba la causa, retractándose falsamente de sus gestiones revolucionarias. Como este es un hecho del hombre y no del poeta, no nos corresponde comentarlo). Esto sucedía a fines de 1823.

Días después de descubiertos los hilos conspiratorios, pero antes de verse él envuelto en las acusaciones directas, hace despuntar Heredia en nuestro cielo poético el primer astro épico, *La Estrella de Cuba*, que marca el advenimiento de la poesía al servicio inmediato de la posible revolución. Es un canto contradictorio, no puede negarse: junto a palabras de fe y esperanza en el destino patrio, hay ráfagas de dudas y desconfianza, cosa muy explicable, porque aún, como sabemos, no había cristalizado plenamente la conciencia nacional, sino que por el contrario, se anunciaba también en forma contradictoria, como el epinicio que había inspirado. Junto a estrofas desesperadas como estas:

¡Libertad! ya jamás sobre Cuba
 lucirán tus fulgores divinos
 Ni aún siquiera nos queda ¡mezquinos!
 de la empresa sublime el honor.

.....

¡Todo yace disuelto, perdido...!
 Pues de Cuba y de mí desespero,
 contra el hado terrible, severo,
 noble tumba mi asilo será...

muestra estas pruebas de resolución y de enseñanza:

Que si un pueblo su dura cadena
 no se atreve a romper con sus manos,
 bien le es fácil mudar de tiranos,
 pero nunca ser libre podrá.

.....
 Si el cadalso me aguarda, en su altura
 mostrará mi sangrienta cabeza
 monumento de hispana fiereza
 al secarse a los rayos del sol.

El suplicio al patriota no infama;
 y desde él mi postrero gemido
 lanzará del tirano al oído
 fiero voto de eterno rencor.

Era ese, sin duda, el estado de espíritu de aquella minoría patriótica, precursora de la revolución, que sin posibilidades inmediatas de acción eficaz, y sin un pueblo consciente que la secundara, se sentía dispuesta a sufrir heroicamente el probable sacrificio, para servir de ejemplo a las generaciones venideras.

En la ruta forzada del destierro —por la que desemboca lo más significado del pensamiento libre de Cuba—, culminaría la vida y la obra de nuestro primer poeta. Pero hay detalles en su obra, que no pueden pasar inadvertidos: 1), sus poesías específicamente revolucionarias, en relación con su patria, se producen en el breve lapso que transcurre entre su llegada a Boston (diciembre de 1823) y su arribo a las costas de México (septiembre de 1825); después, confundido en la turbulenta vida política mexicana de aquellos años, su labor literaria y sus actividades todas se consagran a aquella patria adoptiva y a sus libertades democráticas, tantas veces holladas; 2), esas composiciones patrióticas, a pesar de su corto número, son bastantes para condensar los sentimientos y las aspiraciones de la conciencia cubana en formación. En ellas plasmó Heredia el dolor y la ansiedad de su pueblo con intensidad tal y en forma tan definitiva, que ya quedaron

para siempre como expresión del alma nacional, sedienta de un superior destino histórico. Véanse ejemplos:

...tan sólo escucho de extranjero idioma
 los bárbaros sonidos; pero al menos
 no lo fatiga del tirano infame
 el clamor insolente, ni el gemido
 del esclavo infeliz, ni del azote
 el crujir execrable, que emponzoñan
 la atmósfera de Cuba. ¡Patria mía,
 idolatrada patria, tu hermosura
 goce el mortal en cuyas torpes venas
 gire con lentitud la yerta sangre,
 sin alterarse al grito lastimoso
 de la opresión. En medio de tus campos
 de luz vestidos y genial belleza,
 sentí mi pecho férvido agitado
 por el dolor, como el océano brama
 cuando le azota el norte. Por las noches,
 cuando la luz de la callada luna
 y del limón el delicioso aroma
 llevado en alas de la tibia brisa
 a voluptuosa calma convidaban,
 mil pensamientos de furor y saña
 entre mi pecho hirviendo, me nublaban
 el congojado espíritu, y el sueño
 en mi abrasada frente no tendía
 sus alas vaporosas. De mi patria
 bajo el hermoso y desnublado cielo
 no pude resolverme a ser esclavo,
 ni consentir que todo en la Natura
 fuese noble y feliz, menos el hombre.

.....
 Al brillar mi razón, su amor primero
 fué la sublime dignidad del hombre,
 y al murmurar de patria el dulce nombre,
 me llenaba de horror el extranjero.

.....
 ¿Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,
 no se inflama en el pecho de tus hijos
 generoso valor contra los viles
 que te oprimen audaces y devoran?

(A Emilia, 1824).

... Alzate, ¡Oh Cuba!
 y con tu independencia generosa
 abre la senda a tu poder y gloria:
 o pide al mar que férvido amontone
 las olas sobre tí, y así te guarde
 de las calamidades vergonzosas
 y de la esclavitud y eterna infamia
 que te prepara tu impotencia indigna.

(Oda, 1825).

Cuba, Cuba, que vida me diste,
 dulce tierra de luz y hermosura,
 ¡cuánto sueño de gloria y ventura
 tengo unido a tu suelo feliz!
 ¡Y te vuelvo a mirar...! ¡Cuán severo
 hoy me oprime el rigor de mi suerte!
 La opresión me amenaza con muerte
 en los campos do al mundo nací!

.....
 ¿Ya qué importa que al cielo te tiendas
 de verdura perenne vestida,
 y la frente de palmas ceñida
 a los besos ofrezcas del mar,
 si el clamor del tirano insolente,
 del esclavo el gemir lastimoso,
 y el crugir del azote horroroso
 se oye sólo en tus campos sonar?

.....
 Al poder el aliento se oponga,
 y a la muerte contraste la muerte:
 la constancia encadena la suerte;
 siempre vence el que sabe morir.

.....
 Vale más a la espada enemiga
 presentar el impávido pecho,
 que yacer de dolor en un lecho,
 y mil muertes muriendo sufrir.
 Que la gloria en las lides anima
 el ardor del patriota constante,
 y circunda con halo brillante
 de su muerte el momento feliz.

.....

¿Qué tenéis? Ni aún sepulcro seguro
 en el suelo infelice cubano.
 ¿Nuestra sangre no sirve al tirano
 para abono del suelo español?
 Si es verdad que los pueblos no pueden
 existir sino en dura cadena,
 y que el cielo feroz los condena
 a ignominia y eterna opresión;
 de verdad tan funesta mi pecho
 el horror melancólico abjura,
 por seguir la sublime locura
 de Washíngton y Bruto y Catón.

.....
 ¡Cuba! al fin te verás libre y pura
 como el aire de luz que respiras,
 cual las ondas hirvientes que miras
 de tus playas la arena besar.
 Aunque viles traidores le sirvan,
 del tirano es inútil la saña,
 que no en vano entre Cuba y España
 tiende inmenso sus olas el mar.

(*Himno del desterrado*, 1825).

.....
 ¡Dulce Cuba! en tus aras sagradas
 la ventura inmolé de mi vida
 y mirando tu causa perdida,
 mis amores y amigos dejé.
 Mas tal vez no está lejos el día
 (¡Cuál me anima tan bella esperanza!)
 en que armado con hierro y venganza
 a tus viles tiranos veré.

.....
 ¡Lira fiel, compañera querida
 en sublime delicia y dolores!
 De ciprés y de lánguidas flores
 ya te debes por siempre ceñir.
 ¿Siempre...? No, que en la lid generosa
 tronarás con acento sublime,
 cuando Cuba sus hijos reanime
 y su estrella miremos brillar.

(*Vuelta al Sur*, 1825).

Y hasta en *Desengaños*, poema de su renunciación al combate, producto de su poca fe revolucionaria, en medio del contenido negativo saltan estos recuerdos de su rebeldía pasada:

De mi oprimida patria los clamores
 turbaron mi quietud. Entre mis manos
 la ví gemir de un pueblo de tiranos,
 y devorar del yugo los horrores.

.....
 “Cubanos”, dije, “¿en servidumbre impura
 el yugo sufriréis por siempre yertos?
 ¿Sólo entre cataratas y desiertos
 producir pudo un Washington Natura?
 A la lucha terrible que preveo
 la espada y pecho apercebid, cubanos:
 mostrad aliento digno de espartanos,
 y en mí tendréis al vengador Tirteo.
 La agonizante patria gime triste,
 y no la salvarán clamores vanos:
 ¡Cuando amagan y truenan los tiranos
 en hierro y sangre la salud consiste!”

(*Desengaños*, 1829).

Es con este poema, precisamente, que agota Heredia, o que pretende agotar, su poesía esencialmente cubana. Pero a pesar de ésta que él quiso hacer última página “de su azarosa vida la novela”, a pesar de su posterior actitud, quedó circulando a través de generaciones el espíritu y la letra de su verso patriótico, como evangelio lírico de la cubanidad insurgente.

D)

No estaría completo este recuento de la lira herediana, sin mencionar junto con los tres poemas que se estiman sus momentos de más alto y pleno lirismo, *En una tempestad*, *En el Teocalli de Cholula* y *Niágara*, otros de aliento revolucionario como *En el aniversario del 4 de julio de 1776*, *A Washington*, *A Bolívar*, *Proyecto, Libertad*, *Al genio de Libertad*, *En la muerte de Riego*; o como *La estación de los nortes*, *Himno al Sol*, *Al Sol*, *Al Oceano*, *A*

mi caballo, o como el ya citado de *Placeres de la melancolía*. En todos ellos es Heredia el genio arrebatado de inspiración ante el grandioso espectáculo de la Naturaleza, digno de confundirse con los elementos o el paisaje que le conmueven; o el espíritu libre que exalta las potencias más puras y nobles de la humanidad, para exponerlas en armonía con la excelsitud y la belleza de lo natural. Ama tanto las furias del mar, la vegetación lujosa del Trópico o el hálito ardiente y generoso del sol, como odia la esclavitud, apostrofa la Inquisición y condena la tiranía en todas sus formas. Su obra es como un gran lienzo en el que estampa, en bocetos inmortales, toda el ansia de vida del siglo enorme en que le tocó nacer, amar y sufrir; y es su pintura tan firme, que salta a nuestros días para gritarnos y hacernos gritar ante el espíritu de la Libertad:

¿Brillar y perecer fué tu destino?
 En Europa infeliz te busco en vano
 y de tu altar en vez doquier me aflige
 el simulacro vil de algún tirano...

(*En el aniversario del 4 de julio de 1776*).

Pueblos a pueblos el dominio ceden,
 y del orbe sangriento, desolado,
 desaparecen, como en mar airado
 las olas a las olas se suceden.

(*Placeres de la melancolía*).

Y para ceñirnos aquel gallardo penacho byroniano de *Proyecto*:

... Cuando la esclava tierra
 marchita y devorada
 por el silencio impuro de la guerra,
 doblando al yugo la cerviz domada
 niegue al valor asilo,
 yo en los campos del piélago profundo
 haré la guerra al despotismo fiero,
 libre y altivo en el sumiso mundo.
 De la opresión sangrienta y coronada
 ni temo al odio, ni el favor impetro.
 Mi rojo pabellón será mi cetro
 y mi dominio mi cubierta armada...

Y para repetir, ante la actual tragedia del pueblo español, los versos finales de *En la muerte de Riego*:

No perpetuo será tan vil triunfo:
vuestro gozo templad, opresores,
porque al fin armará vengadores
vuestra rabia insensata y feroz.

Y, finalmente para asegurarnos con él, si no en la forma, sí en el sentido de esta previsión:

Profética esperanza me asegura
que han de salir mil genios de la nada,
a inundar a la tierra despertada
en luz intelectual, celeste y pura.
Un nuevo sol dominará la esfera,
y el incendio que vibre
destruirá la opresión y los errores,
prodigando sus rayos bienhechores
al siervo libertad, virtud al libre.

(*Libertad*, 1832).

AFIRMACIÓN DE HEREDIA.

Ya apenas habrá nada que agregar a lo escrito, para justificar nuestro reencuentro emocionado con el primer poeta cubano, en el tiempo y en gran espacio, para quien la poesía fué, como para Rubén Darío, una “camisa férrea de mil puntas cruentas” que le hizo brotar a borbotones cálidos la sangre armoniosa de la melancolía; y para quien fué la Libertad, como para Martí la patria, “agonía y deber”, arrastrados hasta la hiperestesia. Pero se impone un colofón afirmativo en la pugna herediana entre el poeta y el hombre.

León Felipe, poeta de tortura unamunesca, nos habló una vez, en forma inolvidable, (refiriéndose a la tradición hispana de Quijotes y Sanchos), de la vieja batalla entre lo heroico y lo doméstico —entre lo *clásico* y lo *romántico*, agregaríamos nosotros en este caso, prolongando una conclusión ya apuntada—, en que se debate todo hombre y toda época. Examinando el caso de Heredia, su indudable apostasía del ideal separatista cubano, su derrotismo revolucionario en los últimos años de su vida, su decepción democrática, se encuentra un triunfo lamentable de lo doméstico sobre

lo heroico. Podría decirse que el poeta, dueño del fuego sagrado del heroísmo, se dejó abatir por el hombre doméstico, por el hombre acorralado por su circunstancia inmediata.

En trance de extraer los jugos vitales de la obra vertical del poeta, ya hemos constatado la fidelidad suya al instante histórico que vivió a plenitud, mientras existió un equilibrio perfecto, absoluto, entre lo humano y lo poético, entre su razón y su sueño. Roto ese ritmo básico de su arquitectura espiritual, no es al poeta a quien habremos de señalar; ni al hombre, víctima de una circunstancia agobiante que no pudo vencer: el poeta, con carne de eternidad, ya está afinado en lo más hondo de la entraña criolla, y su verso siempre nos marca un bravo impulso y una ruta cierta; y el hombre, en medio de su infidelidad al poeta —a lo heroico— también nos trae una lección severa y fecunda: que los poetas no pueden olvidar nunca que son hombres, como Heredia, pero que tampoco pueden romper la armonía esencial que los anuda a la plena realización de su destino heroico.

En los tiempos que vivimos, colmados, como los de Heredia, de ansias desbordadas de superación humana; en esta época nuestra, en que se reproduce en cada minuto, como en la época de nuestro poeta, la lucha constante de la libertad contra la tiranía; precisamente en este instante de la historia, en que la barbarie pugna también contra la Poesía en la carne mortal de los poetas —Federico García Lorca... Antonio Machado...—, esta lección afirmativa de José María Heredia, —de su vida y su obra románticas, heroicas—, adquiere una significación singular, que crece en la vida cubana de hoy, para encenderla de verdad y belleza: para iluminarla de libertad y de amor.

La Habana, marzo de 1939.

ENSAYOS POÉTICOS.

Í N D I C E

Colección de fábulas
Octavas, Al concluirse una partida de campo
El paso del Trópico* (1)
Cuento en verso* (2)
La salida de Caracas
Epístola a Manuel B.* (3)
Mis deseos
A Josef Barradas* (4)
Las ruinas de Mayquetía
Los desvelos* (5)
Soneto
A la muerte de la reina N. Sa. Da. Ma. Isabel Francisca* (6)
La envidia
La avaricia
La desconfianza** (7)
A Cristóbal Colón*
Soneto** (8)

(1) En el texto: *Descripción de la fiesta que se hizo al pasar el Trópico de Cancer a bordo de la fragata americana "Isabela", el 18 de diciembre de 1817.*

(2) En el texto sólo lleva el título de *Cuento*.

(3) En el texto: *Carta a Manuel B.*

(4) En el texto: *Oda sobre la pacificación de Nueva España, dirigida al coronel D. Joseph Barradas.*

(5) En el texto da Heredia el título correcto de esta composición: *Los desvelados.*

(6) En el texto, después de *Da. Ma. Isabel Francisca*, se agregan las palabras *de Braganza*.

(7) En esta primera versión, se agrega, después del título, la dedicatoria *A Belisa*, suprimida en las posteriores.

(8) Este *Soneto* es el que Heredia reprodujo en *Obras Poéticas* y publicó después con el título de *Vanidad de las riquezas*.

- Al conde Tovar (9)
 Letrilla * (10)
 La lotería * (11)
 A Belisa * (12)
 La despedida
 Oda a Belisa, sobre el qué dirán * (13)
 Oda a D. A. Z. (14)
 Canción hecha con motivo de la abolición del comercio de ne-
 gros * (15) (
 La ausencia *
 Adición a la letrilla A Belisa * (16)

Este índice es el que puso Heredia a sus *Ensayos Poéticos*, y que nosotros reproducimos para que el lector conozca la disposición original de la colección. Únicamente hemos suprimido la paginación, que no correspondería a la de este volumen, y agregado las indicaciones de notas nuestras sobre títulos, etc., que van entre paréntesis, y los signos aclaratorios * y **.

Las composiciones que figuran en este índice marcadas con el signo * son las que no aparecen en el texto entre los *Ensayos Poéticos*, sino entre las *Obras Poéticas*, donde Heredia las reprodujo introduciendo en ellas algunas variantes.

Las que llevan el signo ** tampoco figuran aquí, sino en la clasificación general de poesías de Heredia, por haberlas dado él mismo a la publicidad.

En *Ensayos Poéticos*, el título que lleva en el texto cada composición no es idéntico, en muchos casos, a aquel con que figura en

(9) En el texto: *Carta a M. F., conde de Tovar, a bordo de la fragata americana "Isabela", en la bahía de Puerto Cabello, a 7 de diciembre de 1817.*

(10) Esta es la que figura en *Obras Poéticas* con el título de *El amante firme.*

(11) En el texto: *Letrilla. Le cayó la lotería.*

(12) Esta letrilla es la que figura, con su *Adición*, en *Obras Poéticas*, con el título de *El amante despedido.*

(13) En el texto el título va así: *Oda. Sobre el qué dirán. A Belisa.*

(14) En el texto sólo lleva el título de *Oda*, bajo una nota aclaratoria que al pie de la misma publicamos.

(15) En *Obras Poéticas* fué reproducida con este título: *En la abolición del comercio de negros.*

(16) Esta *Adición* es la que forma parte, en *Obras Poéticas*, de *El amante despedido.*

el índice; en notas numeradas, entre paréntesis indicamos el que aparece en el texto y el que le dió Heredia al reproducir la poesía en *Obras Poéticas* o al darla a la publicidad.

Ya dijimos en la *Introducción* que de las poesías que figuran en la clasificación general de la obra lírica herediana sólo mencionamos las publicaciones hechas en vida de Heredia. En *Ensayos Poéticos* y *Obras Poéticas*, por ser casi desconocidas, indicamos al pie de cada composición la publicación o publicaciones que de ella sabemos se han hecho hasta aquí, con objeto de precisar cuáles son las que se consideran inéditas.

Este *Índice* fué reproducido por Enrique Larrondo en su artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, publicado en *Las Antillas*. La Habana, t. II, n.º 3, noviembre de 1920, p. 222; el *Índice* aparece en la p. 225. También lo ha publicado Francisco González del Valle en la p. 90-91 de su *Cronología Herediana*, La Habana, 1938.

La copia de los *Ensayos Poéticos* que hemos utilizado, existente en nuestra Biblioteca Nacional, parece haber sido hecha del original que posee el eminente heredista José María Chacón y Calvo, pues en uno y otra aparecen, entre la portada y el índice, unos versos dedicados a Heredia, por un admirador o admiradora, y que dicen así:

Divino numen de Heredia incomparable,
 El hijo digno de Merced virtuosa,
 Y hermano amable de mi amiga bella.
 ¡Qué destino fatal de él nos privó!
 ¡Qué desgracia señala nuestra Estrella!
 Ben a tu patria, amigo Despatriado;
 tus paisanos desean tu venida,
 Pues de todos ¡hay Dios! heres amado.

P. A. L.

Hemos reproducido con su ortografía original estos versos que el mismo Chacón y Calvo atribuye a *Pepilla Arango*, la noble amiga inmortalizada por el poeta con el nombre de *Emilia*.

ÍNDICE PARTICULAR DE LA COLECCIÓN DE FÁBULAS

Dedicatoria.

Fábula 1ª	El filósofo y el buho
„ 2ª	El milano y el palomo
„ 3ª	Los dos gatos
„ 4ª	El ruiseñor, el príncipe y su ayo
„ 5ª	El grillo
„ 6ª	La paloma y la curruca
„ 7ª	La ardilla, el perro y la zorra
„ 8ª	La presumida y la abeja
„ 9ª	El piloto imprudente
„ 10ª	La oveja y el perro
„ 11ª	Los dos diamantes
„ 12ª	El gato y los ratones
„ 13ª	El buey, el caballo y el asno
„ 14ª	El loro confiado
„ 15ª	La paloma y la marica
„ 16ª	Júpiter y Minos
„ 17ª	Esopo y un majadero. T. de Fed.
„ 18ª	El fénix.

En 1810 recibió Heredia del oidor José Antonio Ramos un ejemplar de las fábulas en francés de Florián. Tradujo de ellas, ignórase en qué fecha, todas las que figuran en este índice, menos una que él indica es original de Fedro; y, después de 1818, dedicó la traducción al Oidor, ya entonces marqués de Casa Ramos. No fueron éstas, sin embargo, sus primeras composiciones poéticas,

según se colige de la misma dedicatoria; y se ignora si las primeras desaparecieron, por no haberlas reunido nunca Heredia, o si son algunas de las que aparecen en la segunda parte de los *Ensayos* y cuya fecha no se ha podido precisar.

De estas fábulas, publicó Heredia la titulada *El fénix*; pero nosotros no la hemos incluido en la clasificación general de sus obras para no romper la unidad de esta colección.

Por no haber tenido a nuestra disposición ningún otro ejemplar de los *Ensayos Poéticos*—el que posee el gran crítico e investigador herediano, Dr. José María Chacón y Calvo, se halla en Madrid—, nos ha sido imposible, al copiar estas fábulas, enmendar algunas erratas que se advierten en la copia existente en la Biblioteca Nacional, que hemos seguido. Ya dijimos que en el Museo Nacional sólo se conserva el *Cuaderno 2º* de la *Colección de las composiciones de José M. Heredia*, y que se supone que las fábulas formaban el desaparecido *Cuaderno 1º*.

Este *Índice* fué publicado por Enrique Larrondo en su artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, en la revista *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920, p. 222; el *Índice* aparece en la p. 226. También fué reproducido por Francisco González del Valle en la p. 90 de su *Cronología Herediana*, La Habana, 1938.

A D V E R T E N C I A

Ninguno que lea estos *Ensayos* busque en ellos bellezas poéticas o morales, porque no hallará otra cosa que la expresión fiel de los sentimientos de mi corazón. Yo conozco que la versificación de las Fábulas, exceptuando dos o tres de ellas, es bien mala. Algunas de las composiciones que están en este librito son hechas hace algún tiempo, y sin duda se omitirían en caso que mis obras saliesen a la luz pública.

Reproducida por Enrique Larrondo en su artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, publicado en *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920. Esta *Advertencia* aparece en la p. 228.

D E D I C A T O R I A

A BELISA.

Dediquen sus obras a los ricos y poderosos los que ansíen por dinero o por honores; pero yo, ¿a quién podré dedicar este librito sino a la adorable joven, que con un tierno suspiro, una mirada amorosa, y una dulce sonrisa puede sola llenar todos los deseos de mi corazón?

Adorada Belisa: el deseo de agradarte favoreció mi inclinación a la poesía. A tí, pues, se deben estos ensayos; ¡pueda su lectura hacerte conocer que el mar que nos separa no ha podido debilitar ni desvanecer el amor inextinguible que nos juramos!

A tí se dirigen, y yo quedaré bien recompensado, si en medio de la lectura, al encontrar tal vez la pintura de algunos sucesos que han dejado en mi pecho la impresión más dulce, dieres a mi memoria una lágrima, un suspiro, al excitarse en tu corazón un recuerdo que te haga decir con ternura: ¡Cuánto me amó!

José María Heredia.

Reproducida por Enrique Larrondo en su artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, publicado en *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920. Esta dedicatoria aparece en la p. 229.

Belisa es Isabel Rueda y Ponce de León, habanera, que casó en 1827 con Vidal Junco y Bermúdez.

COLECCIÓN DE FÁBULAS

AL SR. MARQUÉS DE CASA RAMOS.

Recibe de mi musa agradecida
Esta pequeña obra que te ofrece,
Que aunque ella de por sí nada merece
A tu grande bondad se ve atendida.

A Ramos solamente le es debida,
Pues él fué causa de que yo la hiciese,
Y de que con mi Musa me reuniese
Ya después de tenerla despedida.

Tú de Florián las obras me prestaste;
A Florián imitar he procurado:
Tú tal atrevimiento no esperaste.

Confieso que me expuse demasiado.
Pero para mi excusa, que me baste
El repetir que en tu bondad voy fiado.

Enrique Larrondo reprodujo esta dedicatoria en su artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, publicado en la revista *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, p. 222. La dedicatoria aparece en la p. 227.

EL FILÓSOFO Y EL BUHO

Por decir sin temor la verdad pura,
Un filósofo echado de su asilo
De ciudad en ciudad errante andaba,
Detestado de todos y proscripto.
Un día que sus desgracias recordaba,
Un buho vió pasar, que perseguido
Iba de muchas aves que gritaban:
“Este es un gran malvado, es un impío;
Su maldad es preciso castigarla:
Quitémosle las plumas así vivo”.

Esto decían, y todos le picaban.
 En vano el pobre pájaro affligido
 Con muy buenas razones procuraba
 De su pésimo intento disuadirlos.
 Entonces nuestro sabio, que ya estaba
 Del infelice buho compadecido,
 A la tropa enemiga pone en fuga,
 Y al pájaro nocturno dice: “Amigo,
 ¿Por qué motivo destrozarte quiere
 Esa bárbara tropa de asesinos?”
 “Nada les hice”, el ave le responde:
 “El ver claro de noche es mi delito”.

Primera publicación: En *El Prisma*, de Alejandro Angulo y Guridí, primo del poeta, La Habana, 1846.

Reproducida en *Cuba Poética*, de Luaces y Fornaris, La Habana, 1855; *El Repertorio*, de Rafael R. de Carrerá y Heredia, también primo del poeta, La Habana, 24 diciembre 1880; *Ideas*, La Habana, febrero-marzo 1930, con artículo de Enrique Larrondo.

EL MILANO Y EL PALOMO

Un milano cierto día
 Había cogido un palomo
 Y le decía: —Si te como,
 Tu maldad lo merecía.
 Malvada bestia, sé bien
 El odio que profesabas
 A mi raza, y que descabas
 El verme muerto también.
 Pero hay Dioses vengadores...
 —Ojalá que los hubiera,—
 Dijo el preso;—no sufriera
 Yo en tus uñas mil dolores.
 —¡Oh colmo de las maldades!,—
 El milano aquí exclamó.—
 ¡Cómo! ¡Tu impiedad osó
 Dudar que hay divinidades!
 El perdón ya te iba a dar,
 Pero tú eres un malvado,
 Y por eso que has hablado.
 Te voy a sacrificar.

LOS DOS GATOS

En una misma casa
Habitaban dos gatos.
Eran hermanos; sólo diferían
En estar uno gordo y otro flaco.

El flaco dijo al otro:
—¿No me dirás hermano
Cuál será la razón
De estar los dos en tan diverso estado?
Canónigo pareces,
Según lo bien tratado.
Todo el día estás ocioso;
Pero yo nada como, aunque trabajo.

Respondió el compañero:
—El motivo está claro.
Tú te andas todo el día
Detrás de los ratones correteando...

—¿No es ése mi deber?
—Sí; mas yo mejor lo hago.
Con mis saltos y muecas
Procuro y logro entretener a mi amo.

Cuando él está comiendo,
En dos patas me planto,
Y de comer le pido,
Extendiéndole humilde las dos manos.

De verme así, se ríe:
Me da buenos bocados,
Como tú no haces eso,
Sólo comes algún ratón muy flaco.

Desengáñate, amigo:
Para ser estimado,
Más que ser útil, sirve
El ser astuto, diestro y avisado.

EL RUISEÑOR, EL PRÍNCIPE Y SU AYO

Un príncipe paseaba
Con un ayo muy prudente
Por un bosque, y casualmente
Allí un ruiseñor cantaba.
El príncipe lo escuchaba,
Y su canto le agradó.
Luego cogerlo intentó
Para llevarlo a enjaular,
Mas no lo pudo lograr,
Porque el pájaro se huyó.

Dijo el príncipe indignado:
—¿Por qué ese pájaro amable,
De un canto tan apreciable,
En el bosque está ocultado?
Respondió el ayo: —Mi amado,
Cuando lleguéis a reinar
Esto os deberá enseñar
Que el que es necio se presenta;
El de mérito se ausenta,
Y es preciso irlo a buscar.

EL GRILLO

Entre la yerba escondido,
Un pobre grillo miraba
A una bella mariposa
Saltando de planta en planta.
El azul, púrpura y oro
Que brillaban en sus alas
Hicieron al pobre grillo
Decir con quejas amargas:
—¿Cuán distinta de la mía
Es la suerte de esa dama!
Por ella Naturaleza
Lo hizo todo; por mí, nada.

Ningún talento poseo,
Mi figura es desgraciada,
Nadie me busca en el mundo;
Mi existencia es ignorada.—

A tiempo que nuestro grillo
Tristemente se quejaba,
Hizo la casualidad
Que a la pradera llegara
Una tropa de muchachos.
Quiso entonces la desgracia
De la infeliz mariposa
Que uno de ellos la mirara.
Corrieron todos tras ella,
Procurando derribarla
Con pañuelos y sombreros.
El insecto procuraba
Escaparse; mas no pudo
Evitar su suerte infausta,
Ni que uno de los muchachos
La cogiera por una ala,
El otro por la cabeza,
Y un tercero que llegaba,
Por el cuerpo. La infeliz
Acabó despedazada
Por sus tiranos. El grillo,
Que todo esto lo miraba,
Dijo con mucha sorpresa:
—A mi cueva solitaria
A esconderme luego voy.
¡Oh cuánto debo estimarla!
Pues que la satisfacción
De brillar cuesta tan cara,
Mi vida será dichosa
Siendo oculta e ignorada.

LA PALOMA Y LA CURRUCA

La belleza fastidia sin talento.
 La belleza se pasa con los años;
 Y cuando la vejez lo acaba todo,
 Sólo el talento queda a los humanos.

A ti, Luisa divina, que talento
 Y belleza posees en alto grado,
 La fábula siguiente, que lo explica,
 A tu virtud y mérito consagro.

Su vida la pasaba una curruca
 Escuchando cantar, o bien cantando.
 Gustaba una paloma, su vecina,
 De tener multitud de enamorados.
 La tal a la curruca le decía:

—Yo no vivo feliz si no es amando.
 El canto es menos dulce que el amor.
 —Me guardaré muy bien de compararlos;
 Le dijo la curruca, —pero, amiga,

Yo una vida feliz estoy pasando
 Con la música sola.— La paloma
 Se burló mucho de ella, y se apartaron.
 Anduvieron errantes por el mundo,
 Y al cabo de diez años se encontraron.

Ya no se conocían. La curruca
 Al fin le dijo: —¿Cómo lo pasamos
 Con los amantes? —¡Ay!,—dijo la otra,—
 ¡Qué recuerdos tan tristes, tan amargos!

Ya de mi juventud los dulces tiempos
 Como un soplo ligero se pasaron,
 Y como ya la edad me desfigura,
 Nadie me corresponde de los que amo.

—No es tan mala mi suerte:—la otra dijo—
 Aunque la voz los años me han quitado,
 Dichosa soy, si resonar escucho
 Del ruiseñor el apacible canto.

LA ARDILLA, EL PERRO Y LA ZORRA

Una ligera ardilla
Con un perro viajaba,
Y una noche muy fría
En donde recogerse no encontraban.
Por fortuna, en el hueco
De una encina cascada
Entró el perro, y la ardilla
Se durmió más arriba en una rama.
Cuando los dos amigos
Ya dormidos estaban,
Al pie del árbol llega
Una zorra ya vieja, muy taimada.
Al punto vió a la ardilla.
No pudiendo alcanzarla,
Le dirigió una arenga
Para hacerla bajar, y devorarla.
—Perdonadme—la dijo—
Si os turbo, prima amada,
El sueño, pues no puedo
Contener el transporte de mi alma.
Sin duda sois mi prima:
Vuestra madre era hermana
De mi difunto padre,
Que era un hombre de bien. ¡Cuánto la amaba!
Cuando murió mi padre
Me mandó que os buscara,
Y la mitad os diera
De aquellos pocos bienes que dejaba.
Venid pues donde mí;
Venid, querida hermana,
Venid con un abrazo
A colmar el placer que siente mi alma.—
No era boba la ardilla.
Conoció bien la trampa,
Y a la impaciente zorra
Dijo con tono dulce estas palabras:
—Yo deseo abrazarte:
Ya bajo, prima amada;
Pero para que quede
Nuestra tierna amistad mejor ligada,

Te quiero presentar
 Uno que mucho me ama;
 Es mi más fiel amigo;
 Es un pariente que cuidó mi infancia.
 Duerme en ese agujero.
 Toca para que salga,
 Que gustarás de verle.—
 Comerse dos la zorra ya pensaba.
 Toca en el agujero.
 Al toque el perro salta,
 Y a la zorra le aplica
 El estuche molar a la garganta.

Esta fábula prueba que a los hombres
 De mil peligros la amistad les saca.
 Prueba también que es fácil, con talento,
 Hacer caer en el lazo al que lo arma.

Publicada por Enrique Larrondo en *Las Antillas*, La Habana, t. II,
 nº 3, noviembre 1920, en el artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*,
 p. 230-232.

LA PRESUMIDA Y LA ABEJA

A tiempo que Cloe se estaba
 En un espejo mirando,
 Entró una abeja zumbando
 Al cuarto en que ella se hallaba.
 —Venid, criadas,—exclamó—
 Echad ese monstruo alado.—
 Entonces el monstruo osado
 En sus labios se paró.

Cloe se desmaya al momento.
 Furiosa su vieja criada
 En la abeja desgraciada
 Quiere hacer un escarmiento.
 Cuando ya la iba a matar
 Dijo la abeja: —Yo loca,
 Creí que era rosa la boca
 De Cloe, y la fuí a chupar.—

Las palabras de la abeja
 A Cloe volvieron en sí.
 Compasiva dijo así
 A la colérica vieja:

—Perdona su atrevimiento,
Por su confesión sincera.
Su picadura es ligera,
Desde que habla, no la siento.—

¡Qué cosas se hacen pasar
Con un poquito de incienso!
Esta abeja, según pienso,
Lo podrá certificar.

Heredia reprodujo esta fábula en sus *Obras Poéticas*, con el título de *Imitación de Florián*, sin introducir en ella ninguna variante.

EL PILOTO IMPRUDENTE

Un barco navegaba
Con favorable viento.
Muy alegre el piloto,
Mucha vela echó luego:
Más de lo necesario.
Se iba aumentando el viento,
Y de mil negras nubes
Cubriéndose el cielo.
El piloto, con todo,
No oyendo los consejos
Prudentes que le daba
Un viejo marinero,
No quiso acortar vela
Hasta que el viento fiero
Le puso de allí a poco
En el último aprieto.
Pero ya entonces era
Inútil el remedio,
Pues era tan difícil
Escapar de aquel riesgo,
Que antes que realizasen
De acortar vela el medio,
El piloto y la nave
Sumergidos se vieron
Por el viento furioso
En el piélago inmenso.

Si cuando las pasiones
 Entran en nuestros pechos,
 Y que en ellos pretenden
 Establecer su imperio,
 Desde que lo sentimos
 No les ponemos freno,
 A su ímpetu furioso
 Resistir no podremos.

LA OVEJA Y EL PERRO

Una oveja y un buen perro.
 Se estaban un día contando
 Su triste vida. La oveja
 Al perro le decía: —Hermano,
 Me affijo si considero
 Mi destino desgraciado.
 Tú sabes muy bien que al hombre
 Le visto todos los años,
 Con mi leche le alimento
 Y que estercolo sus campos.
 Pues cada mañana veo
 Que alguno de mis hermanos
 Del hombre con el cuchillo
 Es cruelmente asesinado.
 Sus compañeros los lobos
 El resto van devorando.
 A tí que, esclavo del hombre,
 Estás adorando ingratos,
 Que eres tan útil, sumiso,
 Tan tierno y tan fiel a tu amo,
 Sólo te premia tu celo
 Con azotes y porrazos.
 Es triste nuestro destino:
 Ser víctimas de inhumanos,
 Trabajar para ellos solos
 Y perecer por sus manos.—
 —Es cierto,—el perro responde—
 ¿Mas son menos desdichados
 Los que infelices nos hacen?
 Aunque me den muy mal trato,
 Más quiero sufrir el mal
 Que llegar a ejecutarlo.

LOS DOS DIAMANTES

—De una tierra los dos hemos salido,—
 Decía un diamante tosco y escabroso
 A un compañero suyo que bruñado,
 Mostraba ya su resplandor hermoso.—
 Todavía—prosiguió—no he comprendido
 Por qué a ti solo busca el poderoso.—
 Es—dijo el otro—porque me ha pulido
 Del lapidario el arte laborioso.—
 Así lo que Natura ha producido
 En el hombre de bueno y generoso,
 O bien se pierde, o no se perfecciona,
 Cuando en la juventud se le abandona.

Publicada por Enrique Larrondó en *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre 1920, en el artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, p. 232.

EL GATO Y LOS RATONES

En una casa rica
 Habitaba un gatazo.
 Garraf era su nombre.
 Se hartaba de manjares delicados.
 Cualquiera podrá creerse
 Que no hacía ningún caso
 De los ratones, y éstos
 Andaban libremente correteando.
 Estaba un día durmiendo
 En un granero, cuando
 Los ratones vinieron
 Para comerse el trigo allí guardado.
 Todos ellos comían
 Sin ningún sobresalto,
 El orador entonces
 Habla con menosprecio de los gatos.

Su general le nombran,
 Dándole mil aplausos
 Los ratones. Él sube
 Sobre un cajón en que medían el grano.
 Allí subido, grita:
 —Corramos a vengarnos;
 No comamos ya trigo:
 Juremos no comer sino los gatos.—
 Los soldados noveles
 Se llenan de entusiasmo.
 A una voz todos ellos
 Gritan: —Sí: lo juramos, lo juramos.—
 Sobre Garraf se arrojan:
 Pero despierta el gato,
 Y en su cólera justa
 Destroza al general y a los soldados.
 De todos los ratones
 Sólo dos se salvaron,
 Y éstos iban diciendo
 Al tiempo de meterse al subterráneo:
 —Molestar no debemos
 Al enemigo manso:
 Querer ganarlo todo
 Es causa de perder lo ya ganado.

EL BUEY, EL CABALLO Y EL ASNO

Un fuerte buey, un jumento,
 Y un noble y bello caballo,
 Disputaban sobre quien
 Debía ser más estimado.
 Sus numerosos servicios
 Estaba el buey alegando,
 Su docilidad, su fuerza,
 Su gran valor el caballo
 Con sus nobles ejercicios,
 Y su utilidad el asno.
 El caballo dijo al fin:
 —¿Queréis que nos sometamos
 A la decisión del hombre?—
 Los otros se conformaron.

Tres hombres hallaron luego.
 Les propuso el buey el caso,
 Pidiéndoles que juzgasen.
 El uno, chalán normando,
 Respondió: —La cosa es clara,
 Aquí ha ganado el caballo.—
 Otro, que era molinero,
 Dió la preferencia al asno.
 —Todos dos—dijo el tercero—
 Os habeis equivocado.
 El buey es el animal
 Preferible. Su trabajo
 Nos proporciona alimento.
 —¿ Con que al fin—dijo el caballo—
 Sólo el interés os dicta
 El parecer que habeis dado?
 —¿ Por qué no?—dijo el chalán—
 ¿ Eso tiene algo de raro?
 ¿ Acaso el propio interés
 No es el código ordinario?

EL LORO CONFIADO

Hay algunas personas
 Que cuando está cercana
 La tempestad a ellas,
 Dicen: —Esto no es nada, esto no es nada.
 ¿ Por qué hemos de affigirnos
 Antes que la desgracia
 Caiga sobre nosotros?
 Para que procuremos evitarla.
 Un capitán de barco,
 A quien valor sobraba,
 Cuando temía el piloto
 Le decía: —Esto no es nada, esto no es nada.—
 Este tenía un lorito
 Que aprendió estas palabras,
 Y siempre las decía.
 Con otras muchas cosas que charlaba.

Una ocasión, al buque
 Le detuvo una calma.
 La tierra estaba lejos,
 Y a más de eso los víveres faltaban.
 Todos estaban tristes;
 El capitán callaba;
 El loro solamente
 Gritaba: —Esto no es nada, esto no es nada.—
 La calma continúa,
 Los víveres se acaban.
 Por último recurso
 Comen los pajarillos que llevaban.
 El loro podía huirse,
 Porque su jaula estaba
 Abierta; mas no quiso,
 Y se quedó, diciendo: —Esto no es nada.—
 Al punto le cogieron,
 Y mientras le mataban,
 Gritaba con voz ronca,
 Ya moribundo: —Esto... esto no es nada.

Publicada por Enrique Larrondo en *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre 1920, en el artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, p. 232-233.

* Parece faltar aquí por lo menos una línea del original, o hallarse mal copiado.

LA PALOMA Y LA MARICA

Una paloma
 Y una marica
 Muy inmediatas
 Las dos vivían.
 En donde estaba
 La tortolilla,
 Todo era amor,
 Todo era dicha.
 Pero en el nido
 De la marica,
 Huevos quebrados
 Todos los días,
 Grande alboroto
 Y mucha riña.

Cuando su esposo
Le sacudía,
Se iba a la casa
De la vecina,
Y los defectos
Y picardías
De su marido
Le refería.
—Es un bribón;—
Así decía—
Yo sé que tiene
Malas amigas,
Y ya no quiere
Darme comida.
Si yo me quejo,
El con gran ira
Me casca y dice:
¡Calle la indigna.
Demasiado hago
Por la cochina!
Luego se larga.
Vea usted qué vida.—
Mas la paloma
Le respondía:
—Decidme, os ruego,
Querida amiga,
¿Ningún defecto
Teneis vos misma?—
Dijo la otra
Que convenía
En que mil veces
Se divertía
En enrabiarlo,
Y que tenía
Muy mal humor.
Que ella creía
Que no era nada.
—Pues, mi querida,
Es mucho—dijo
La palomita.—
Yo en vuestro caso
Comenzaría
Por corregirme.
Muy bien podría
Vuestro mal genio...

—¿Qué es eso, amiga?—
 Interrumpió
 Nuestra marica.—
 Yo te contaba
 Mi gran desdicha,
 ¿Y tú me insultas?
 No lo creía.
 Adiós, gran necia.
 Mejor sería
 Que bien cuidaras
 Tus palomitas.—

Cuando nuestros defectos confesamos,
 Sólo que nos desmientan procuramos.

Publicada por Rafael R. de Carrerá en *El Repertorio*, La Habana, 1880, y por Enrique Larrondo en *Las Antillas*, La Habana, t. II, no 3, en el artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, p. 234-235.

JÚPITER Y MINOS

—Explicame,—decía
 A Minos el gran Júpiter un día—
 ¿Por qué apenas se encuentra un hombre bueno
 Y el infierno, al contrario, está tan lleno
 De los malvados que Atropos te envía?
 ¿Cuál es de la virtud el adversario
 Que un camino a la triste humanidad
 Hace seguir a la virtud contrario?
 Minos le respondió: La ociosidad.

ESOPO Y UN MAJADERO

De Fedro.

Atrae muchos al daño
De un malo el buen suceso.
Tiró una piedra a Esopo
Un cierto majadero,
Y le dijo: —Mi amigo,
Lo que haces te agradezco.—
Dióle después un cuarto,
Y prosiguió diciendo:
—Por Hércules te juro
Que no tengo más que esto,
Mas para darte pruebas
De mi agradecimiento,
Te diré de qué parte
Puedes sacar dinero:
Al gran señor que viene
Allí, del modo mismo
Que a mí, tira la piedra,
Y recibirás premio.—
El tonto persuadido
Ejecutó el consejo.
A su loca esperanza
No respondió el suceso,
Pues arrestado al punto
Fué nuestro majadero,
Y en un duro suplicio
Pagó su atrevimiento.

Reproducida por Enrique Larrondo en *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920, en el artículo *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, en la p. 236.

EL FÉNIX

En un bosque frondoso
El Fénix paseaba cierto día.
Admiraban las aves a porfía
Su color y su canto armonioso.
Un palomo que todo lo miraba,
En un triste silencio se quedaba.

Preguntóle su amante
Si envidiaba del Fénix la hermosura:
“Compadezco”, le dice con ternura,
“La suerte de ese pájaro brillante.
Como es él solo de su especie hermosa,
Nunca podrá tener amante esposa”.

Única fábula publicada por Heredia: en su *Biblioteca de Damas*, La Habana, 1821.

También la reprodujo, sin ninguna variante, en sus *Obras Poéticas*, 1820.

ENSAYOS POÉTICOS

AL CONCLUIRSE UNA PARTIDA DE CAMPO

¡Oh, qué días tan gustosos he pasado
En este campo ameno y delicioso,
Del bullicio del mundo separado,
Y donde nada veo que no sea hermoso!
En pescar y en pasear me he recreado,
Y quedándome aquí fuera dichoso.
Pero mi suerte lo contrario ordena,
Y ya me hace ausentar con mucha pena.

Ya, señores, de ustedes me despido,
Y confieso sincera y francamente,
Que quisiera mejor no haber venido
Que haberme de volver tan prontamente.
Ocho días muy gustosos he tenido;
Quedarme aquí quisiera eternamente;
Pero no puedo. ¡Qué dolor profundo!
¡Ah! no hay gusto completo en este mundo.

Colección de las composiciones de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819.

Elegía

LA SALIDA DE CARACAS

Quando quiere venirme a la memoria
De aquella triste noche que en Caracas
La postrera pasé: de aquella noche
En que dejé personas tan amadas,
De mis ojos las lágrimas destilan,
Y un terrible pesar me oprime el alma.

La luna, retirarse ya queriendo,
Sus ligeros caballos apuraba,
Quando yo, de un amigo acompañado,
Muy triste de Caracas me alejaba.
Todos sus moradores en silencio
En un plácido sueño reposaban.

Cuando de la ciudad estuve lejos,
 De llanto mis mejillas inundadas,
 Oprimido mi pecho y agitado:
 "¡Oh Caracas!", exclamo, "que de patria
 Un tiempo me serviste, a Dios te queda!
 Mi destino fatal, mi suerte infausta
 Me obligan a dejarte, pero siempre
 Me acordaré de tí. ¡Que tus desgracias
 Cesen, y seas feliz! Sagrados templos,
 Que sois de un Dios eterno la morada,
 Ya no veréis al que en mejores tiempos
 Al Criador en vosotros adoraba.
 Adiós, amigos míos: hora adversa
 De vuestra compañía me separa.
 No me olvidéis jamás. Vuestra es mi vida,
 A despecho del tiempo y la distancia.
 ¡Oh Dios eterno y todopoderoso
 Que estás mirando el fondo de mi alma,
 Permíteme que yo a Caracas vuelva,
 Luego que hayan cesado sus desgracias!"
 Dije, y marché precipitadamente
 De aquel bello país que tanto amaba.
 Desde aquel día fatal para mi dicha,
 Ni placer ni consuelo halla mi alma.

Créese de fines de 1817 o principios de 1818.

Oda

MIS DESEOS

A. D. Clemente de Ponte.

Saber quieres, amigo,
 Lo que yo deseara.
 Si piensas que deseo
 La gloria de las armas,
 Te engañas. Me horroriza
 Aquella horrible fama
 Que sólo se consigue
 Vertiendo sangre humana.

¿Las ciencias? No, Clemente,
Nunca las deseara.
Aquel que se dedica
De veras a estudiarlas,
Después de mil fatigas,
¿Qué es lo que logra? Nada.
Se cuenta por dichoso
Si deja averiguada
Una verdad que a todos
Importa poco o nada.
¡Y a cuántos esta dicha
Les ha costado cara!
¿Honores? no los quiero.
Al que los goza causan
Enemistades, penas
Y terribles desgracias,
Siendo sólo quimeras
De la fantasía humana.
¿Riquezas? ¿Para qué,
Si las riquezas causan
A su dueño mil sustos
Mil riesgos y mil ansias?
Yo, pues, tan sólo quiero
En pacífica calma
Gozar de los placeres
Con moderación sabia,
Y pasar una vida
Oculta e ignorada:
Teniendo un buen amigo,
Nada más deseara.

Reproducida por Enrique Larrondo en la revista *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920, en artículo titulado *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, en las p. 236-237.

LAS RUINAS DE MAYQUETÍA

Pasajero, cualquiera que tú seas,
Que a Mayquetía veas,
No pongas tu atención, no tu cuidado
En este lugar triste y arruinado,
Ni en esos frontispicios,
Restos de sus caídos edificios,
Que antes fueron hermosos y habitados,
Y ahora ya derribados
Sirven de madriguera
Al sapo horrible, a la culebra fiera.

Créese de fines de 1815 o principios de 1816.

Reproducida por Enrique Larrondo en la revista *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920, en artículo titulado *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, en la p. 238.

SONETO

Terrible incertidumbre, angustia fiera,
Que siempre me tenéis atormentado,
Dejad ya descansar un desgraciado,
Que de vosotros compasión espera.

Decidme de una vez si es verdadera
La triste suerte de mi padre amado,
De que todos me dicen que encerrado
Está en fluctuante cárcel de madera.

Si acaso fuere falsa la noticia,
Se quitara de mi alma el cruel recelo
Que en ella tengo fijo a mi pesar.

Pero si fuere cierta, y no ficticia,
Quiero ver mi desgracia ya sin velo,
Para poderme de ella lamentar.

Créese que pueda haber sido escrita en 1810.

LA ENVIDIA

Ejercitando anoche el numen mío,
El genio de la envidia me miraba:
Con los ojos mi pluma devoraba,
Objeto ya de su furor impío.

Imaginó en su ciego desvarío
Que su horrible presencia me espantaba,
Mas yo que con desprecio le miraba,
Seguí escribiendo y díjale con brío:

—Huye luego al lugar de que saliste,
Pues en mi alma no tiene ni ha tenido
Lugar ninguno tu influencia triste.

Agitóse aquel monstruo enfurecido,
Y con rabia feroz gritó: —¡Venciste!—
Y desapareció con un aullido.

Colección de las composiciones de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819.

Reproducido por Heredia en *Obras Poéticas* sin ninguna variante.

Publicado por Enrique Larrondo en la revista *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920, en artículo titulado *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, en la p. 238.

LA AVARICIA

De mortal inquietud atormentado,
De angustia y sobresalto siempre lleno,
Nunca, Fabio, con ánimo sereno
Del más corto placer has disfrutado.

Vives de todo el mundo desconfiado;
Piensas que sin el oro nada es bueno.
De la dulce amistad nunca en el seno
Tu pesar o tu gusto has desahogado.

Nunca tu alma feroz y empedernida
Alivió al indigente con sus dones.
La gran riqueza tuya fué adquirida

A costa de miseria y privaciones.
¡Ay! Sin gozarla acabará tu vida...
¿Llevarás al sepulcro los doblones?

Col. de las comp. de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819.

Reproducido por Heredia en *Obras Poéticas*, sin variantes.

Publicado por Enrique Larrondo en la revista *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre de 1920, en artículo titulado *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, en las p. 238-239.

CARTA A M. F., CONDE DE TOVAR,

*A bordo de la fragata americana Isabela, en la bahía
de Puerto Cabello, a 7 de diciembre de 1817.*

En el mismo día de hoy
Debo, querido Tovar,
Aqueste puerto dejar
Con bastante gusto en parte.

Sí, amigo, contento estoy
Porque salgo de una tierra
Que es el teatro de la guerra
Y de las iras de Marte.

Que además está afligida
Con horrorosos temblores
De tierra, en que sus furoros
Ostenta sañudo el cielo.

Mas mi alma queda oprimida
De dolor, al recordar
Que lejos voy a quedar
De ese bellísimo suelo.

Seguir quisiera escribiendo,
Pero vamos a partir.
Ya a los palos veo subir
Los ágiles marineros.

Ya, sus esfuerzos uniendo,
Procuran la ancla sacar
Del hondo y cerúleo mar,
Dando unos gritos muy fieros.

Ya la ancla arriba han subido,
Y las velas desplegando,
El barco va caminando,
Y del puerto va a salir.

Adiós, amigo querido:
Aprisa cierro esta carta,
Antes que la falúa parta,
Y ella se quede sin ir.

A Manuel Ponte, a Ducenta,
A Ysaguirre el Abejón,
A Aurrecoechea y a Jabón
Da memorias de mi parte.

Y tú, caro amigo, cuenta
Con el afecto sincero
De este amigo verdadero
Que nunca podrá olvidarte.

Colección de las composiciones de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819.
Faltan en el título las palabras: *en la bahía de Puerto Cabello.*

LA DESPEDIDA

A Julia

De tí, Julia querida,
Se despide tu amante,
Que ya llegó el instante
En que debe partir.

Mi suerte aborrecida
Que parta ya me ordena.
¿Tan rigurosa pena
Cómo podré sufrir?

Allá en lejano clima,
 Lejos de tí apartado,
 De tristeza agobiado
 Moriré, y de dolor.
 Y tan sólo me anima
 La débil esperanza
 De ver si el tiempo amansa
 Del destino el rigor.

De esta mi despedida
 Se aumenta el dolor fiero,
 Cuando yo considero
 Que puedes ser infiel.
 Después de mi partida
 Quizás de mí olvidada...
 Perdona, Julia amada,
 Sospecha tan crüel.

Escríbeme, querida;
 Mas de tu mano sea.
 Que yo en tus cartas vea
 Que me guardas tu fe.
 "Aquí", diré, "tendida
 Tuvo su blanca mano";
 Y en mi delirio insano,
 La carta besaré.

¡Ay! ¡Que la hora menguada
 Llegó de mi partida!
 Adiós, mi dulce vida;
 Acuérdate de mí.
 No olvides, Julia amada,
 El dolor que tu amante
 Padece en el instante
 Que se aparta de tí.

Con igual título, la misma idea fundamental y algunas estrofas idénticas, incluyó Heredia otra poesía, más extensa y dedicada a *Belisa*, en las *Obras Poéticas*, donde la reproducimos.

ODA

¡ Con qué placer y gusto,
Oh Zerezero amigo,
Tus primeros ensayos
Ayer he recibido!
Yo no dudo que pronto
Serás el favorito
De las amables Musas
Y de Apolo divino.
¡ Qué dicha se te aguarda!
Sí, Anastasio querido,
Del Parnaso eminente
Sigue, sigue el camino.
¿ De qué sirve el estudio
De ciencias o delirios,
Con que los hombres necios
Indagar han querido
Del Criador en sus obras
Los secretos designios?
¿ Esos que llaman sabios
Escapar han podido
De la pálida muerte
Al brazo enfurecido?
¡ Ay! no: que ellos han muerto
Como todos morimos.
Serán muy alabados
Por los que quedan vivos.
¿ Mas qué importa me alaben,
Cuando ya yo no existo?
El estudio de leyes
Que tú sigues conmigo,
Me llena de tristeza,
Me hace exhalar suspiros,
Cuando por él conozco
El estado abatido
A que el linaje humano
Se encuentra reducido.

Pues yo, caro Anastasio,
Quiero en tanto que vivo,
Gozar de los placeres,
Amar a mis amigos.
Seguiré con las Musas
Del Parnaso el camino,
Viviendo embelesado
Con su dulce atractivo,
Y olvidaré mis penas,
Si me viere afligido,
Con el licor de Baco,
Con el alegre vino.

Sobre el título lleva la nota siguiente:

Habiéndome enviado D. A. Z. una oda dirigida a mí, que era su primer obra poética, le contesté con la siguiente

ODA

A. Z. es Anastasio Zerezero, mexicano, compañero de estudios de Heredia en la Universidad de México en 1819-1821 y más tarde diputado al Congreso del Estado de México.

Esta oda fué publicada por Enrique Larrondo en *Las Antillas*, La Habana, t. II, nº 3, noviembre 1920, en artículo titulado *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, p. 240-241.

OBRAS POÉTICAS

Í N D I C E

Prólogo (1)

POESIAS AMATORIAS

Dedicatoria (2)

Anacreónticas.

- 1ª De mis versos **
- 2ª Del amor
- 3ª Mi ciencia
- 4ª La herida
- 5ª Los ojos de Belisa (3)

Romances.

- 1º Las palomas
- 2º La declaración

Sonetos.

- 1º Mi gusto **
- 2º La desconfianza **
- 3º El sueño
- 4º La ausencia
- 5º La constancia (4)

(1) En el ejemplar manuscrito de las *Obras Poéticas* existente en la Biblioteca Nacional ha sido arrancada la página I, que contenía este *Prólogo*.

(2) Tampoco aparece esta *Dedicatoria* en el ejemplar de *Obras Poéticas* perteneciente a la Biblioteca Nacional y que hemos copiado, por haber sido arrancada la página V que, según el índice, la contenía.

(3) En el texto esta poesía aparece después de la titulada *Las palomas*. Nosotros hemos seguido la ordenación que había dispuesto Heredia en el *Índice*.

(4) También en este caso hemos colocado en el lugar indicado en el *Índice* esta poesía que en el texto fué copiada antes del primer soneto, titulado *Mi gusto*.

Silvas, Canciones, etc.

Los desvelados

El fénix * (5)

A mi rival

El ¿qué dirán?

El billete

Letrillas.

1ª El amante firme

2ª El amante despechado

3ª La despedida

La trenza de pelo **

Al mismo asunto **

La partida

A la hermosura **

La mudanza

POESIAS JOCOSAS

Letrilla: La lotería (6)

Imitación de Florián * (7)

Cuento (8)

El paso del Trópico (9)

Epigrama de Napoleón (10)

(5) Esta es la poesía que con ese mismo título figura en *Ensayos Poéticos*, en la *Colección de fábulas*. En el texto se agrega: *Imitación de Florián*.

(6) En el texto dice, como en *Ensayos: Le cayó la lotería*.

(7) Esta es la fábula que figura en *Ensayos Poéticos* con el título de *La presumida y la abeja*.

(8) Es el mismo *Cuento* o *Cuento en verso* de los *Ensayos*.

(9) En el texto lleva este título: *Descripción de la fiesta que se hizo a bordo de la fragata anglo-americana "Isabela", al pasar el trópico de Cáncer el día 17 de diciembre de 1817*. Heredia, por lo visto, no estaba muy seguro de esa fecha, pues en el texto de los *Ensayos Poéticos* dice 18, y en el *Cuaderno 2º* de sus composiciones, que hemos citado, y que es anterior a *Ensayos*, había dejado la fecha del día en blanco.

(10) En el texto dice solamente: *Epigrama*.

POESÍAS DEL GENERO ELEGÍACO Y HEROICO (11)

Sonetos.

- 1º La envidia *
- 2º Vanidad de las riquezas ** (12)
- 3º En la muerte de la reina Isabel (13)
- 4º La avaricia *
- 5º Cristóbal Colón
- 6º El amor
- Inscripciones al busto del Rey, a España libre, a Quiroga, a la caída de la Inquisición (14)
- Al busto de D. J. T. Boves
- Para el sepulcro de mi hermano ** (15)
- En la abolición del comercio de negros
- En elogio del Sr. J. L. Extremera ** (16)
- Al coronel D. José Barradas
- Al Popocatepetl **
- En la representación de Da. Inés de Castro (17)
- A. D. J. M. Unzueta en su viaje (18)

(11) En el texto: *Poesías serias*.

(12) Este es el segundo *Soneto* de los *Ensayos*, que con el título *Vanidad de las riquezas* figura en este volumen entre las *Poesías filosóficas e históricas*.

(13) *En la muerte de la reina Da. María Isabel Francisca de Braganza*, dice el texto.

(14) El texto dice: *Inscripciones. Al busto de Fernando 7º. Al de D. Antonio Quiroga*. Luego aparece *Al busto de D. José Tomás Boves*, que figura aparte en este índice, y después: *Alegoría I. El genio del fanatismo huyendo. España libre. Alegoría II. La Inquisición destruida. La Religión triunfante*.

(15) En el texto: *Epitafio. Para el sepulcro de mi hermano*. Reproducida en este volumen entre las poesías familiares, con el título *En el sepulcro de un niño*, que le dió Heredia en la edición de Toluca, 1832.

(16) En el texto: *En alabanza del Sr. Juan López Extremera, en el papel de Haradin Barbarroja*.

(17) En el texto: *En la representación de la tragedia Doña Inés de Castro*.

(18) Dice el texto: *A. D. J. M. Unzueta, en su viaje a La Habana*.

Al Sr. marqués de Casa Ramos, en sus días
 Traducción de la oda 14, lib. 2 de Horacio
 A mi padre en sus días **
 Epístola a Manuel ... (19)
 A la muerte
 Abuso de la navegación
 Con motivo de haber abrazado un amigo la carrera militar
 Himno patriótico en la publicación del indulto Real, en Caracas (20)
 Himno patriótico en celebración de las victorias conseguidas en
 Nueva España bajo el mando del Excmo. Sr. Apodaca (21)
 A la paz **
 A D. Blas Osés

También aquí señalamos con el signo ** las composiciones que figuran en la clasificación general, por haber sido publicadas por Heredia. El signo * indica las que publicamos en los *Ensayos Poéticos*, porque al reproducirlas Heredia aquí no introdujo en ellas ninguna variante.

En la colección de *Obras Poéticas*, manuscrito de Heredia, después de la poesía *A D. Blas Osés*, y sin que figure en el índice, aparece copiada, sin terminar, la titulada *España libre*, que se publicó en el mismo año de 1820 en *El Indicador Constitucional*, de La Habana, y que incluimos entre las *Poesías Cívicas y Revolucionarias*.

(19) Es la versión definitiva de la *Epístola a Manuel B.*, de los *Ensayos*.

(20) En el texto: *Himnos patrióticos. 1º En la publicación del indulto Real en Caracas el 13 de septiembre de 1817.*

(21) En el texto: *2º En celebración de las victorias conseguidas en Nueva España bajo el gobierno del Excmo. Sr. Conde del Venadito.*

POESÍAS AMATORIAS

DEL AMOR

Modelo de traiciones
Y natural maligno,
Al dios de los amores
Pintábame Felino.
Díjome que a los necios
Que siguen su partido,
Les causa mil dolores,
Mil ansias y martirios;
Que con aguda flecha
Les deja el pecho herido,
Gozándose en su llanto,
Sus quejas y suspiros.
Yo entonces, inocente,
Sobre su fe creílo,
Y con furor odiaba
Al bárbaro Cupido.
Mas díjome Belisa:
“Si quieres, simplecillo,
Te enseñaré de Venus
A conocer al hijo”.
Acepté yo la oferta
Que afable ella me hizo,
Y tan bien enseñóme
Cual no puedo decirlo.
Y ya desengañado,
De amor el bando sigo,
Diciendo a mi adorada:
“¡Oh, cuál mintió Felino!”

MI CIENCIA

Estudien los soldados
La ciencia abominable
De verter a torrentes
La triste humana sangre.

Sigan otros las huellas
De Newton y Descartes,
Y tras de los planetas
Impávidos se lancen.

Sigan su crecimiento,
Su medio y su menguante,
Y allá en su mente ilusa
Camino les señalen.

O bien las leguas midan
Que hay en número grande
Del Sol a nuestro globo,
De Júpiter a Marte.

O estudiando la ciencia
De Temis venerable,
De Alfonso a su memoria
El código trasladen.

O el triste cargo tomen
De dar a criminales
El castigo que sirva
De ejemplo a los mortales.

O estudien cuidadosos
La ciencia con que arranquen
Del seno de la tierra
Codiciados metales.

O a discurrir aprendan
En una frágil nave
Por la cabida inmensa
De los furiosos mares.

Mas yo, de aquesas ciencias
Hacer no puedo alarde:
Es todo el saber mío
Decir con voz suave

A Baco y a Cupido
 Dulcísimos cantares,
 Odiar a los alumnos
 De Temis y de Marte,
 Amar a mi Belisa,
 Y hacer que mi amor pague.

1819.

Con este mismo título y varias estrofas idénticas, pero con idea fundamental muy distinta, publicó Heredia una poesía en la edición de 1825, que aparece en esta compilación entre las *Poesías Filosóficas y Históricas*.

LA HERIDA

Triscando allá en el bosque,
 De un álamo caíme,
 Y una herida ligera
 En la mano me hice.
 Volar en mi socorro
 A mi Belisa vide:
 “¿Te has hecho mal, Fileno?”,
 Temblando ella me dice.
 En vano yo risueño
 Quiero se tranquilice:
 “No temas, no”, la digo,
 “Que Fileno peligre”.
 Mas ella, cuidadosa,
 La herida me comprime,
 Y en sus amantes brazos
 Hace que me recline.
 Entonces muy ufano
 Sonriéndome la dije:
 “Zagala, si me curas,
 Mil veces he de herirme”.

(1819).

LOS OJOS DE BELISA

Si infiel juzgo a Belisa,
 Y abrásanme los celos,
 Maldigo su hermosura
 Y ahogar juro mi afecto.
 Pero si a mí risueña
 Vuelve sus ojos bellos,
 Olvido en el instante
 Mis firmes juramentos.
 Me postro ante sus plantas,
 Perdones mil pidiendo;
 Me abraza, y juro amarla
 Hasta el postrer aliento.

LAS PALOMAS

“¿ Ves, mi Belisa adorada,
 Ves, esquiva zagaleja,
 Las dos hermosas palomas
 Que en aquel árbol se asientan?
 ¿ Ves cual traban con los picos
 Una agradable pelea,
 Y se ejercitan gozosas
 De amor en la dulce guerra?
 ¿ No miras tú como ufanas
 Las bellas plumas se peinan
 Que a sus cuellos matizados
 Sirven de adorno y cubierta?
 ¿ Veslas a par una de otra
 Picando la verde yerba,
 Cómo en ardientes arrullos
 Sus dulces ansias expresan?
 ¿ Miras al esposo amante
 Ayudar la esposa tierna
 A la fábrica del nido
 Do renovados se vean
 En dos velludos pichones
 Que de su amor fruto sean?
 ¿ No envidias tú su ventura?
 ¿ Imitarlas no deseas?”

¿Suspiras, bajos los ojos?
 Si tan ingrata no fueras,
 Esa dicha que ellas gozan
 Bien disfrutarla pudieras.
 Si los desdenes dejando,
 Pagaras tú mis finezas,
 Felices fuéramos ambos
 Con nuestra pasión sincera.
 Obédece, mi zagala,
 La voz de Naturaleza,
 Que ser sensible te manda
 Y que me pagues te ordena.
 No sus clamores desoigas,
 Mostrándote siempre fiera
 A quien humilde te adora,
 Y el agradarte desea.
 Hazlo al menos por bien tuyo,
 Para que felice seas,
 Dócil la lección tomando
 Que las palomas te enseñan".
 Esto Fileno decía
 A su esquiva zagaleja,
 Que desdeñosa de él huye,
 Y desatiende sus quejas.

LA DECLARACIÓN

"Des que te vide, zagala,
 Des que tus ojos de fuego
 Fijastes en la faz mía,
 Ardió el amor en mi pecho.
 Déj sin cesar combatido,
 Humilde a tu vista vengo,
 Para que al mal que causaste
 Alivio des y consuelo.
 Si sensible a mis pesares
 Pagares mi amor sincero,
 Verás mi tristeza amarga
 Trocada en gozo y contento.
 Yo, zagala, no soy rico:
 Pobre soy, mas dióme el Cielo
 Un don que niega a otros muchos:
 Un corazón blando y tierno,

Y una alma noble y sensible;
 Dones altos que yo aprecio
 Muy más que el oro y la plata,
 Solo amor de los perversos.

No te daré perlas ni oro;
 Pero un cariño te ofrezco,
 De mi vida a par durable,
 Y a la par del sol, eterno.

Yo te amo, zagala hermosa;
 Tres lustros apenas cuento;
 Paga pues el amor mío,
 Y venturosos seremos.

Yo cantaré tu hermosura,
 Y ambos sencillos y tiernos,
 A amadores inocentes
 Ejemplo hermoso daremos.

No te ofenda mi lenguaje,
 Que es sencillo cual mi pecho;
 Y si el amarte es delito,
 Nadie dél se verá exento''.

A la zagala Belisa
 Dijo así el zagal Fileno:
 Ella le ve enternecida,
 Y baja la vista al suelo.
 De amable rubor se cubre
 Su rostro virginal bello;
 Corresponden quiere afable
 Del joven a los afectos.
 Y enfrena el pudor su labio,
 Y el honor pára su acento.

1819.

EL SUEÑO

Cuando todo mortal en paz reposa
 Las dulzuras del sueño yo gozaba.
 De México soñé que me alejaba,
 Dando a mi patria vuelta venturosa.

Que a mi Belisa ví; que ella gozosa
 Su júbilo en caricias me expresaba,
 Y en sus amantes brazos me estrechaba,
 Ajuntando a mi faz su faz hermosa.

“En tu ausencia fatal te lloré muerto”,
 Díjome con voz tierna y conmovida;
 “¡Ah! ¡Si hoy vieras el gozo de mi pecho...!”

Iba yo a responderla; mas despierto,
 Y al mirar la ilusión desvanecida,
 Con llanto de dolor riego mi lecho.

1819 ó 1820.

LA AUSENCIA

¿Viste, Deliso, cuánto decayera
 De la rosa el verdor y lozanía,
 Cuando ya al occidente dirigía
 El padre de los astros su carrera?

¿Viste el clavel que tan hermoso fuera,
 Tras los rigores de la noche fría,
 Cómo a la pura luz del nuevo día
 Mustio, marchito y triste amaneciera?

¿Viste a un tierno palomo separado
 De su paloma fiel, tiranamente,
 Rehusar el alimento despechado?

¿Viste el fiero penar que el ave siente?:
 Juzga pues, ¡oh Deliso!, de mi estado,
 Cuando de mi adorada estoy ausente.

1819.

Col. de las composiciones de José M. Heredia. Cuaderno 2º
 1819.

Ensayos Poéticos de D. José María Heredia, 1819.

La única variante digna de mención consiste en que el último verso dice, en los *Ensayos*:

Cuando de mi zagala estoy ausente.

Y en el *Cuaderno*:

Cuando de mi Belisa estoy ausente.

En el *Cuaderno* se agrega, como subtítulo: *A Deliso*.

Deliso es Blas Osés, muy amigo de Heredia, quien lo conoció en México y le dedicó varias de sus poesías.

LA CONSTANCIA

Huye al Ponto feroz el marinero
Que naufragio fatal ha padecido;
El soldado en la guerra malherido,
A Marte y a la lid odia constante.

Al tráfico aborrece el mercadante
Que oro y honor en él tiene perdido;
Tiembra de la prisión quien la ha sufrido:
Mas no procede así mi pecho amante.

¡Cuál me atormenta la adorada mía!
Por su fiero desdén y pecho duro,
Por su fingido amor y su falsía,

El cáliz del dolor gimiendo apuro;
Y en vez de aborrecerla cual debía,
Amor y más amor firme la juro.

LOS DESVELADOS

En silencio y reposo
Está Naturaleza sepultada.
La noche en medio está de su carrera.
Tal vez el ambicioso, en su cama dorada,
Se agita en inquietud amarga y fiera.
Devorado de sed insaciable
De honores, distinciones y de mando,
Está en su entendimiento meditando
Proyectos que abortó su fantasía,
Hasta que luzca el venidero día.

El avaro infeliz y miserable
Que se acuesta pensando en su dinero,
Cavila en lo que hará para aumentarlo.
Al ruido más ligero,
Creyendo que ya vienen a robarlo,
Y que el talego en su favor le llama,
Salta despavorido de la cama.

El talego examina presuroso,
Y al Cielo pide ansioso,
Contando sus doblones,
Que los libre de asaltos de ladrones.

Hora tal vez el marinero osado
Que surca el ancho mar en pos del oro,
En la popa sentado,
Contempla con amargo desconsuelo
El anublado cielo
Y del pérfido Ponto los bramidos.
El viento que sacude el alto mástil
Resuena con furor en sus oídos,
El alma suya de pavor llenando.
Entonces affligido
Recuerda su familia y sus hogares,
De volverlos a ver desesperando,
Y al Cielo su favor pide rendido.

Tal vez el sabio que arrancar blasona
A la Madre Natura sus arcanos,
Revuelve entre sus manos
De libros un millón, la noche toda.
Escribe, lee, calcula: le contemplo
Arruinar su salud en el estudio,
Y acortar la carrera de su vida,
Por llegar de Minerva al almo templo.
¡Necio anhelar! Al fin vendrá la muerte
En busca suya con horrenda saña,
Y su saber inútil
Librarle no podrá de su guadaña.

Tal vez en una cárcel horrorosa
La inocente virtud gime oprimida,
E invoca con voz triste y afligida
La celestial justicia poderosa.
Su dolor, sus sollozos y su llanto
Resuenan en las bóvedas temidas
Do reinan las tinieblas y el espanto,
Y se escuchan unidas
Las quejas de sus penas
Al horrible crujir de las cadenas.

El feroz asesino detestable
Que el puñal en secreto está afilando
El modo y la ocasión está pensando
De ejecutar su crimen execrable.

En su imaginación acalorada
 Considerar su víctima le miro,
 Toda en sangre bañada,
 De mil horrendos golpes destrozada,
 Y ya exhalando el último suspiro.
 Brillan sus ojos: de antemano alcanza
 El bárbaro placer de la venganza.

El sueño de mis párpados se ahuyenta:
 En Belisa, en mi amor, estoy pensando.
 Su imagen a mis ojos se presenta;
 La digo mil amores, deseando
 Que su afecto y ternura
 Paguen mi amor constante y mi fe pura,
 Y que la confesión de que ella paga
 A mi alma que la adora,
 Oiga yo de su boca encantadora.

Col. de las comp. de José M. Heredia. Cuaderno 2º 1819.

Ensayos Poéticos, 1819.

En estas dos primeras versiones faltan veinticinco versos; desde el que dice: "Hora tal vez el marinero osado", hasta "Librarle no podrá de su guadaña".

En el *Cuaderno*, en vez de: "Al horrible crujir de las cadenas", dice: "Al triste rechinar de las cadenas".

A MI RIVAL

Oye, Aminta, la voz del labio mío
 Que cuerdo te aconseja,
 De tu bien deseoso.
 No juzgues que en mi ciego desvarío
 Desfogo en dura queja
 El afán congojoso
 Qué Belisa desleal sufrir me hiciera.
 Ya de mi mal olvido los rigores,
 Y verdad te diré, que por ventura
 Llenará de amargura
 El felice gozar de tus amores.

No de Belisa engañadora creas
Constante la ternura.
El su amor es mentido,
Aunque a tu aspecto palpitar la veas.
Mira que en la perjura
Todo, todo es fingido.
Así sabe engañar a los incautos,
Que, como yo, la juzgan verdadera.
Dila mi corazón, y ella engañosa,
Aceptóle gozosa,
Para romperle con mudanza fiera.

Por más que al darte el sí su rostro hermoso
Se ponga sonrosado,
Latiendo blandamente
El corazón aleve y cauteloso;
Aunque estando a tu lado
Estreche tiernamente
Tu mano con la suya, y dé un suspiro,
De lánguido mirar acompañado;
Aunque te abrace, Aminta, no la creas,
Pues cuanto hacer la veas
Es mentido, engañoso y simulado.

Lo mismo, Aminta, y más, usó conmigo.
Yo mísero creíla,
Y abandonóme luego:
Lo mismo finalmente hará contigo.
Aminta, firme díla
Que de tu amor el fuego
No es a mujeres falsas dedicado.
Pero si a su beldad sigues rendido,
La mirarás correr tras otro amante,
Y por esa inconstante
Los males sufrirás que yo he sufrido.

EL ¿QUÉ DIRÁN?

No me engañes, Belisa: ¿soy dichoso?
 ¿Conque me amas aún? ¿Aquel desprecio
 El *qué dirán* del mundo le ha causado?
 Mi bien, al que es feliz y venturoso,
 ¿Qué importa el parecer del vulgo necio?
 ¡Ay! Este *qué dirán* es reputado
 Origen de los males
 Que affiguen a los míseros mortales.

¿Y qué podrán decir? Que una alma tienes
 Al dulce fuego del amor sensible.
 Desprecia firme sus murmurios vanos.
 Amor es el más grande de los bienes
 Que nos hizo el Criador. Su irresistible
 Poder y autoridad, en los humanos
 La sociedad formando,
 Poco a poco los fué civilizando.

El alumno feroz de Marte insano
 Que a sangre y fuego el orbe destrozaba,
 Al mirar de unos ojos la hermosura
 Sintió caer la espada de su mano:
 Y el que antes sólo muertes respiraba,
 La humanidad conoce y la ternura;
 Y la tierra asombrada,
 Por el amor respira libertada.

Del benéfico amor la dulce llama
 Es también de las bestias conocida.
 Ama el insecto, el ave, el pez ligero;
 El reptil venenoso también ama.
 El oso montaraz, la onza temida,
 El bravo león, y el tigre carnívoros
 Aman sus compañeras,
 Y domina el amor hasta en las fieras.

¡Execración al monstruo que resiste
 El imperio de Amor! Deja ya el ceño,
 Y amémonos sin fin, Belisa mía.
 Los amargos pesares que me diste,

Cúbralos para siempre, oh dulce dueño,
De un olvido eternal la noche umbría,
Y castos y amorosos,
Despreciemos murmurios envidiosos.

Créese de principios
de 1819.

Ensayos Poéticos, 1819. Oda sobre el qué dirán. A Belisa.

En esta primera versión, en el segundo verso, en vez de "Aquel desprecio", dice: "Tu cruel desprecio". Faltan los ocho versos que empiezan: "El alumno feroz de Marte insano", y terminan: "Por el amor respira libertada". Y la última estrofa que en *Obras Poéticas* comienza así: "Execración al monstruo que resiste", dice:

¡No, Belisa: tu pecho no resiste
El imperio de Amor! Dueño adorado,
Pues que tú me amas, y lo quiso el Cielo,
Amémonos sin fin, Belisa mía.
Los amargos pesares que me diste,
Ya los olvido: sobre lo pasado
Corramos para siempre un denso velo,
Y en estrechos abrazos,
Renovemos de amor los dulces lazos.

EL BILLETE

Salve, salve, billete dichoso,
Do Belisa mis ansias calmara;
Do a su amante Fileno inspirara
Sentimientos de dulce placer.
¡Oh papel! Al instante te acerca
A mi boca, de amor abrasada,
Pues la mano feliz de mi amada
Sobre ti se mirara correr.

EL AMANTE FIRME

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Quiere usted tirano
Que olvide a mi amor.
Si acaso usted quiere
Que le olvide yo,
Póngame en el pecho
Otro corazón.

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Usted es muy pesado,
Y muy machacón;
Sus libros, lo mismo;
Y Belisa no.
¿Pues por qué usted quiere
Que olvide a mi amor?

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Más me gusta un rato
De conversación
Con mi dulce prenda,
Que leer tanto autor,
Y tantos librotos
De marca mayor.

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Disputa usted mucho
Sobre si mandó
Esto Justiniano,
O no lo mandó.
A mí, ¿qué me importa
Que mande o que no?

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Usted me joroba
Con su discusión
De si anda la tierra,
Si camina el sol.
A mí, ¿qué me importa
Que camine o no?

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Yo amo y soy amado:
¿Hay placer mayor?
Mi Belisa me ama
Como la amo yo.
Sus tiernas caricias
Me muestran su amor.

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Cuando al fin me quiso
Confesar su amor,
Cubrióse su rostro
De un bello rubor...
¿Tan dichoso instante
Podré olvidar yo?

*Yo adoro a Belisa:
Es gana, Doctor.*

Anoche la dije
 Que usted me mandó
 Que no me acordara
 Más de nuestro amor,
 Y también la dije
 Que respondí yo:

*Yo adoro a Belisa:
 Es gana, Doctor.*

Sonriéndose dijo:
 "Al que con rigor
 Desterrarme quiera
 De tu corazón,
 Respóndele siempre
 Con firme valor:

*Yo adoro a Belisa:
 Es gana, Doctor.*

Fines de 1818 o principios
 de 1819.

Col. de las comp. de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819. Yo adoro a Belisa.

Ensayos Poéticos, 1819. Letrilla.

En *Ensayos Poéticos*, la cuarta estrofa dice:

Cuando ella me hizo
 Esta confesión,
 Se cubrió su rostro
 De un bello rubor...
 ¿Tan dichoso instante
 Le olvidaré yo?

Y en el *Cuaderno 2º*, los tres primeros versos de esa estrofa dicen así:

Cuando le arranqué
 Esta confesión,
 Se cubrió su rostro, etc.

También en el *Cuaderno 2º*, y en *Ensayos Poéticos*, en el tercer verso de la última estrofa, en vez de: "Desterrarme quiera", dice: "Desterrarme intente".

EL AMANTE DESPECHADO

Ya, Belisa engañosa,
Conozco tu mudanza.
Ya ninguna esperanza
Me queda de tu amor.
¡Ingrata! Dí: ¿qué cosa
Habrás en mí encontrado
Que te haya provocado
A tan duro rigor?

¿Por tí no dejé a Nice?
¿No te adoré constante?
No hallarás otro amante
Tan fino como yo.
Pero otro más felice,
Agradarte ha logrado:
Para haberme olvidado,
Esto motivo dió.

Belisa fementida.
¿Por qué, dí, me engañaste?
¿Para qué me juraste
Un amor eternal?
Con ternura fingida,
Las ansias remedabas
De amor. ¡Cuál me engañabas
Con falso suspirar!

Yo entonces, candoroso,
Juzguéte verdadera,
Y con alma sincera
Mi afecto te ofrecí.
Salió el sí venturoso
De tus hermosos labios...
¡Oh! ¿Por qué mis agravios
Entonces no temí?

Cuando el alma rendida
Te iba a nombrar su dueño,
Te vi con crudo ceño
Mis ansias repeler.

“Zagal, de mí te olvida”,
 Sañuda me dijiste,
 Y al punto, de mí huiste
 Con desprecio crüel.

No un rayo de la esfera
 Con furia desprendido
 Así deja aturdido
 Al simple labrador,
 Como en la saña fiera
 De mi Belisa amada,
 Mi mente enajenada
 Quedóse de dolor.

Mas viendo que ligera
 Iba a mi amor huyendo,
 Detenerla pretendo
 Con sumiso llamar.

Pero ella su carrera
 Anima presurosa,
 Y yo con voz rabiosa
 Comiénzola a gritar:

“Pérfida, ¿estás pensando
 Que tu mudanza siento?
 En el primer momento,
 De pena creí morir.

Después, considerando
 Tu ingratitud tirana:
 ‘Sí’, exclamé, ‘sí, inhumana,
 Sin ti podré vivir.’

Disfrute enhorabuena
 Ese amante dichoso
 El goce delicioso
 Que yo no envidiaré.

No es mucha, no, la pena
 Del que ha sido tu amante,
 Perdiendo una inconstante
 Que nunca guardó fe”.

Fines de 1818 o principios
 de 1819.

*Col. de las comp. de Dn. José María Heredia. Cuaderno 2º.
 1819. Letrilla. A Belisa.*

Ensayos Poéticos, 1819. Letrilla. A Belisa.

En esta versión, el tercer cuarteto dice:

¿Yo fino no te quise?
 ¿No te adoré constante?
 No hallarás otro amante
 Que te ame más que yo.

Después de: “¿Para qué me juraste”, hay una nota que dice: “Antes de pasar adelante, véase la pág. 95”. En dicha página, bajo el título de *Adición a la letrilla A Belisa*, aparecen todos los versos de la versión de *Obras Poéticas*, hasta: “¡Pérfida! Estás pensando”, etc. Sigue entonces en *A Belisa* el texto igual al de *El amante despechado*. En la *Adición* aparece esta

Nota: Que los cuatro versos que empiezan
 “Con ternura fingida” deben suprimirse.

Refiérese Heredia a estos versos:

Con ternura fingida:
 “Tuyo es mi corazón”,
 Me decías: ¡oh traición!
 Mintió tu hablar divino,

que, efectivamente, no figuran en *Obras Poéticas*, y que aparecen en *Ensayos Poéticos* después del verso: “Amor eterno y fino”, sustituido en *Obras Poéticas* por: “Un amor eternal”.

La versión del *Cuaderno 2º* es igual a la de *Ensayos*, salvo que en ella también dice “Un amor eternal”, y faltan los versos que Heredia indicó en *Ensayos* que debían suprimirse. Tampoco figura en el *Cuaderno* la *Adición*.

LA DESPEDIDA

Adiós, dulce amor mío,
 Adiós, Belisa amada,
 Que ya la hora menguada
 Sonó de mi partir.

Adiós... ¡Oh cruel destino,
 Ablanda tu in Clemencia!
 ¿Tan rigurosa ausencia
 Podré, mi bien, sufrir?

Allá en lejano clima,
Lejos de ti apartado,
De tristeza agobiado
Moriré y de dolor!

Y en medio de la noche
Gimiendo tristemente,
Repasaré en mi mente
Tus gracias y mi amor.

Recordaré lloroso,
¡oh Dios!, aquel instante
En que con pecho amante
Mi afecto te ofrecí.

Y aquel en que encendida
Como la rosa grana,
Y puesta a la ventana,
Me diste el dulce sí.

Allí la fresca noche
Propicia nos juntaba,
Y ansioso yo volaba
Tus gracias a mirar.

Y grata y amorosa
Allí me recibías:
Allí las ansias mías
Miráranse templar.

Mas, ¿porque parto juzgas,
Mi bien, que te desamo?
El llanto que derramo
Te muestra mi dolor.

¡Ah! No de ti me aparta
La sórdida avaricia!
Es toda mi codicia
El logro de tu amor.

Me arrastra mi desdicha
Al Anahuac odiado,
Y el pecho destrozado
De penas llevaré.

Doquier, de mí delante
Veré tu rostro hermoso,
Y en lloro congojoso
La vida pasaré.

Y aquí tal vez Aminta,
 Aquel rival odioso,
 Que en tiempo más dichoso
 Por mí vi despreciar,
 Irá doquier diciendo
 De tu beldad loores,
 Y hará, que sus amores
 Tú llegues a pagar.

¡Oh rabia! ¿Y podrá Aminta?...
 ¿Y yo de ti sospecho,
 Cuando hoy miro tu pecho
 Partirse de dolor?
 Perdona tal injuria,
 Que yo mi error confieso;
 Perdónala al exceso
 De mi infeliz amor.

¡Ah! Que tus tiernas cartas
 Me sirvan de consuelo,
 Si quiere el alto cielo
 Dejarme este placer.
 “Aquí”, diré, “tendida
 Tuvo su blanca mano”,
 Y en mi delirio insano,
 La carta besaré.

¡Oh Dios! Llegó la hora...
 Tronó el cañón impío,
 Rompiendo el pecho mío
 En su furor crüel.
 ¡Ay! A piedad os mueva
 Un infeliz amante...
 Dejad... un breve instante...
 ¡Ah, bárbaros, tened!

Belisa, no les mueve
 Mi pena lagrimosa,
 Y ya a la nave odiosa
 Me quieren conducir.
 ¡No me olvides...! Aminta...
 Mi amor... tus juramentos...
 Belisa, ¡qué tormentos
 Empiezo ya a sufrir!

¡Adiós...! ¡Adiós...! De Aminta
 La pretensión desprecia,
 Que allá en su mente necia
 Tal vez forjando está.
 ¡Adiós, Belisa mía...!
 ¡Adiós...! Séme constante,
 Que tu Fileno amante
 Jamás te olvidará.

Créese de abril 1819.

Con este título figura en *Ensayos Poéticos*, donde la reproducimos, una composición basada en idéntica idea fundamental; pero está dedicada *A Julia*, y no *A Belisa*, y sólo contiene ocho versos iguales a la versión de *Obras Poéticas*: los cuatro que empiezan: "Allí en lejano clima", y otros cuatro que empiezan así: "Aquí, diré, tendida". Además se compone de cinco estrofas solamente, en tanto que esta de *Obras Poéticas* contiene doce. Son pues, dos composiciones distintas, aunque Heredia aprovechó de la primera algunas ideas para la segunda. Por eso las hemos reproducido ambas, en el lugar respectivo que Heredia les asignó.

LA PARTIDA

¡Adiós, Belisa, adiós!... El hueco bronce
 Anuncia mi partir... Parto, y gimiendo
 La vida pasaré de tí apartado,
 Y tal vez en mi ausencia,
 Tal vez algún rival... ¡Ay, mi Belisa!

Sumido en pesares
 Y triste y lloroso,
 Noticias ansioso
 De tí pediré.
 Y acaso diránme
 Con voz dolorida:
 "Belisa te olvida,
 Belisa es infiel"

¡Oh cielos! ¡Nunca sea!
 ¡Nunca Belisa mi querer olvide!
 Mas, no: en su pecho noble y candoroso
 Perfidia tal, ingratitude tan fea
 Caber no puede... ¡Ay Dios! en vano, en vano
 Procuro sosegar la inquietud mía.
 ¡Oh, cuánto es necio el que en mujeres fía!

¡Adiós, Belisa adorada!
 Que tu boca me confirme
 Que serás cual roca firme
 A las furias de la mar.
 Y nunca de mí olvidada,
 En mi amor sigue constante,
 Segura de que tu amante
 Nunca te puede olvidar.

Véase en esta compilación, entre las *Poesías Amorosas*, la versión definitiva de esta poesía, publicada por Heredia en las ed. de 1825 y 1832. Hemos incluido aquí la versión primitiva por ser apenas un esbozo de la que Heredia dió más tarde a la publicidad.

LA MUDANZA

¿Y por qué tal rigor? ¿Por qué, adorada,
 Así desdénas los afectos míos?
 ¿Por qué, con faz airada
 Y con ceño inhumano,
 De mí te alejas? Por piedad ¡ay! cesa,
 Cesa en ese rigor. ¿La vista apartas?
 ¿Mis quejas son en vano,
 Y en vano suenan las disculpas mías?
 ¿Qué te olvide me dices? ¿Y en qué pudo
 Ofenderte mi amor? Detén, zagala...
 Mas ¡ay! que huyó veloz cual pronta corza
 Que tras las matas que placer la dieran
 Del cazador atroz siente los pasos.

¿Qué mudanza es aquesta? ¡Desdichado!
 ¿Otro tal vez?... Aminta, Aminta osado
 Logró inspirarla su insolente fuego.
 Sí, sí, que ya la ingrata
 Trocado ha en odio su querer primero,
 Sin advertir que su desdén me mata.

¿Viste acaso en alta torre
 Flecha que voluble gira,
 Que ya al norte, ya al sur mira,
 De los vientos a la par?
 Pues así veloz se muda
 La mujer engañadora,
 Que encendida al hombre adora,
 Y por fin le viene a odiar.

¿Y engaño fuera mi placer? ¿Y engaño,
 Tanto, tan grande amor? ¿Y tú fingiste
 Que tierna me querías?
 ¿Y falsas fueron ¡ay! las glorias mías?
 ¿Fué todo falso? ¿Pues por qué no hiciste
 Que eterna fuese la ilusión? ¿Al menos,
 Que durase algo más? ¡Ay Dios! Entonces
 Un punto al menos mi placer durara,
 Un punto al menos mi dolor tardara,
 ¿Y en qué me vence Aminta? ¿Pulsa acaso
 Con destreza mayor la dulce lira?
 ¿Te adoraré cual yo? Recuerda al menos

Esta poesía aparece sin terminar en el manuscrito de Heredia.

P O E S Í A S J O C O S A S

LE CAYÓ LA LOTERÍA

Al soldado que en batalla
Entra animoso y valiente,
Y una bala de repente
Al otro mundo le envía,

Le cayó la lotería.

Al marido que de un viaje
Vuelve a casa el inocente
Con más huesos en la frente
De los que al salir tenía,

Le cayó la lotería.

Al mercader que oro y plata
A las Indias va a buscar,
Que se le emperrea la mar,
Y vuelve con avería,

Le cayó la lotería.

Al que cortejando mozas
Espera tiernos abrazos,
Y le dan cien garrotazos
En vez de lo que quería,

Le cayó la lotería.

Al avaro que el talego
Debajo de tierra esconde,
Y se le roban de donde
Enterrado lo tenía,

Le cayó la lotería.

Al que va a casas de juego
 Creyendo que ha de ganar,
 Y sólo llega a sacar
 La faltriquera vacía,

Le cayó la lotería.

Col. de las comp. de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819.

Ensayos Poéticos, 1819.

En estas dos colecciones se antepone al título la palabra:
Letrilla.

En el *Cuaderno* están trastrocadas las estrofas cuarta y quinta, que comienzan, respectivamente: "Al que cortejando mozas", y: "Al avaro que el talego"; y al final de la composición se agrega la siguiente:

Al que los astros mirando
 En un pozo se cayó,
 Y por mucho que gritó,
 Ninguno le socorría,

Le cayó la lotería.

Esta estrofa adicional aparece también en *Ensayos Poéticos*, pero intercalada entre la cuarta y la quinta que acabamos de citar.

CUENTO

(Imitación de Florián)

Un cierto avaro compró
 De manzanas dos o un ciento,
 Y en un oscuro aposento
 De todos las escondió.

El avaro cada día
 Las manzanas visitaba:
 Si alguna podrida hallaba,
 Suspirando la comía.

Su hijo que, según se piensa,
Rabiaba el pobre de hambriento,
Descubrió con gran contento
De su padre la despensa.

La llave, pues, le quitó:
Abre el cuarto, y entra ansioso.
Y su diente vigoroso
En las manzanas cebó.

En esto su padre entró,
Y como le halló comiendo,
“¡Ah, bribón! ¿Qué estás haciendo?”
Furioso le preguntó.

“Si no me entregas, mal hijo,
Las manzanas, te hago ahorcar”.
Sin suspender el mascar,
El bribonzuelo le dijo:

“Yo muy bien he procedido;
Ningún daño os he causado:
Las podridas he dejado,
Y las buenas he comido”.

Ensayos Poéticos, 1819.

En esta versión, la primera estrofa dice:

Un hombre avaro compró
Manzanas en una plaza.
No le dió a nadie en su casa,
Y en su armario las guardó.

Después de: “De su padre la despensa”, continúa así:

La llave al padre quitó:
En el momento se mete
Del avaro en el retrete,
Y de manzanas se hartó.
En esto su padre entró, etc.

Y en vez de: “Sin suspender el mascar”, dice: “Sin dejar de devorar”.

DESCRIPCIÓN DE LA FIESTA QUE SE HIZO
A BORDO DE LA FRAGATA ANGLO-AMERICANA
"ISABELA" AL PASAR EL TRÓPICO DE CÁNCER
EL DÍA 18 DE DICIEMBRE DE 1817

La fragata americana
Cuyo nombre es *Isabela*,
De un puerto de Venezuela
Navegaba hacia La Habana.

Cuando el Trópico pasó,
Una tarde, de repente,
El dios del fuerte tridente
A bordo se apareció.

Con la bocina sonora
Pregunta impaciente y fiero:
"¿Viene aquí algún pasajero
Que el Trópico pasa ahora?"

El capitán respondió:
"Poderoso dios del mar,
Un don Isidro Aguilar
Por primer vez lo pasó.

En el mismo caso están
La mujer, hijos y criados
De un coronel, que embarcados
En esta fragata van.

Vienen también otras gentes
Que es prolijo enumerar;
Pero todos, dios del mar,
A tí estamos obedientes".

Entonces dijo Neptuno
A sus satélites fieros:
"A proa los pasajeros;
Llévenlos uno por uno".

Los guardias obedecieron
De su señor a la voz,
Y con un aire feroz
A don Isidro cogieron.

El pobre, atemorizado,
Por ver modo de escapar,
Dijo: "Me deben dejar,
Que yo otra vez lo he pasado".

—"No le conozco: es mentira",
Dijo Neptuno. "Soldados,
Llevadlo a proa, o castigados
Seréis, pues excitáis mi ira"

El dios del mar, irritado,
Lo hubiera hecho bautizar,
Si no ofreciera pagar,
Con lo que fué perdonado.

A coger la guardia pasa
A un criado del coronel,
Llamado Matías; pero él
Con el hierro los rechaza.

Como Alcides con su clava
A los monstruos destruía,
Tal Matías se defendía,
Y las guardias apartaba,

Pensó vencer a inmortales;
Pero ellos le desarmaron,
Y un dedo le dislocaron,
Para colmo de sus males.

Desarmado el delincuente,
Bautizado hubiera sido,
Si no hubiera prometido
Dos botellas de aguardiente.

Los pasajeros temieron
El ser todos bautizados,
Y a Neptuno y sus soldados
Paga cumplida ofrecieron.

La útil oferta aceptaron
En parte tan solamente,
Y a un negrito, de repente,
Para proa se lo llevaron.

Una tabla le pusieron,
Como libro, entre las manos,
Y de por fuerza (¡oh tiranos!)
Que la besara lo hicieron.

El pobre negro temía
Que sin ninguna razón
Abjurar su religión
Le hiciesen en aquel día.

El dios, de bocina armado,
Le pide, antes de otra cosa,
El nombre de aquella moza
Ultima que él ha besado.

El negro se vió apurado,
Y al fin vino a contestar
Que a las mujeres besar
Él nunca había acostumbrado.

El dios del mar celebró
Con una gran carcajada
La respuesta inesperada,
Y luego le preguntó:

“¿Juras no comer pan duro,
Cuando lo tuvieres blando?”
Después de estarlo pensando,
Respondió el negro: “Lo juro”.

Los soldados le aplicaron
A la boca la bocina,
Y un jarro de agua salina
Por ella luego le echaron.

Cuando así fué bautizado,
Neptuno se retiró,
Y la guardia se ocultó,
Quedando todo acabado.

1817.

Col. de las comp. de José M. Heredia, Cuaderno 2º., 1819. El paso del Trópico de Cáncer, el de diciembre de 1817.

Ensayos Poéticos, 1819. El paso del Trópico, en el índice. Y en el texto: Descripción de la fiesta que se hizo al pasar el Trópico de Cáncer a bordo de la fragata americana “Isabela”, el 18 de diciembre de 1817.

Las variantes entre las tres publicaciones son ligerísimas.

En *Obras Poéticas* lleva al pie la siguiente nota, que no aparece en el *Cuaderno* ni en los *Ensayos*:

Compuse este romance en la misma fragata, y para que me divierta alguna vez, lo inserto aquí, sin la menor corrección. Se omitiría, sin duda alguna, en caso de que mis obras saliesen a la luz pública.

EPIGRAMA

Nunca muere Napoleón...
¿Qué fortuna será esa?
—Que de sus días se interesa
El Diablo en la duración.

Porque si él llega a bajar
A las sombras del Averno,
La corona del infierno
Al Demonio hará abdicar.

POESÍAS DEL GÉNERO ELEGÍACO Y HEROICO

EN LA MUERTE DE LA REINA DOÑA MARÍA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA

Amargo llanto España triste vierte
Por Isabel, su reina tan querida.
Ya cortó el hilo débil de su vida
La guadaña terrible de la muerte.

Pero con esto mejoró de suerte;
A más altas moradas conducida,
La recompensa recibió debida
A la virtud de la mujer más fuerte.

Fué de las bellas artes protectora,
Fué con los infelices compasiva;
Siempre de la justicia fué amadora.

Nos la pudo quitar la muerte esquiva,
Pero de toda España que la llora,
Estará siempre en la memoria, viva.

Col. de las comp. de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819. A la muerte de la Reina de España. Soneto.

Ensayos Poéticos, 1819. A la muerte de la reina N. Sa. Da. Ma. Isabel Francisca, dice el índice; y en el texto se agrega: de Braganza.

Tanto en el *Cuaderno* como en *Ensayos*, el último verso del segundo cuarteto, en vez de: "A la virtud de la mujer más fuerte", dice: "Del Dios que la virtud premia y advierte".

La muerte de esta soberana inspiró muchas poesías a los contemporáneos de Heredia, españoles y cubanos, como puede verse en el *Diario de La Habana*, y en otras publicaciones de la época.

CRISTÓBAL COLÓN

Impávido arrostrando y valeroso
Las iras del acuático elemento,
Hizo Colón el gran descubrimiento
Del Nuevo Mundo, entonces venturoso.

El grito de la envidia clamoroso
Bien procuró eclipsar su lucimiento,
Pero en vez de lograr su atroz intento,
Con la persecución le hizo famoso.

Si muy amarga y triste fué su vida;
Si nunca fué su mérito premiado,
Ya la posteridad héroe le aclama.

Le da la recompensa que es debida,
Y el busto de Colón se ha colocado
En el augusto templo de la fama.

Ensayos Poéticos, 1819. En esta versión, el segundo verso del primer terceto, en vez de: "Si nunca fué su mérito premiado", dice: "Si sus servicios se premiaron mal"; y el último terceto es como sigue:

Le da la recompensa que es la vida,
Y el nombre de Colón, nombre inmortal,
Está escrito en el templo de la fama.

Es muy posible que las palabras "la vida" sean errata del copista.

EL AMOR

Escondido en el bosque el otro día
Vi el llanto abrasador de dos amantes,
Que de dos hermosuras inconstantes
Lamentaban la pérvida falsía.

“¿Dó fueron ¡oh dolor!”, uno decía,
“Ingrata, aquellos plácidos instantes,
En que de amor tus ojos centellantes,
Mi ardor pagando, te llamaste mía?”

Huyeron ¡ay!, y en su veloz carrera
Mi ventura y placer tras sí llevaron...”
No le dejó seguir el llanto ardiente.

Compadécime al ver su pena fiera,
Y cuando ellos gimiendo se alejaron:
“¡Feliz quién nunca amó”, dije doliente.

INSCRIPCIONES

AL BUSTO DE FERNANDO VII

¡Gloria al monarca que el heroico brío
De sus fuertes vasallos premió tierno!
Habló Fernando, y al oscuro Averno
Precipitóse el despotismo impío.

AL DE D. ANTONIO QUIROGA

Quiroga ilustre, de la patria amada
Osó romper el yugo ignominioso,
Y merced a su esfuerzo generoso
Respira Iberia de esplendor cercada.

AL BUSTO DE D. JOSÉ TOMÁS BOVES.

Ciñóle Marte su laurel sangriento,
Que él perjuro y atroz ha marchitado:
En sangre humana se bañó sediento,
Y murió de los buenos detestado.

ALEGORIA I

EL GENIO DEL FANATISMO HUYENDO.

ESPAÑA LIBRE.

El yugo sacudiendo el noble ibero
Demandó libertad con firme tono:
Fernando oyóle, y su nefando trono
Vió desplomarse el fanatismo fiero.

ALEGORIA II

LA INQUISICIÓN DESTRUÍDA.

LA RELIGIÓN TRIUNFANTE.

Al fin rompióse el sanguinoso velo
Con que cubriera el cristianismo amable
El tribunal horrendo y execrable
Oprobio a la razón, insulto al cielo.

Heredia reprodujo las inscripciones *Al busto de Fernando VII*, *Al de D. Antonio Quiroga* y a la alegoría *El genio del fanatismo huyendo. España libre*, a continuación del *Himno patriótico al restablecimiento de la Constitución*, que publicó en México en 1820, y que reproducimos entre las *Poesías Cívicas y Revolucionarias*.

También dedicó Heredia a J. T. Boves un soneto que figura en esta compilación entre las *Poesías Cívicas y Revolucionarias*.

EN LA ABOLICIÓN DEL COMERCIO DE NEGROS

Ya el hombre no obedece
Al dulce y blando imperio de Natura.
De codicia insaciable devorado
Racional no parece.
¡Ay! a la humanidad, a la ternura,
De su alma empedernida ha desterrado.
Del interés llevado,
Y en fiera convertido,
De su tráfico objeto el hombre ha sido.

Exponiendo su vida,
El europeo feroz en frágil nave,
Al Africa dirige su camino.
Si no está embravecida
La mar, y logra viento que suave
Empuje sin gran fuerza el alto pino,
Aporta a su destino,
A do lleva el espanto,
El dolor, la tristeza, el luto y llanto.

Lisonjeando inhumanos
El vicio de los negros dominante;
Compran a muchos de estos desdichados.
Se venden los hermanos;
El tierno joven, y su dulce amante
Se miran con horror ya separados;
Los padres arrancados
A su prole inocente...
¿Tanta crueldad el cielo la consiente?

Mas ya de vuelta aferra
Aquel buque, y los negros miserables
Se llevan como bestias al mercado.
Lloran allí su tierra
Con gritos y sollozos lamentables:
Cada cual tiene precio señalado,
Y cuando le han comprado,
Al campo se le lleva,
Do halla fatiga dura y siempre nueva.

Con tristísimas voces
 Lamenta el que está en Africa su suerte,
 Y así clama lloroso y afligido:
 Blancos, hombres feroces,
 Que nos hacéis apetecer la muerte,
 Ya todo por vosotros lo he perdido.
 Quitarme habéis querido
 Mis hijos y mi esposa,
 Que gimen en cadena lagrimosa.

Acaso por mí mismo
 Mañana volverán. Terrible Oceano,
 ¿Por qué a sus naves de codicia henchidas,
 En tu espantoso abismo
 No procuras hundir con fuerte mano?
 ¡Mírense con sus dueños sumergidas!
 Perdiendo éstos las vidas
 En tu furia extremada,
 La triste humanidad será vengada.

Aquí una voz: ¡Oh negros desdichados,
 Ya vuestros males término han tenido:
 Ya no seréis del Africa arrancados;
 Fernando libertaros ha querido!

(1817).

Créese de octubre o
 noviembre 1817.

Col. de las comp. de José M. Heredia. Cuaderno 2º, 1819. Canción en la abolición del comercio de negros. Este título figura al final del índice de este *Cuaderno*, pero la composición no aparece copiada en él.

Ensayos Poéticos, 1819. Canción hecha con motivo de la abolición del comercio de negros. En esta versión falta la estrofa que comienza: "Acaso por mí mismo", y termina: "La triste humanidad será vengada".

AL CORONEL DON JOSÉ BARRADAS

Mihi Galba, Otho, Vitellius, nec beneficiis
nec injuria cogniti.

Tácito.

¿Los hórridos combates yo cantara
Do los conquistadores poderosos
Esclavizaron la infelice tierra?
¿O con heroico metro celebrara
El valor y los hechos hazafiosos
De ilustres capitanes en la guerra?

¡Ah, no! La Musa mía
Cantar sangre y horrores no podría.
Ven, Musa, ven: celebrarás conmigo
A Barradas, al héroe verdadero,
Al joven ilustrado y generoso
Que de la humanidad es fiel amigo;
Cuyo corazón recto y muy sincero
Nunca obró con engaño malicioso;
Que con el blando ruego,
De la guerra civil apagó el fuego.

Con la fuerza, el terror y la fiereza,
Ninguno conquistó los corazones.
Teniéndolo Barradas conocido,
Trató con los rebeldes con franqueza,
Ganarlos procuró con persuasiones.
Logrólo: ellos en número crecido
Su crimen detestaron,
Y a sus casas pacíficos marcharon.

Mudaron de costumbres y partidos:
El foragido mismo que poco antes
Vagaba por la selva y monte umbróso
Tras de jefes malvados y perdidos,
Ocupado en destruir sus semejantes,
Ya pacífico, quieto y laborioso,
La tierra está labrando,
Y a la par de sus bueyes va cantando.

¿Y qué de grande y admirable hicieron
 Los generales que se alaban tanto?
 Al reino en que peleaban, de dolores,
 De miseria y de luto le cubrieron.
 Mas sin que se vertiera sangre o llanto,
 Barradas, fin poniendo a los horrores
 De la funesta guerra,
 Volvió la paz a la afligida tierra.

¡Oh Barradas! ¡Si Dios darme quisiera
 De Píndaro la lira encantadora,
 O del divino Homero el grave canto!
 Tu memoria en mis versos reviviera,
 Y aun el tiempo que todo lo devora
 Tu nombre respetara... ¡Ay! ¡Honor tanto
 No me fué concedido!
 Admirarte y callar sólo he podido.

*Col. de las comp. de José María Heredia. Cuaderno 2º, 1819.
 Oda sobre la pacificación de Nueva España, dirigida a D. Jf.
 Barradas.*

*Ensayos Poéticos, 1819. A Josef Barradas, en el índice; y en
 el texto: Oda sobre la pacificación de Nueva España, dirigida al
 coronel D. Josef Barradas.*

El texto de estas dos primeras versiones es idéntico, y presenta ligerísimas variantes con el de *Obras Poéticas*.

En *Obras Poéticas* agregó Heredia la siguiente nota:

Acaso parecerá intempestivo este elogio de Barradas, a los que sólo vean en las acciones de este valiente oficial el cumplimiento de su obligación. Pero yo venía de un país donde por desgracia no siempre se guardó la fe jurada, y por lo mismo admiré más los buenos efectos que produjo en la provincia de Veracruz la noble franqueza con que se manejó Barradas.

Tanto esta composición como los dos himnos patrióticos que figuran más adelante, parecen, por su índole, haber sido escritos para publicarse; pero hasta ahora no ha podido comprobarse que vieran la luz pública.

EN LA REPRESENTACIÓN DE LA TRAGEDIA “DOÑA INÉS DE CASTRO”

Yo la ví, yo la ví: bañada en llanto,
 Y a los pequeños hijos abrazada;
 Ante las plantas del amante esposo,
 A la infeliz Inés miré postrada.
 Del fuerte esposo que feroz quería
 Combatir de su Inés a los verdugos,
 La cólera desarma con sus ruegos,
 Y humilde y resignada se confía,
 Ya sin defensa alguna,
 A la alta providencia, y se sujeta
 A los caprichos del monarca injusto.
 Y espera de su muerte el triste fallo,
 La cara vida con el solio augusto
 A la virtud heroica posponiendo...
 ¡Sublime situación...! ¿Quién no la admira?
 ¡Dadme laurel, amigos, dadme rosas
 Para ceñir las sienes generosas
 Del autor elocuente de tal cuadro!
 Sí: que su busto se coloque al lado
 De Eurípides y Sófocles famosos,
 Del gran padre Corneille, de Racine,
 De Crebillón, Cienfuegos y Quintana.

Alumno de Melpómene sublime,
 Que las gloriosas huellas prosiguiendo
 Del gran Molière y de Shakespeare ilustre,
 De autor y actor la palma has conseguido:
 Yo con humilde afecto te saludo,
 Y te admiro también: vive dichoso,
 Y sigue firme con segura planta
 La gran senda de gloria en cuyo extremo
 Con claros lauros a tu sien debidos
 Melpómene te aguarda majestuosa.
 Senda, de que ominosa
 Apartarte la envidia pretendía.
 Así las hordas bárbaras insultan
 Con sus gritos osados
 Al grande luminar, padre del día.
 Y él, su furor inútil despreciando,
 Prosigue su carrera, y sobre ellas
 Su calor y su luz va derramando.

A D. J. M. UNZUETA EN SU VIAJE A LA HABANA

Feliz, Unzueta, aquel que nunca ha visto
Otro cielo ni sol que el de su patria.
¡Ay! si ventura tal contar pudiera!

Iguales en el nombre y en la suerte,
Tú y yo nos hemos visto separados
De los dulces amigos,
Y del materno seno de Managua
Al odioso Anahuac arrebatados;
Al odioso Anahuac, donde mi alma
A admirar y gozar es insensible.
Ni de unos bellos ojos las miradas,
Ni el magnífico aspecto
De las nieves eternas con que adorna
El Popocatepetl su excelsa cumbre,
Pueden sólo un momento
Aliviar mi dolor y pesadumbre.

La encantadora imagen de Belisa,
Presente sin cesar ante mis ojos,
Con celestial sonrisa
Los felices instantes me recuerda
Que veloces pasaron... ¡Ay! doliente
En amargoso lloro
Del crudo cielo la clemencia imploro.

Tu empero partes, y a la dulce patria
Te diriges ansioso... ¡Quién pudiera
En tu viaje seguirte! ¡Con qué gozo
Tu triste amigo oyera
El ronco son de las saladas ondas
Y animoso los riesgos despreciara,
Y en rauda nave al Ponto se lanzara!

Las dulces costas de la patria amada
Saludara afectuoso,
Que cual faja azulada
Al horizonte embovedado ciñen,
Y al fin llegado al anchuroso puerto
De naves mil poblado,

Corriera a mis amigos,
 Y lleno de placer los abrazara,
 Y a sus cuellos asido
 De las pasadas penas me olvidara.

Y volara al encuentro
 De la adorada mía,
 Y así me recibiera
 Cual supo recibirme en aquel día
 En que pagó su afecto mi ternura.
 Y luego recorriera
 Aquel lugar dichoso
 Do de su labio hermoso
 El dulcísimo sí yo recibiera;
 Do por la vez primera
 Contra mi corazón osé estrecharla;
 Donde pude jurarla
 Un amor eternal, sincero y puro,
 Y ella con tono blando me decía:
 —Fileno, tú no sabes
 Cuánto es dulce tu amor al alma mía...—

Pero, ¿dónde me arrastra mi delirio?
 Tú partirás, Unzueta, y tu partida
 Aumentará mis ansias y martirio.
 ¿Por qué del alto cielo
 Seguirte no me es dado?
 Yo volara a tu lado...
 Pero mi ingrata suerte
 Del Tezcucó salobre en las orillas
 Me detendrá tal vez hasta la muerte.

Parte, Unzueta, veloz; que felizmente
 Toques las costas de la patria ausente;
 Y cuando tu familia y tus amigos
 Caricias te prodiguen, quiera el Cielo
 Que ni un recuerdo solo
 De la tristeza mía
 Perturbe tu placer y tu alegría.

La versión definitiva de esta poesía, publicada por Heredia con el título de *A Elpino* en la ed. de 1832, aparece en esta compilación, con dicho título, entre las *Poesías Amorosas*; mas nos ha parecido conveniente brindar aquí ésta primitiva, para que más fácilmente puedan observarse las notables variantes que ofrece con las posteriores.

AL SR. MARQUÉS DE CASA-RAMOS,
EN SUS DÍAS

Escucha, oh Ramos, en aqueste día
De tus amigos el acento grato,
Hoy que celebran los natales tuyos,
Su voz atiende.

Vélos que empuñan con alegres manos
Las copas llenas de espumante vino,
Y a la par todos, por la dicha tuya
Férvidos brindan.

Fileno, en tanto, cuya Musa humilde
En ti encontrara protección y amparo,
Ardientes votos por la dicha tuya
Dirige al cielo.

Por luengos años venturoso vivas,
Acompañado de la dulce esposa,
Y crecer mires a tu lado amante
Los rubios hijos.

TRADUCCIÓN DE LA ODA 14 DE HORACIO

¡Ay Póstumo!, los años fugitivos
Se deslizan sin fin: la virtud misma
No puede demorar a las arrugas,
A la vejez y la indomada muerte.
Aunque ofrezcas, amigo, cada día
Un holocausto de trescientos toros
Al infernal Plutón inexorable,
Al que a Ticio y Gerión el de tres cuerpos
En freno pone con las ondas tristes
Que hemos de navegar cuantos comemos
De la tierra los dones y los frutos,
O ya seamos poderosos reyes,
O labradores míseros; y en vano

Huiremos de la guerra sanguinosa,
 Y de las ondas crueles del mar ronco;
 En vano en el otoño temeremos
 Al austro que a los cuerpos es dañoso.
 De ver tenemos el Cocito negro,
 Errante y de corriente perezosa,
 Y la infame familia de Danao,
 Y a Sísifo infeliz, hijo de Eolo,
 A trabajo perpetuo condenado.
 Dejaremos la tierra y nuestra casa,
 Y la esposa querida; ni de todos
 Esos árboles bellos que cultivas,
 Ha de seguirte, momentáneo dueño,
 Sino el ciprés fatal y aborrecido.
 Y gustará más digno tu heredero
 La cuba que guardaste con cien llaves,
 Y teñirá soberbio pavimento
 Con vino superior al que se gasta
 De nuestros agoreros en las cenas.

Compárese esta traducción hecha por Heredia, cuando más antes de cumplir diecisiete años, con la del gran humanista cubano Ricardo del Monte que aparece en la p. 93 de sus *Poesías*, La Habana, Imp. *El Figaro*, 1918.

CARTA A MANUEL B. . . .

¡Cuántos días, Manuel, cuán largos días
 Después de tu partida he deseado
 Que llegase el momento venturoso
 De poderte estrechar entre mis brazos!
 Ya llegó. Ya mis ojos lucir vieron
 El día feliz que a tantos desgraciados,
 Ausentes de su patria y sus amigos
 Hará volver a los alegres campos
 Que los vieron nacer. El Rey ofrece
 Olvido general de lo pasado.

Ya pasaron, Manuel, aquellos tiempos
 En que un inculto y bárbaro africano,
 A la más alta dignidad y empleo
 Del polvo de la tierra levantado,

En nuestra libertad, en nuestros bienes
Mandaba cual despótico tirano,
Queriendo le mirásemos nosotros
Como a duro señor viles esclavos.
Con la perfidia más atroz y horrible
Los pactos más solemnes violando,
Henchió los calabozos y mazmorras
Con nuestros compatriotas desgraciados.
El cielo vengador de la inocencia
Nos libertó de su furor insano
Y una marca indeleble y dolorosa
En medio de su rostro ha colocado,
Para que se distinga entre los hombres
De Venezuela el opresor tirano.
No gozó mucho tiempo del gobierno:
Pronto de Venezuela fué arrojado:
En medio de la noche, (aquel momento
Nunca de mi memoria se ha borrado)
Fugitivo le ví, pálido, triste,
Revolviendo los ojos asombrados,
Y después, oprimido de fatiga,
Ocultando su rostro entre las manos,
Rehusar el alimento que le dimos
Temiendo perecer envenenado.
Bien pronto de sus bajos compatriotas
Fué desobedecido y despreciado.
Enfermo, triste, abandonado y solo,
Del dolor de su herida atormentado,
Puede reflexionar sobre los males
Que a la infeliz Caracas ha causado;
Y en medio del horror que le circunda,
Mirar de la verdad la augusta mano,
En el sepulcro triste que le espera
(Grabando aqueste lúgubre epitafio:
"Pasajero, sensible no lamentos
Al que en aquesta tumba está encerrado;
Pues con su ceguedad y su imprudencia
La desdicha causó de tus hermanos".
Y luego Boves... ¡detestable! ¡inicuo!
La pluma se deshace de mi mano
Al referir sus bárbaras acciones.
Demos gracias sin fin al cielo santo
Porque ya finalmente aquesos días
De horrores y de crímenes pasaron.

Tú, Manuel, los mirabas y gemías;
 Y al mirar el terror entronizado
 Buscaste en Albión seguro asilo:
 Mas ya las circunstancias se mudaron.
 Pardo (a quien conociste) nos gobierna;
 Es hombre generoso e ilustrado,
 Y con su rectitud y buenos modos
 Hace amar el gobierno de Fernando.
 El gran conquistador de Cartagena
 No manchará jamás su gloria y lauros
 Con un perjurio atroz e infructuoso.
 ¡Cuán impaciente tu venida aguardo!
 ¿No te acuerdas, Manuel, de aquellos días
 Que a par del limpio Guayre paseando,
 Mil pláticas sabrosas divertían
 De nuestras almas tristes los cuidados?
 Pues esos días dichosos y apacibles
 Espero que he de verlos renovados.
 Vuelve, vuelve a tu patria: tus amigos
 Con cariñosa voz te están llamando.
 ¿Del Támesis nubloso en las orillas
 Qué te detiene, amable desterrado?
 ¿Temes que de la envidia los furores
 No se hayan con tu ausencia sofocado?
 Cubierto del laurel de tus virtudes,
 ¿Por qué temer la furia de los rayos?

*Col. de las comp. de José María Heredia. Cuaderno 2º, 1819.
 Carta a Manuel B.*

Ensayos Poéticos, 1819. Carta a Manuel B. ...

En estas dos versiones, aparte de otras variantes, ligerísimas,
 en vez de

Henchió los calabozos y mazmorras
 Con nuestros compatriotas desgraciados

dice:

Los horribles y oscuros calabozos
 Llenó de caraqueños desgraciados.

En vez de

La desdicha causó de tus hermanos.

dice:

A muchos hombres hizo desgraciados.

Faltan los versos que comienzan: “Y luego Boves... ¡detestable! ¡inicuo!” y terminan: “De horrores y de crímenes pasaron”. Y continúa:

Tú, Manuel, los mirabas y gemías;
Pero viendo el terror entronizado
Buscaste en Albión, etc.

En vez de: “No manchará jamás su gloria y lauros”, dice: “No manchará sus inmortales lauros”; y en vez de: “¡Cuán impaciente tu venida aguardo!”, dice: “Vuelve a la patria, vuelve, amigo amado”. En vez de “del limpio Guayre”, dice: “del claro Guayre”; en vez de “Estos días venturosos y apacibles”, dice: “Pues esos días dichosos”, y en vez de: “del Támesis nubloso”, dice: “del Támesis famoso”.

Esta *Epístola* fué escrita con motivo del indulto que se publicó en Caracas en 1817, y que también inspiró a Heredia el primero de los dos *Himnos patrióticos* con que terminan las *Obras Poéticas*.

El tirano a que se refiere Heredia era Domingo Monteverde, de Canaria, que había sido capitán general de Venezuela.

A LA MUERTE

¿Conque es fuerza morir? ¿Conque a la muerte
Nace sujeto el hombre,
Sin que sus claros hechos, su gran nombre,
Endulzar puedan tan amarga suerte?

¡Oh muerte cruda! Para ti es en vano
El sonido engañoso
Con que dobla el astuto al poderoso,
Pues que no templa tu furor insano.

Lo mismo hiere tu fatal guadaña
Al que en palacio mora,
Como a la gente humilde labradora
Que habita en una rústica cabaña.

Tú igualas con el sabio al hombre necio,
El vasallo al monarca,
Y al cobarde que tiembla de la Parca
Con el que ve sus iras con desprecio.

En vano es el rogar para ablandarte;
También la fuerza es vana;
Nadie se libra de tu furia insana;
Ningún hombre jamás pudo evitarte.

Riqueza aquél acumular pretende:
Vive siempre afanado,
Y en su lecho magnífico dorado
La Parca pavorosa le sorprende.

Afánase el alumno de Minerva:
Estudia noche y día;
Pero toda su gran sabiduría,
De la muerte fatal no le preserva.

Hace aquél a su hermano cruda guerra:
Le sigue la victoria;
Doma el mundo, y en medio de su gloria
Atropos le separa de la tierra.

Todos sin remisión morir debemos:
Ni por grande riqueza,
Ni por sabiduría ni nobleza
El golpe de la Parca evitaremos.

No puedo proseguir: un sudor frío
Baña mi triste frente,
Cuando llego a pensar que finalmente
Segará su guadaña el cuello mío.

ABUSO DE LA NAVEGACIÓN

¿Qué se negó jamás del hombre insano
Al continuo anhelar? Ardiendo en ira
Toma el acero en la ominosa mano,
Y alrededor de sí con furia mira,
Queriendo ver rendido
A su necio querer el orbe todo.
Del Averno lanzada,
Su lado ocupa la Discordia impía,
Que alza sañuda el execrable brazo,
Y rompe denodada
Aquel fraterno lazo
Que al hombre con el hombre unir debía.

Entonce el ambicioso
Hace a su hermano mismo infanda guerra,
Y de sangre y horrores
Cubre furioso la infelice tierra.

El mismo mar undoso que algún día
Límite puso a su anhelar culpable,
Y que ser a su intento parecía
Una firme barrera insuperable,
Abrióle senda amiga,
Su bárbara ambición favoreciendo.
En mal seguro leño
Abandónase al mar el hombre osado
A los peligros sin espanto viendo,
Y el Ponto es domeñado,
Las naves en su espalda sosteniendo.

Irresistible ya se considera,
Y del terrible acero acompañado,
Lleva su saña y su codicia fiera
A otro clima remoto y apartado.
Vence, mata, esclaviza
A los que le habitaban venturosos.
Jamás halla peligro que le espante;
Ansioso corre tras la plata y oro,
Desde el país de Poro
Al en que mora el patagón gigante.
En vano es que la tierra,
Contrarrestar queriendo su avaricia,
En sus entrañas el metal encierra;
Pues él se priva de la luz febea,
Y al seno de la tierra descendiendo,
Los metales le arranca que desea.

A su ambición y su codicia impía
Las naves ayudaron:
Preñadas de crueldad y tiranía,
Del Ganges las orillas asaltaron;
Y entonces vido el mundo
Que el bárbaro britano
El espanto y la muerte allá llevaba,
Do el tímido baniano
Aun en las bestias mismas
El horror a la sangre profesaba.

Y luego de las costas africanas
 A millones los negros desdichados
 Conducen en las naves inhumanas,
 Para ser sin piedad esclavizados.
 Se les arranca a su infeliz familia,
 A su patria y amigos...

De este modo

El hombre ha degradado
 El admirable invento
 Con que al Ponto feroz ha domeñado.
 En vez de limitar su pensamiento
 A gozar los productos de otros climas,
 Llevar la ilustración a todas partes,
 Y a unirse y hermanarse con los hombres
 De otra nación lejana,
 Quiso por medio de las prontas naos
 Cubrir de luto al orbe
 Con su ambición insana...

Pueblos de Europa, alzad: pues que el Oceano
 Ya por tres siglos indignado os viera
 Salvar los lindes que celoso en vano
 A la codicia vuestra él impusiera,
 Y en horrenda ambición el pecho henchido,
 Por sus campos volar, con vos llevando
 Al genio atroz de servidumbre y muerte,
 Que sabios y benéficos os mire
 Al menos una vez. La pronta quilla,
 Por la negra codicia envilecida,
 Ha tantos años, por el mar conduzca
 Misión sagrada de esperanza y vida.
 Volad al mar del sur. La férrea prora
 Dirigid a los climas desdichados
 Do el hombre insano a solas con Natura
 Al hombre apedazando le devora.
 Muévaos a compasión su triste suerte:
 Llevadles vuestras luces en buen hora;
 Mas no la esclavitud, mas no la muerte.

CON MOTIVO DE HABER ABRAZADO UN AMIGO LA CARRERA MILITAR

¿Y así nos abandonas, Silvio mío?
¿Y en tu furor insano
Desprecias tus amigos inhumano
Por seguir de la guerra al dios impío?
¿Y podrá aqueso dios plácido darte
Los mágicos placeres
Con que supo el amor embelesarte?
¿Y los blandos consuelos
Que la dulce amistad te dió en tus penas?
Juntos nos vió Cupido en sus cadenas,
Juntos la copa del placer libamos,
Juntos de Baco y del Amor cantamos;
¿Y hora me dejas por seguir a Marte,
Que ardiendo siempre en ira
Muerte, luto y horror sólo respira?

Al ronco son del parche pavoroso,
Volarás al combate sanguinoso;
Y si en él no pereces,
Ganarás la victoria:
Pero, Silvio crüel, ¡qué horrenda gloria!
El huérfano inocente,
Y la viuda doliente
Te pedirán el padre y el esposo;
Con ademán furioso,
Te pedirá la madre al hijo amado,
Que por tu mano bárbara inmolado
En la lid sucumbió; con llanto triste
Su mies el labrador verá asolada,
Que era de él y sus hijos
La esperanza feliz y la ventura...
¡Ah! Tus manos crüeles la talaron;
Y a esa infeliz familia
En la miseria y lloro sepultaron.

De los vencidos en la frente airada,
 La desesperación verás pintada,
 Y al ver huir en sus ardientes ojos
 De la venganza el fuego,
 Temblarás con espanto sus enojos;
 Y ellos con ansia pedirán al Cielo
 Que abrevie la carrera de tu vida,
 Por que cesando la furiosa guerra
 Tenga descanso la afligida tierra.

Por siempre mirarás sobre tu pecho
 Un puñal vengador que te amenaza.
 Saltarás con espanto de tu lecho
 Al más leve rumor: de Baco y Ceres
 No ganarás tranquilo los placeres,
 Por el temor fundado
 De que encierren en sí fatal veneno:
 De congoja eternal vivirás lleno.
 ¡Cuánta ventura, oh Silvio, es ser amado!
 ¡Cuánta desdicha, Silvio, es ser odiado!
 ¿Desoyes mi amistad?... Bárbaro, parte:
 De la guerra en los campos
 Digno alumno te muestra del cruel Marte;
 En sangre baña las atroces manos;
 Cubre el orbe de luto y amargura,
 Y cifra tu ventura
 En la infelicidad de tus hermanos.

HIMNO PATRIÓTICO EN LA PUBLICACIÓN DEL INDULTO REAL EN CARACAS EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1817

Coro

El sendero del bárbaro Marte
 Abandonen los jóvenes nuestros,
 Y Belona su rojo estandarte
 De ninguno contemple seguir.
 Olvidemos pasados rencores,
 Pues Fernando la paz nos ordena;
 Y tan sólo concordia y amores
 Ve a en su seno Caracas feliz.

Venturosa Caracas se viera ;
 No en tres siglos su paz fué turbada,
 ¡Hasta la hora fatal y menguada
 Que a su Rey la obediencia negó!
 De venganza los gritos sonaron ;
 Arrugó la discordia su ceño,
 Y alarmado el valor caraqueño
 De la lid a los campos voló.

El sendero etc.

Se entroniza la muerte horrorosa ;
 Huir la paz de nosotros se viera,
 Y la dicha, su fiel compañera,
 De Caracas se vido alejar.
 Mas la suerte infeliz de su pueblo
 El Monarca contempla piadoso,
 Y con ánimo Real generoso
 Lo pasado promete olvidar.

El sendero etc.

Escuchadme, imprudentes hermanos :
 Dad descanso a la mísera tierra,
 Y al horror de la bárbara guerra
 Ponga término firme la paz.
 Ved la patria de sangre cubierta
 Que en su llanto bañada os lo pide ;
 Lo pasado por siempre se olvide ;
 Al indulto y concordia volad.

El sendero etc.

Volverán a nosotros sin duda
 De placer y ventura las horas,
 Y del bien las felices auroras
 Miraremos en breve lucir.
 Volverán de la paz las dulzuras,
 Y sus bienes inmensos gozando,
 Dulces vivas al caro Fernando
 Por doquiera podremos oír.

El sendero del bárbaro Marte
 Abandonen los jóvenes nuestros,
 Y Belona su rojo estandarte
 De ninguno contemple seguir :
 Olvidemos pasados rencores,
 Pues Fernando la paz nos ordena ;
 Y tan sólo concordia y amores
 Veá en su seno Caracas feliz

EN CELEBRACIÓN DE LAS VICTORIAS
 CONSEGUIDAS EN NUEVA ESPAÑA BAJO
 EL GOBIERNO DEL EXCMO. SR. CONDE
 DEL VENADITO

Coro

En sucesos al bueno tan gratos
 Alabanzas al Cielo cantemos,
 Y mil himnos de gozo entonemos
 Pues que vuelve a la tierra la paz.
 La esperanza y la dulce alegría
 Puedan solas reinar por doquiera,
 Y la caja y la trompa guerrera
 Mudas queden por siempre jamás.

De ambición unos hombres henchidos,
 Que discordia civil desearon,
 La quietud mexicana turbaron
 Con revuelta nefanda y fatal.
 Y aquel rústico simple que escucha
 De las armas el son pavoroso,
 Su labranza abandona medroso,
 Y los bosques asilo le dan.

En sucesos, &

El cañón precursor de la muerte
 En los campos frenéticos truena,
 Y la tierra al instante se llena
 De cadáveres, sangre y horror.
 Mil y mil combatientes perecen;
 Y los otros, con cólera ciega,
 A la cruda y sangrienta refriega
 Tornan llenos de nuevo furor.

En sucesos, &

Los ministros del Dios bondadoso
 En espada el cayado trocaron,
 Y en caudillos de muerte se alzaron,
 Despareciendo el espanto doquier.

Aun al Cielo clemente y benigno
 En sus crímenes cómplice hicieron,
 Y en el nombre de Dios sostuvieron
 La discordia y la guerra cruel.

En sucesos, &

Aunque todas las huestes leales
 Mil laureles sangrientos ganaban,
 Una guerra sin fin anunciaban
 El rencor y venganza fatal.

Mas el héroe que entonces hacía
 La ventura del suelo cubano,
 Del imperio infeliz mexicano
 El gobierno se apresta a tomar.

En sucesos, &

El que en medio del mar borrascoso
 De la patria en defensa lidiara,
 El que noble en Albión sustentara
 Los derechos del pueblo español.

Es el mismo que a México viene
 A sanar las profundas heridas
 Que le osaran abrir parricidas
 Con horrible y sangriento furor.

En sucesos, &

De Managua en el plácido seno
 Satisfecho Apodaca vivía,
 Pero viendo que el Rey lo quería,
 Se apresura gozoso a partir.

De Anahuac los confines saluda,
 Y del mando se encarga animoso,
 Y al instante el rebelde orgulloso
 Abandona asombrado la lid.

En sucesos, &

Un cabeza de infames bandidos;
 Ambicioso soñando venturas,
 De este reino en las ricas llanuras
 El espanto y la muerte sembró.

Mas su fin Apodaca dispone,
 Y es su orgullo soberbio abatido,
 Y se mira subir confundido
 Al cadalso fatal que labró.

En sucesos, &.

Al rebelde que fiero lidiaba
 Le concede el perdón generoso,
 Y él su crimen detesta gozoso
 En los brazos del noble español.
 Con medida tan suave y humana,
 Vese ya terminada la guerra,
 Y respira en reposo la tierra
 Que de Marte las iras sufrió.

En sucesos, &.

No, Apodaca, te igualen a Gengis
 Como bárbaro alumno de Marte,
 Ni al gran César, Timur, Bonaparte,
 Alejandro y Aquiles feroz.

Todos estos, las míseras vidas
 A los hombres sin fruto arrancaron;
 Mas a tí, si lidiar te miraron,
 Nunca bárbaro fué tu valor.

En sucesos, &.

Tú, Apodaca, guerrero y humano,
 Mil victorias sin sangre ganaste,
 Y jamás sin pesar arriesgaste
 De los hombres la vida infeliz.

Mexicanos, mirad que él os vuelve
 Con la paz la halagüeña esperanza:
 Tributadle debida alabanza
 Y a su nombre cantares decid.

En sucesos, &.

A DON BLAS OSÉS

Corre el tiempo veloz, Deliso mío,
Y la vida a par dél: ruedan los años,
Y arrebatado en su incansable curso,
Apenas sale el hombre de la cuna
Se encuentra al borde del sepulcro frío
En tan corto vivir, pródigo el Cielo
Al hombre dió con bienhechora mano
Dos fuentes perennales de ventura:
La amistad y el amor. El hombre insano
Tan altos dones bárbaro desprecia
Por correr tras el lauro abominable
Que le presenta Marte sanguinoso.
Juzga así ser feliz el miserable,
E inquieto y triste sin cesar le veo,
Roído el corazón y atormentado
En un continuo abrasador deseo.
Anhela conseguir un vencimiento,
Y en este logro su ventura pone;
Consíguelo, y su ardiente fantasía
Otro muy más brillante le propone:
Mas si no logra su feroz intento,
Se desespera con rabiosa furia,
Y su imaginación le da tormento,
La ventura abultando ya perdida.
Así en agitaciones y deseos,
En ansia perdurable y dolorosa,
Odiado pasa el tiempo de su vida:
¡Vida cierto envidiable y venturosa!

O ansiando gobernar al orbe todo,
Alza su frente el bárbaro tirano:
Báñase en sangre crudo e inhumano,
Y afirma su potencia de este modo.
¡Caro mandar! ¡Autoridad funesta!
Un momento de gozo ya no resta
En su vida infeliz: doquier delante
Las víctimas contempla ensangrentadas,
Que a su ambición frenética inmoladas,
Morir se vieron en fatal instante.

Este recuerdo de pavor le llena :
 Si quiere disipar su amarga pena
 En el seno feliz de los placeres,
 Es vanamente al fin ; de ellos rodeado
 Mira en torno de sí, y horrorizado
 Mira sangre y nó más: en sus oídos
 Resuenan de contino los gemidos
 Que exhalaran sus víctimas, y vive
 En perpetuo temer; de nadie fia :
 Es odiado y lo sabe: ¿hay por ventura
 Causa mayor de pena y amargura?

O eternizar queriendo el nombre suyo
 Se alza un guerrero atroz, que cubre al mundo
 De luto, de miseria dolorosa,
 De sangre y llanto, y de dolor profundo :
 Y el orbe ciego, en su fatal delirio,
 A su cruel opresor levanta altares,
 Himnos entona a su execrando nombre,
 Mientras gime las muertes a millares,
 Gime su destrucción: así Alejandro,
 Gengis, César, Timur, y otros crüeles,
 Su nombre odioso perpetuar lograron.
 Su memoria ha durado en el asombro,
 En los estragos que sin fin causaron.
 Los campos mustios, desolados, yermos,
 La tierra en sangre y lágrimas bañada,
 Mudos refieren su nefanda historia :
 ¡Alabanza fatal! ¡Horrenda gloria!

O corriendo veloz tras un fantasma
 Que se suele llamar sabiduría,
 Sacrifica en su altar serio y adusto
 La ventura, el placer y la alegría.
 En aprender y disputar perdemos
 El tiempo que a gozar es destinado,
 Y entretanto se cumple el plazo corto
 Que el Cielo a nuestra vida ha señalado.

Nunca yo los seguí, Deliso amado ;
 Nunca pude pensar tan neciamente.
 De la santa amistad me eché en los brazos,
 Y ella grata me unció con dulces lazos
 Al joven Silvio, a la sin par Corina,
 Honor de Cuba, y de Managua gloria ;

A Antenio y a Felicio. Por mi suerte
Conducido a Anahuac, en él unióme
Contigo, y Delio, y el zagal Ilímeo.
Tal es mi inclinación: no el Cielo dióme
Otro anhelo que amar y ser amado.
¡Exceeración al monstruo que aborrece
A su hermano infeliz! ¡Desventurado!
No sentirá jamás el gozo puro
Que disfruta mi alma, cuando juro
Amor, eterno amor a mis amigos,
Y cuando ellos, también juran amarme.
Así vivo feliz: así mis días
Van corriendo a su fin cual limpio arroyo
Que, cercado de flores y verdura,
Sigue tranquilo su camino hermoso,
Hasta que fatigado parte humilde
A rendir su tributo al mar undoso.

TRADUCCIONES INÉDITAS
DE UN LIBRO FRANCÉS

DERROTA DE ALÍ DE TEBELÉN

Seguían tres cuervos con miradas tristes
La sombra de tres turcos estandartes
Por distintos caminos desplegados.
Mitzobono al primero acaudillaba;
Al segundo Mouktar; manda al tercero
Un Selictar, por su crueldad famoso.
De un primate la esposa los descubre,
Desde el alto de un cerro, adonde el vuelo
Dirigen los tres pájaros gimiendo.
—¡ Oh Kouzonicas, oh Bótzaris! ¡ Ah! Pronto
Llegad. Ya Suli sólo en vos confía.
Tres ejércitos vienen a sitiarla,
Y sobre nuestra patria arruinada,
O perjuros nos quieren, o sin vida.—
Sus temores entonces aplacando,
Dos guerreros respóndenle: No tiembles,
Débil mujer. Del turco vil, la sangre
Manchará dentro poco nuestro acero,
Y verás nuestro brazo cuál pelea.—
Como el acento, rápida la espada
Siembra la muerte. A su valor bizarro
Todos ceden, pálidos huyendo.
Del Bajá los satélites dispersos,
Azuzando su arrojo temerario,
Le maldicen furiosos y sangrientos.
Mas Botzaris, triunfando y sacudiendo
El acero brillante con su mano,
Grita al Visir: ¿Qué estás pensando, triste,
Que no levantas tus espahis tendidos
Al pie de nuestros montes? ¡ Ah! No inclines
Tu frente así. ¿Por qué débil entregas
Tu espíritu al dolor? Ven: nuestrás chozas
Aturdirás con tu opulencia y lujo.
Ven: ¡ Cuán bello será, sobre estos montes
Que disfrutaban de un cielo tan hermoso,
Ver tu trono dorado levantarse!

DERROTA DE MOUKTAR-VELI

De un ministro de Dios la compañera
 Escuchadla que grita: Bótzaris, Zavellas,
 ¿Qué? ¿Nos abandonáis? Aquí acudid:
 El huracán de guerra con estruendo
 Se desploma ya encima de nosotros.
 Veo los caballos, los infantes vienen...
 ¿Cuántos son? ¿Dos, tres cientos? ¿Quince, veinte
 Mil, tal vez más? Pues vengan todos
 Esos infantes: con la espada fuerte
 Los contará tendidos en el suelo
 El brazo de los griegos. ¡Ah! Do pelea
 El valor, es el número excusado.
 Acero de Zavellas, tú defiendes
 Nuestro refugio, y de Botzaris pronto
 El mosquete homicida entre las filas
 Del turco vil derramarás la muerte.
 Mosko infunde el ardor que abriga en ella
 Al débil sexo, que del bosco espeso
 Con el égida, afronta los peligros
 Destinados al hombre. La batalla
 Empieza ya. Fué vergonzoso el choque
 Por los turcos: Zavellas ya no es dueño
 De su arrojo, y a los suyos grita: ¡Afuera,
 Vamos afuera de la angosta peña
 Que nos abriga, y brille el sable, y calle
 El ruidoso fusil! —Mas desde el punto
 Adonde atrincherado está prudente:
 —No—dice Bótzaris—: el negro bosque
 Os defienda del número enemigo;
 Pocos somos aún, para el escudo
 Despreciar de esos árboles frondosos,
 Ni el instante del sable aún ha llegado.—
 Grita entonces Zavellas enojado:
 —¿Pues qué? ¿Cobardes esperar debemos
 Que esos perros salvajes nos persigan
 Hasta en estas cavernas como a lobos?
 A su voz, el valor arde en los pechos.
 El acero desnudo sacudiendo,
 Se precipitan sobre el turco; y como
 Fuesen corderos, los degüella el griego.

Veli gritar se oía en aquel tumulto:
 —¡Orden, orden! ¡Soldados, a las armas!
 Mas aquellos [. . .] contestaban:
 —En Délvinon no estamos, ni en Vidino:
 Este de Suli es el funesto monte,
 Escollo de las armas otomanas.
 La espada de Zavellas conocemos,
 Que de llanto llenó nuestras familias,
 Y por él vi gemir toda la Albania,
 La triste viuda, el afligido anciano.

SACRIFICIO DE LOS SEIS MÁRTIRES SOULIOTAS

Sobre las torres del gran monte Suli,
 Cuya frente rodean oscuras nubes,
 El Yade triste eternamente vierte
 Las lluvias y las nieves y los yelos.
 Un joven griego, con ligeras plantas,
 Llega y dice: ¡Ay de mí! Si aquí me veis,
 Soy de Janina un triste mensajero:
 Los aliados traidores han cortado
 Las alas al valor de los helenos,
 Y los rehenes a muerte han arrastrado
 Sus juramentos, de mentira llenos.
 Photos, Dimo, escuchad: esos traidores
 Del Visir en las manos
 Han entregado
 Seis de nuestros hermanos,
 Hijos todos de Sulis.
 Cuatro cayeron ya bajo el acero
 Del genízaro atroz: dos todavía
 respiran en las cárceles gimiendo.
 El uno, ¡oh Photos! es tu hermano. El otro
 Es el hijo de Dimos. ¡Oh! ¡Si vierais
 Cuántas lágrimas vierten por los ojos!—
 Mas entonces aquellas almas fuertes
 Exclaman con acento sobrehumano:
 —¡Suli, Suli, has perdido pues seis hijos!
 ¡Oh ministro de Dios! Tu voz sagrada
 De seis mártires canta la alabanza,
 Y la gloria inmortal que han merecido.

El tiempo santo de difuntos reza,
 Que todos ya a la muerte han sucumbido:
 Jamás con la virtud fué compasivo
 El bárbaro verdugo sarraceno,
 Y sus cadenas son la muerte misma.

EL DESTIERRO DE PHOTOS

Hijos de las montañas: es preciso
 Arrostrar los peligros del combate,
 O sujetarse al afrentoso yugo.
 Photos cual bajá vil [. . .]
 Su sable es su bajá; su tercerola
 Es su visir. Mas, ¡cuán amargo fruto
 Nos preparan los celos y discordias
 De los más nobles hijos de la Grecia!
 ¡Oh Bótzaris! ¡Oh Kouzónicas! ¿Vosotros
 A envidiosas pasiones entregados,
 A un héroe desterráis del patrio suelo?
 Estas viles intrigas de partido,
 Que los lances de guerra más funestas,
 Desarmaron las puertas y entregaron
 Las llaves de la patria
 Del bárbaro otomano a la venganza.

LA TOMA DE SULI

De las hiermas montañas de Suli
 Apartando su rápido vuelo,
 Busca asilo de Parga en el suelo
 De la nube un veloz morador.
 —¿De dó vienes, golondrina?
 ¿De dó vienes y adónde te vas? (1)
 —De la nube habitante veloz,
 Dejo a Suli, y del franco a la voz,
 Otros cielos yo quiero habitar.

(1) Frases casi idénticas éstas de Heredia a las de J. C. Zenea en su célebre composición *A una Golondrina*.

—Golondrina, ¿cuál fué, pues, el hado
De la tierra que vida nos dió?
—Su valor al destino cedió,
¿Quién podrá su desastre pintar?
Del cristiano el infiel ha triunfado.
A tus lágrimas suéltese el freno:
Ya quemadas por brazo agareno,
Sus murallas cayéndose están.
Sólo el monje Samuel, invencible,
Con heroico desnudo muriendo,
En azufre apagó con estruendo
El tropel que le vino a sitiar.

LA MUERTE DE LA MAGNÁNIMA DESPO

Retumba el eco, y el aire alborotado
De mil balas repite los silbidos.
¿Esos tubos tal vez con el estruendo
Señalan regocijos de Himeneo?
¡Ah, no! No son antorchas conyugales,
No son juegos ni amores inocentes
Que anuncia el rayo del fusil:
En el campo marcial, contra los viles
Verdugos de familias generosas,
Con bizarro valor la heroica Despo
Con sus hijas en campo está lidiando.
—Ríndete—le decía con voz altiva
el Agá—¿Qué defiendes? Ya de Suli
Cayeron las murallas. ¿Qué pretendes?
¿Disputarnos los débiles escombros
De las torres de Dímla? ¡Infelice!
Suli cayó con sus heroicos hijos.
Huye el peligro, ven, que en nuestros brazos,
Noble cautiva, salvarás tu vida.
—¿Yo rendirme a vosotros, asesinos
Empapados de sangre y de rapiña?
¿Yo rendirme? ¡Jamás! Morir más pronto,
De ese barranco en el postrero asilo.
Si los fuertes cedieron, no por esto
Doblará su cerviz Despo vilmente,
Pues no teme el furor ni la amenaza
De un jefe vil de bárbaros tiranos.—

Así habló. Mas volviendo hacia sus nueras:

—Hijas—les dijo—, ¿del infame turco

Sufriríamos el yugo vergonzoso?

Nó. El ejemplo seguid de vuestra madre.

Un barril fulminoso con espanto

.....

Y arrojadas las víctimas sublimes

Por mil rayos ardientes hasta el cielo,

En llama, en humo, en trueno hallan su tumba.

En *El Iris*, México, t. II, núm. 19, de 20 de mayo de 1826, apareció un trabajo titulado *La muerte de Despo*, bajo la firma L. (Dato del archivo de E. Larrondo). Por no conocer su texto, nos ha sido imposible comprobar si se trata de una composición distinta, original de Claudio Linati—uno de los dos colaboradores italianos de Heredia en *El Iris*—que así firmaba sus escritos, o si es esta misma traducción, a la que por error se cambió la inicial de Heredia por la de Linati.

Aquí aparece, también copiado al margen, con el título *Riego*, el siguiente esbozo de la poesía *A la muerte de Riego*, traducción del inglés de Campbell—según Domingo del Monte—que figura en esta compilación entre las *Imitaciones y Traducciones*.

A RIEGO

Al rencor de un tirano inmolada,
Una víctima ilustre cayó.
Poca tierra la cubre olvidada,
Que ni tumba el tirano le dió.

Mas el libre le ofrece por templo
Monumento de fiero dolor,
Y en el pecho grabando su ejemplo,
En el déspota infunde el terror.

HIMNO FÚNEBRE SOBRE PARGA

Montes, valles, llanuras florecidas,
 Sombras de nuestros bosques apacibles,
 Playas que un cielo hermoso enhumedece,
 Recibid la mi triste despedida,
 Con el tributo de mi amargo llanto.
 ¡Parga, noble ciudad que el hado fiero
 Puso tan cerca del atroz dominio
 De la luna agarena, ¡oh patria!, ¡oh Parga,
 Tantos años altiva y sin cadenas!
 El avaro britano te ha vendido
 Al oro de un visir. —Huid—decía
 Un impío Amán—huid, viles cristianos,
 Y de vuestras moradas y de Epiro
 Id, olvidad las casas y los templos
 Y el antiguo esplendor de vuestra patria,
 Y para siempre con su cruz se pierda
 El nombre de los últimos cristianos.
 Sus glorias, sus hazañas, todo ceda
 Al Alcorán, y de Ismael al brazo.—
 Así del viejo Alí el odio impío
 Los griegos maldecía, su Dios, su culto.
 Puedan las muchas lágrimas de un pueblo
 Y el lastimoso acento de mis quejas
 Retumbar en la bóveda del cielo
 Contra un monstruo feroz, contra un tirano,
 Y que tu rayo ¡oh Dios!, pues no le teme,
 Le despierte, cayendo, con espanto,
 Y en sus crímenes mismos le anonade.

ANATEMA

¡Oh fuego vengador de la justicia,
 Llama del Cielo, que el delito enciende!
 ¡Del turco atroz, y del inglés su amigo,
 Consume las cabezas criminales,
 Y que todo tirano, horrorizado,
 Al rigor de tus golpes se estremezca!

¡Eterno sol, de nuestros sufrimientos
 Claro testigo, que del negro seno
 Nos has visto sacar de los sepulcros
 De nuestros padres las cenizas frías:
 Cubra tu rostro un velo de tristeza,
 Para que más no veas tan dura suerte!
 ¡Y vos, honras del ancho firmamento,
 Astros y luna, antorchas de la noche,
 Ocultad vuestra luz en las tinieblas,
 Señalando a la tierra enmudecida
 Nuestro desastre grande y sin ejemplo!
 Sobre la triste Parga, compasivos
 Lloren gimiendo el cielo y las estrellas,
 Presagiando la muerte a los malvados;
 Y el Orbe oiga por fin nuestros lamentos,
 Y mis cantos repita enternecido.

SKILLO-DIMOS

Di pini all'ombra, a Irene bella accanto,
 Scaccia i tristi pensier Dimo bevendo.
 —Colma, Irene, il nappo, e versa in esso
 Soave ebbrezza che alle negre cure
 Imponga tregua; per te m'arrechi
 Il purpureo licor gioia nel core,
 [...] fin che l'astro della notte ceda
 L'azzurro campo all'alba. Allor fian scorta
 A tua pudica giovinezza eletti,
 Fidi guerrier che già pres [...] all [...]
 —Abbi un coppier—dicea la bella al forte—
 D'Archonte figlia, a te schiava son io?
 Dolce sorriso terminó la gara.
 Ecco due pelegrin. Tingeali il sole;
 Ispida e folta hanno la barba.— Addio,
 O Dimas prode. —Ospiti chiari, addio.
 Ma come a voi noto é il mio nome?
 Chi vi manda, qual é vostro disegno?
 —Propizio il ciel ti sia; del tuo fratello
 A favellarti oggi desio ci sprona.
 —O Dio! Del mio german! Forse il vedesti?

—Di ferri carco, di Giannina chiuso,
 Entro le torri, del diurno lume
 Y di speranza privo, al rio tiranno
 Pasa imprecando e a Iddio... Allor, già sordo
 Dello stranier ai detti, in pianto avvolto,
 Dimo fuggia, celandosi; ma improvviso
 Soggiunge l'altro: O Dimo, e dunque ancora
 Non ravvisi un fratello, e il fuggi, allora
 Que tu il rivedi? —Allor stringonsi al petto
 L' un l'altro, e batte un cuor sull'altro cuore.
 Ma Dimo impaziente...— O fratel mio!
 Qual miracol di Dio franse i tuoi ferri?
 Siedi, ci narra qual ardir valeati,
 E come i ceppi tuoi sciogliea il cielo,
 —Dalla notte protetto, la pesante
 Catena io ruppi, e le importune sbarre
 Dell'orrida prigion: ne scesi al piede,
 Fra l'ombra cupa e fra le canne e l'alghie
 E fra gli abissi di fangoso lago.
 M'apparí un varco, e fragil legno attinsi,
 L'onde solcai con esso, e lungi al fine
 Di Giannina, le cime alte di Pindo
 Ascesi, ove il mio vol d'aquila audace
 L'umile rete non perviene ormai.

IOTIS MORIBONDO

Al dubbio lume del nascente giorno
 M'alzo, e schiudendo il mio campestre asilo,
 D'acqua lustral do refrigerio al guardo,
 Di notturno sopor grave sull' ora.
 Curvata al soffio d'aquilon la chioma
 Odo fischiar dei pin della foresta:
 Sembra che i cerri fremano sul colle.
 Piangono i greci un condottier ferito
 Nella battaglia. —E tu, nobile Ioti,
 Dormirai sempre dunque? Alzati: il fremito
 Del cielo annunzia che il nemico avanza.
 —O Dio, che puote il mio languente fianco?

Prodi compagni di miei sforzi stremi,
 Piombo mortal sta fitto nel profondo
 D'insanabil ferita. A me sostegni,
 Ora ch'io manco, siate.

.....

En este verso queda interrumpida la última de las traducciones hechas por Heredia.

Como indica Francisco González del Valle en su *Cronología Herediana*, fueron escritas por el poeta en los blancos del volumen donde aparecen sus originales y otras composiciones más, todas en francés. Ese ejemplar carece de cubierta, portada y guardas, y además sólo comprende desde la p. 25 hasta la 176, donde parece terminar el volumen, sin que pueda asegurarse este extremo, pues también carece de índice.

J. A. Escoto, según cita de F. González del Valle, indicaba como autor del libro a Clark o Charles Jannel, y como título el de *Chants populaires de la Grèce moderne*. Nuestras investigaciones nos permiten poner en duda estos datos, pues en diversas obras de consulta no hemos encontrado en esa época ningún autor que lleve esos apellidos, sino sólo un Charles Jeannel, de época posterior y que escribió obras de índole muy distinta. A la vez, sí hemos hallado referencia a un libro de ese título: *Chants populaires de la Grèce moderne*, recueillis et publiés avec une traduction française et des notes, par C. Fauriel, Paris, F. Didot, 1824-1825, 2 vols. in 8°. Pero este libro no puede ser el que tradujera Heredia, porque en las notas que también lleva este último aparecen varias alusiones a la obra de Claude Charles Fauriel. Quedan, pues, por ahora, en el misterio, autor y obra. Y como único dato fidedigno que pudiera conducir a su identificación, uno procedente de otra nota del mismo volumen: que su autor había escrito con anterioridad un poema titulado *La Mérovéide*.

Con respecto a la fecha de estas traducciones, F. González del Valle opina que, por la ortografía en ellas empleada, deben corresponder a 1819 ó 1820, cuando más a 1821; pero el hecho de que también aparezca al margen del mismo volumen el esbozo de la poesía inspirada en la muerte de Riego, que ocurrió en 7 de noviembre de 1823, introduce un elemento de duda sobre este punto.

POESÍAS AMOROSAS

LA DESCONFIANZA

Mira, mi bien, cuán mustia y desecada
Del sol al resplandor está la rosa
Que en tu seno tan fresca y olorosa
Pusiera ayer mi mano enamorada.

Dentro de pocas horas será nada...
No se hallará en la tierra alguna cosa
Que a mudanza feliz o dolorosa
No se encuentre sujeta y obligada.

Sigue a las tempestades la bonanza:
Siguen al gozo el tedio y la tristeza...
Perdóname si tengo desconfianza

De que dure tu amor y tu terneza:
Cuando hay en todo el mundo tal mudanza,
¿Sólo en tu corazón habrá firmeza?

1818.
Ed. 1825.

*Col. de las comp. de José M. Heredia, Cuaderno 2º, 1819. Aquí
agrega como subtítulo: A Belisa.*

Ensayos Poéticos, 1819.

Obras Poéticas, 1820.

El amigo del pueblo, La Habana, 13 junio 1821, t. I, p. 84.

En estas cuatro versiones dice así el primer cuarteto:

Mira, mi bien, qué mustia y deshojada
Está con el calor aquella rosa,
Que ayer tan grande, fresca y olorosa
Vide en tu blanco pecho colocada.

Sólo que en la copia de *Ensayos Poéticos*, así como en el *Cuaderno 2º*, existentes, respectivamente en la Biblioteca Nacional y en el Museo Nacional, dice "Miré" en vez de "Vide". Las demás variantes existentes entre todas estas versiones carecen de importancia.

Según las investigaciones de Francisco de Paula Coronado, Luciano Acevedo y Enrique Larrondo—recogidas por F. González del Valle en su *Cronología Herediana*—, tomó Heredia para este soneto la idea y algunas frases del romance de igual título, original del poeta español Nicasio Alvarez de Cienfuegos, a quien profundamente admiraba. Pero al comparar ambas poesías se observa cómo Heredia, que sólo contaba entonces quince años, al reducir a soneto el romance, no sólo le dió forma de más difícil logro técnico, sino que realzó de modo extraordinario su belleza y vigor poético, según atinadamente hizo notar Larrondo en artículo inédito que guarda el archivo de este acucioso investigador prematuramente desaparecido—archivo que puso a nuestra disposición el doctor José María Chacón y Calvo, que tan notablemente se ha distinguido en estudios heredianos—. Y como habría de decir después el mismo Heredia en su estudio sobre *Poetas franceses modernos: J. F. Ducis*, publicado en *Miscelánea*, primera época, Tlalpam, t. II, núm. 6, febrero 1830, p. 44-47 (Dato del mismo archivo de E. Larrondo):

Si imitó dramas extranjeros y les tomó algunos bellezas, les añadió otras iguales, y quien imita de este modo, inventa.

Es interesante recordar aquí que este soneto fué más tarde atribuído a *Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés) en algunas ediciones publicadas después de la muerte del infortunado poeta cubano error que dispó el gran orador y crítico Manuel Sanguily, en la revista habanera *El Figaro*, de julio 2, 1908.

MIS VERSOS

Pregúntasme, muchacha,
 Por qué los versos míos
 Tan sólo decir saben
 De amores y de vino.

Me excitas a que cante
 Con plectro más subido
 Combates y victorias,
 Y reinos destruídos.

Asuntos tan sublimes
 Tratar nunca he podido;
 Pues sólo Erato tierna
 Preside a mis escritos.

Es tímida, y la asustan
 De Marte enfurecido
 La voz atronadora
 Y el ademán sombrío.

Mas si me ve cercado
 De hermosas y de vino,
 Gozosa me dispensa
 Su influjo el más benigno.

Entonces me enardezco,
 Y mil alegres himnos
 Canto con tono fácil
 A Baco y a Cupido.

1819.

Ed. 1825.

Obras Poéticas, 1820.

En esta primera versión, después de: "Tratar nunca he podido", dice así:

¿El por qué me preguntas?
 Oye, voy a decirlo:
 Yo de Caliope excelsa
 Favores no recibo,
 Y sólo Erato tierna
 Preside el canto mío.
 Es tímida, y la asustan
 De Marte los ruidos,
 Las espadas y lanzas,
 La pólvora y los tiros.
 Mas si me ve cercado, etc.

MI GUSTO

Llénase de placer el marinero
 Cuando la dulce playa ve cercana:
 Gózase el sabio que estudiando afana,
 Cuando su parecer es verdadero.

Goza también impávido guerrero
 Cuando gloria fatal en lides gana;
 Gózase entre la gente cortesana
 Quien mira a su señor menos severo.

Nada de esto me place; soy dichoso
 Tan sólo estando a par de mi Belisa,
 Que paga con su afecto mi ternura.

Si al tiempo que me mira advierto ansioso
 En su boca asomar dulce sonrisa,
 Llega a su colmo entonces mi ventura.

1819.

Ed. 1825.

Obras Poéticas, 1820.

En esta primera versión, el segundo y cuarto versos del segundo cuarteto dicen, respectivamente:

Cuando gloria inmortal en lides gana.

y

Aquel que logra un cargo lisonjero.

A MI QUERIDA

Ven, dulce amiga, que tu amor imploro:
Luzca en tus ojos esplendor sereno,
Y baje en ondas al ebúrneo seno
De tus cabellos fúlgidos el oro.

¡Oh mi único placer! ¡Oh mi tesoro!
¡Cómo de gloria y de ternura lleno,
Extático te escucho, y me enajeno
En la argentada voz de la que adoro!

Recíbate mi pecho apasionado:
Ven, hija celestial de los amores,
Descansa aquí, donde tu amor se anida.

¡Oh! nunca te separes de mi lado;
Y ante mis pasos, de inocentes flores
Riega la senda fácil de la vida.

1819.
Ed. 1832.

Ed. 1825.

PARA GRABARSE EN UN ÁRBOL

Arbol, que de Fileno y su adorada
Velaste con tu sombra los amores,
Jamás del Can ardiente los rigores
Dejen tu hermosa pompa marchitada.

Al saludar tu copa embovedada,
Palpiten de placer los amadores,
Y celosos frenéticos furores
Nunca profanen tu mansión sagrada.

Adiós, árbol feliz, árbol amado:
Para anunciar mi dicha al caminante,
Guarde aquesta inscripción tu tronco añoso:

“Aquí moró el placer: aquí premiado
Miró Fileno al fin su ardor constante:
Sensible amó, le amaron, fué dichoso.”

Créese de 1813.
i. 1832.

LA PARTIDA

¡Adiós, amada, adiós! llegó el momento
 Del pavoroso adiós... mi sentimiento
 Dígate aqueste llanto... ¡ay! ¡el primero
 Que me arranca el dolor!... ¡Oh Lesbia mía!
 No es tan sólo el dolor de abandonarte
 Lo que me agita, sino los temores
 De perder tu cariño: sí; la ausencia
 Mi imagen borraré, que en vivo fuego
 Grabó en tu pecho Amor... ¡Eres hermosa,
 Y yo soy infeliz...! en mi destierro
 Viviré entre dolor, y tú, cercada
 En fiestas mil de juventud fogosa
 Que abrasará de tu beldad el brillo,
 Me venderás perjura,
 Y en nuevo amor palpitará tu seno,
 Olvidando del mísero Fileno
 La fe constante y el amor sencillo.

Sumido en pesares,
 Y triste y lloroso,
 Noticias ansioso
 De ti pediré:
 Y acaso diránme
 Con voz dolorida:
 —Tu Lesbia te olvida,
 Tu Lesbia es infiel.—

Yo te ofendo, adorada: sí; perdona
 A tu amante infeliz estos recelos.
 ¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos?
 Tú sabrás conservar con fiel cariño
 De tu primer amante la memoria;
 No perderás ese candor que te hace
 Del cielo amor, y de tu sexo gloria.
 ¡Lloras! ¡ay! ¡lloras...! ¡Oh fatal momento
 De dicha y de dolor...! Aqueste llanto.

Que tu amor me asegura,
 Me rasga el corazón... Tu hermosa vida
 Anublan los pesares y amargura
 Por mi funesto ardor... ¡El Cielo sabe
 Que con toda la sangre que me anima
 Comprar quisiera tu inmortal ventura!
 Mas desdichado soy... ¿por qué te uniste
 A mi suerte crüel, que ha empozoñado
 De tus años la flor...?

¡Adiós, querida...!
 ¡Adiós...! ¡Ay! ¡apuremos presurosos
 El cáliz del dolor... Ese pañuelo
 Con tus preciosas lágrimas regado,
 Trueca por este mío,
 Besándolo mil veces, y en sus hilos
 Mi llanto amargo uniendo con tu llanto,
 Daré a mis penas celestial consuelo.
 —Lesbia me ama—diré—y en mi partida
 Este llanto vertió... Tal vez ahora
 Mi pañuelo feliz besa encendida,
 Y le estrecha a su seno,
 Y un amor inmortal jura a Fileno.—

Piensa en mí, Lesbia divina;
 Y si algún amante osado,
 De tus hechizos prendado,
 Quiere robarme tu amor;
 Pon la vista en el pañuelo,
 Prenda fiel de la fe mía,
 Y dí:—¡ Cuando se partía,
 Cuán grande fué su dolor...!

Abril 1819.
 Ed. 1832.

Obras Poéticas, 1820. Publicamos, en el lugar correspondiente, esta primitiva versión, que es ligerísimo esbozo de la definitiva.

Ed. 1825. Versión igual a la de 1832, con sólo muy ligeras variantes. 63 versos.

Lesbia es la misma Isabel Rueda a quien llamaba el poeta *Belisa*.

LA PRENDA DE FIDELIDAD

Dulce memoria de la prenda mía,
Tan grata un tiempo como triste ahora,
Aéreo cabello, misterioso nudo,
Ven a mi labio.

¡Ay! ven, y enjague su fervor el llanto
En que tus hebras inundó mi hermosa,
Cuando te daba al infeliz Fileno,
Mísero amante.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,
Decidme siempre que mi Lesbia es firme;
Decid que nunca romperá su voto
Pérfida y falsa.

¡Oh! cuánto el alma de dolor sentía,
Cuánto mi pecho la aflicción rasgaba,
Cuando la hermosa con dolientes ojos
Viéndome dijo:

—¡Siempre, Fileno, de mi amor te acuerda!
Toma este rizo que mi frente adorna...
Toma esta prenda de constancia pura...
¡Guárdala fino!—

A dondequiera que la suerte cruda
Me arrastre, ¡oh rizo! seguirásme siempre,
Y de mi Lesbia la divina imagen
Pon a mis ojos.

Tú me recuerda los felices días
De paz y amor, que fugitivos fueron,
Cual débil humo de Aquilón al soplo
Tórnase nada.

¡Oh, cuántas veces su cabello rubio
Al blando aliento de la fresca brisa
Veloz ondeaba, y en feliz desorden
Vino a mi frente!

La luna amiga con su faz serena
Mil y mil veces presidió mi dicha...
Memoria dulce de mi bien pasado,
¡Sé mi delicia!

Abril 1819.
Ed. 1832.

Obras Poéticas, 1820. *La trenza de pelo*. 32 versos.

Biblioteca de Damas, La Habana, junio 1821. *La trenza de pelo* ♦.

Semanario de Matanzas, Matanzas, 13 octubre 1822. *La trenza de pelo* ♦.

Ed. 1825. *La prenda de fidelidad*. 36 versos.

Ocios de españoles emigrados en Londres, núm. 21, diciembre 1825. *La prenda de la fidelidad* ♦.

El Mensajero Semanal, La Habana, t. I, 2 abril 1829, p. 276.
La prenda de la fidelidad.

Variantes existentes en la versión de *Obras Poéticas*:

1ª estrofa, 3er. y 4º versos:

Dorado pelo que me dió Belisa,
Llega a mi labio.

2ª estrofa:

¡Ah! que él enjague los ardientes lloros
Con que doliente te bañó mi amada,
Cuando te daba a su Fileno tierno,
Tierno y amante.

3ª estrofa, 2º y 3er. versos:

Decidme firmes que Belisa me ama,
Decid que nunca faltará a Fileno

Faltan las estrofas 4ª y 5ª

6ª estrofa, 2º y 3er. versos:

Me arrastre, ¡oh pelo! seguirásme siempre
Y de Belisa la adorada imagen

7ª estrofa, 2º y 4º versos:

Que gocé un tiempo y que pasaron raudos
.....
Se desvanece

Entre la 7ª y 8ª estrofas se intercala la siguiente:

Al contemplarte, mil recuerdos dulces
En mi alma triste sentiré excitados,
De la belleza y las amables gracias
De mi Belisa.

8ª estrofa, 4º verso:

Cubrió mi frente.

La 9ª estrofa dice:

La clara luna con su faz plateada
Mil y mil veces presidió mi dicha...
Memoria triste de mi bien pasado,
¡No me atormentes!

La versión de 1825, que es la reproducida en las dos publicaciones últimamente citadas, se asemeja mucho más a la de 1832 que a la de *Obras Poéticas*. *Belisa* es aquí *Lesbia*; figuran las estrofas 4ª y 5ª y no aparece la intercalada entre la 7ª y la 8ª. Pero los dos últimos versos de la composición son iguales a los de *Obras Poéticas*.

En los pliegos 7-8 del volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional, también aparece copiada esta poesía con el título *La prenda de fidelidad*, y 36 versos. Son como dos versiones: la primitiva, muy semejante a la de 1825, y sobre ella—que lleva muchas palabras tachadas—, correcciones que la dejan muy semejante a la de 1832, aunque ni una ni otra son iguales, respectivamente, a las de esas ediciones. Aquí se ve, una vez más, cómo Heredia sometía a una constante revisión sus poesías, cada vez que las publicaba, y aun cada vez que las copiaba.

EL RIZO DE PELO

Rizo querido,
Tú la inclemencia
De aquesta ausencia
Mitigarás.

De torpe olvido
Ni un solo instante
Al pecho amante
Permitirás.

En el punto fatal de mi partida
¡Oh Dios! vi a mi adorada,
La vi, Deliso, en lágrimas bañada,
La cabellera al aire desaparecida...
Nunca, Deliso, nunca tan hermosa
La vi.—¡Partes!—me dijo moribunda,
Los bellos ojos trémula fijando
En mi faz dolorosa:
—Parto—dije, y el labio bulbuciente
No pudo proseguir, y los sollozos
Suplieron a la voz, y tristemente
Por el aire sonaron. Ella entonces
Quitando un rizo a su cabello de oro,
Con tiernísima voz: Toma—decía—,
¡Guárdale ¡ay Dios! para memoria mía...!

¡Oh parte de mi bien! ¡oh mi tesoro!
Ven a mis labios, ven... Será mi pecho
Tu mansión duradera,
Solo consuelo que la suerte fiera
En mi mal me dejó, y al contemplarte
Diré vertiendo lágrimas ardientes:
Feneció mi alegría:
¡Feneció la ventura y gloria mía!

¡Ven, oh rizo, a mis labios y seno!
 ¿Sientes, dí, su latir afanoso?
 Pues lo causa tu dueño amoroso,
 Prenda fiel de firmeza y amor.
 Mis amargas memorias alivia,
 Y en mi llanto infeliz te humedece:
 ¡Oh! ¡cuán larga la noche parece,
 Cuando vela gimiendo el dolor!

1819.

Ed. 1832.

Obras Poéticas, 1820. *Al mismo asunto*. Lleva este título por estar colocada a continuación de *La prenda de fidelidad*, que en esa colección se nombra *La trenza de pelo*. 40 versos.

Ed. 1825. *El rizo de pelo*. 40 versos.

Tanto en *Obras Poéticas* como en la ed. de 1825, el primer verso dice: "Pelo querido", en vez de "Rizo querido". El segundo cuarteto, en la ed. de 1825 comienza así: "De cruel olvido", y en *Obras Poéticas* decía así:

Nunca en olvido
 Ni un solo instante
 Mi pecho amante
 Te dejará.

El noveno verso dice en las dos primeras versiones:

En el momento cruel de mi partida

y el vigésimotercero:

Guárdale ¡ay Dios! por que de mi te acuerdes...

Y en vez de: "¡Oh parte de mi bien, Oh mi tesoro!", dice: "¡Oh pelo de mi amada!" En vez del penúltimo cuarteto aparecía en las dos primeras versiones el siguiente:

Ven mil veces al labio y al pecho,
 Ven, oh pelo feliz de mi amada:
 Tú mi bien y mi gloria pasada,
 Me recuerda y me anima a esperar.

con la única variante de que en 1825 decía:

¡Ven, oh parte feliz de mi amada

Y en lugar del último cuarteto, figura éste en *Obras Poéticas*:

Ojalá que Belisa a mi ejemplo
Nunca olvide el querer de su amante:
Ojalá que en su afecto constante
Nunca pueda a Fileno olvidar.

Y en la ed. de 1825 el siguiente:

¡Ojalá que mi Lesbia a mi ejemplo
Guarde siempre el querer de su amante!
¡Ojalá que en su pecho constante
Nunca pueda a Fileno olvidar!

Además, también figura en *Obras Poéticas* la forma primera que dió Heredia a esta composición, y que dice así:

De mi Belisa
Dorado pelo,
Tú de consuelo
Me servirás.
Y allá en mi mente
Que adora en ella,
Su imagen bella
Conservarás.

Si algún tiempo el destino enemigo
Con sus golpes me oprime sañudo,
Servirásme tú, ¡oh pelo! de rienda
Que resista a su duro rigor.
Si me viere en extremo afligido,
Besaréte, y las dulces memorias
De mi amor, mi ventura y mis glorias,
En consuelo inundando mi alma,
Trocarán en pacífica calma
Mi tormento y fiêro dolor.

A ELPINO

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce
Otro cielo ni sol que el de su patria!
¡Ay, si ventura tal contar pudiera...!

Tú, empero, partes, y a la dulce patria
Tornas... ¡Dado me fuera
Tus pisadas seguir! ¡Oh! ¡cuán gozoso
Tu triste amigo oyera
El ronco son con que la herida playa
Al terrible azotar del Oceano
Responde largamente! Sí; la vista
De sus ondas fierísimas, hirviendo
Bajo huracán feroz, en mi alma vierte
Sublime inspiración y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo,
Al vórtice rugiente me lanzara.

¡Oh! ¡cómo palpitante saludara
Las dulces costas de la patria mía,
Al ver pintada su distante sombra
En el tranquilo mar del mediodía!
¡Al fin llegado al anchuroso puerto,
Volando a mi querida,
Al agitado pecho la estrechara,
Y a su boca feliz mi boca unida,
Las pasadas angustias olvidara!

Mas, ¿a dónde me arrastra mi delirio?
Partes, Elpino, partes, y tu ausencia
De mi alma triste acrecerá el martirio.
¿Con quién ¡ay Dios! ahora
Hablaré de mi patria y mis amores,
Y aliviaré, gimiendo, mis dolores?
El bárbaro destino
Del Texcoco en las márgenes ingratas
Me encadena tal vez hasta la muerte.
Hermoso cielo de mi hermosa patria,
¿No tornaré yo a verte?

Adiós, amigo: venturoso presto
A mi amante verás... Elpino, díla
Que el mísero Fileno
La amaré hasta morir... Díla cual gimo.

Lejos de su beldad, y cuantas veces
 Regó mi llanto sus memorias caras.
 Cuéntala de mi frente, ya marchita,
 La palidez mortal. . .

¡Adiós, Elpino,
 Adiós, y sé feliz! Vuelve a la patria,
 Y cuando tu familia y tus amigos
 Caricias te prodiguen, no perturbe
 Tu cumplida ventura
 De Fileno doliente la memoria.
 Mas luego no me olvides, y piadoso
 Cuando recuerdes la tristeza mía,
 Un suspiro de amor de allá me envía.

1819.

Ed. 1832.

Obras Poéticas, 1820. A. D. J. M. Unzueta en su viaje a La Habana. Esta versión primitiva figura también, en su lugar correspondiente, en la presente compilación. Tiene 72 versos.

Ed. 1825. *A un amigo que partía a La Habana*. 72 versos. En esta versión aparece también la segunda estrofa de la primitiva —suprimida en la de 1832—, pero en esta forma:

Iguales en el nombre y en la suerte,
 Nos vemos separados
 De los dulces amigos,
 Y del materno seno de la patria
 Al funesto Anahuac arrebatados;
 Al funesto Anahuac, donde mi alma
 A admirar y gozar está cerrada.
 Sí, caro amigo, sí: ni de una hermosa
 La seductora y celestial mirada,
 Ni el magnífico aspecto
 De las nieves eternas que coronan
 Del sublime volcán la excelsa cumbre
 Pueden ¡ay! ni un momento
 Aliviar mi dolor y pesadumbre.
 La encantadora imagen de mi Lesbia,
 Presente sin cesar ante mis ojos,
 Los felices instantes me recuerda
 Que veloces pasaron, y anegado
 En amargoso lloro
 Del crudo Cielo la clemencia imploro.

Después de: “De mi alma triste acrecerá el martirio”, se agrega:

Partes ¡ay Dios! y privas a tu amigo
 De un consuelo feliz. ¿Con quién ahora, etc.

Por lo demás, es igual a la de 1832, salvo aquellas ligerísimas variantes que introducía Heredia casi siempre en toda nueva edición de sus poesías.

RECUERDO

Despunta apenas la rosada aurora;
Plácida brisa nuestras velas llena;
Callan el mar y el viento, y sólo suena
El rudo hendir de la cortante prora.

Yo separado ¡ay-mé! de mi señora,
Gimo no más en noche tan serena:
Dulce airecillo, mi profunda pena
Lleva al objeto que mi pecho adora.

¡Oh! ¡cuántas veces, al rayar el día,
Ledo y feliz, de su amoroso lado
Salir la luna pálida me vía!

¡Huye, memoria de mi bien pasado!
¿Qué sirves ya? Separación impía
La brillante ilusión ha disipado.

Créese de 1819 o 1820.
Ed. 1832.

Ed. 1825.

En esta versión, los dos últimos versos dicen así:

Huye, y no amargues más la ausencia impía
Que al abismo del mal me ha despeñado.

A LA HERMOSURA

Dulce hermosura, de los cielos hija,
Don que los dioses a la tierra hicieron,
Oye benigna de mi tierno labio
Cántico puro.

La grata rísa de tu linda boca
Es muy más dulce que la miel hiblea:
Tu rostro tiñe con clavel y rosas
Cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma
Del manso mar en los cerúleos campos,
Así los orbes del nevado seno
Leves agitas.

El Universo cual deidad te adora;
El hombre duro a tu mirar se amansa,
Y dicha juzga que sus ansias tiernas
Blanda recibas.

De mil amantes el clamor fogoso,
Y los suspiros y gemir doliente,
Del viento leve las fugaces alas
Rápidas llevan.

Y de tu frente al rededor volando,
Tus dulces gracias y poder publican:
Clemencia piden; pero tú el oído
Bárbara niegas.

¿Por qué tu frente la dureza anubla?
¿El sentimiento la beldad afea?
No; vida, gracia y expresión divina
Préstala siempre.

Yo vi también tu seductor semblante,
Y apasionado su alabanza dije
En dulces himnos, que rompiendo el aire
Férvidos giran.

Mil y mil veces al tremendo carro
De Amor me ataste, y con fatal perfidia
Mil y mil veces derramar me hiciste
Mísero llanto.

Y maldiciendo tu letal hechizo
Su amor abjuro delirante y ciego;
Mas ¡ay!, en vano, que tu bella imagen
Sígueme siempre.

Si al alto vuelvo la llorosa vista,
En la pureza del etéreo cielo
El bello azul de tus modestos ojos
Lánguido miro.

Si miro acaso en su veloz carrera
El astro bello que la luz produce,
El fuego miro que en tus grandes ojos
Mórbido brilla.

Es de la palma la gallarda copa
Imagen viva de tu lindo talle;
Y el juramento que el furor dictóme
Fácil abjuro.

Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,
Caigo a tus plantas, y perdón te pido,
Y a suplicar y dirigirte votos
Tímido vuelvo.

¡Ay! de tus ojos el mirar sereno,
Y una sonrisa de tu boca pura,
Son de mi pecho, que tu amor abrasa,
Único voto.

¡Dulce hermosura! mi rogar humilde
Oye benigna, y con afable rostro
Tantos amores y tan fiel cariño
Págame justa.

1820.
Ed. 1832.

Obras Poéticas, 1820. 52 versos.

Ed. 1825. 64 versos.

En la lección de *Obras Poéticas* faltan las estrofas tercera, séptima y décimoquinta. Tanto esta versión como la de 1825 presentan innumerables ligeras variantes con la definitiva de 1832, hasta el punto de que sólo una estrofa, la duodécima, es idéntica

en las tres; y sólo otra, la undécima, es igual en las versiones de 1825 y 1832. Las versiones de *Obras Poéticas* y de 1825 son más semejantes entre sí, siendo en ellas iguales las estrofas cuarta, décima, décimotercera y décimocuarta. Para que los lectores puedan apreciar la índole de esas variantes, ofrecemos a continuación las estrofas primera, octava y última de las dos primeras versiones.

Obras Poéticas:

Dulce hermosura, de Citeres hija,
Don que los cielos a la tierra dieran:
Benigna escucha mis cantares simples,
Simples y blandos.

.....

También mi pecho tus sin pares gracias
Sensible vido, y tu alabanza dice
En mil cantares que rompiendo el aire
Férvidos suenan.

.....

Dulce hermosura, mis ardientes votos
Benigna atiende, y con mirar risueño
A tantas ansias y a querer tan firme
Muéstrate grata.

1825:

Dulce hermosura, de los cielos hija,
Don que los dioses a la tierra hicieran,
Benigna escucha mis cantares simples,
Simples y blandos.

.....

Yo vi también tu seductor semblante,
Lo vi sensible, y su alabanza digo,
En mil cantares que rompiendo el aire
Férvidos suenan.

.....

Dulce hermosura, mi rogar rendido
Benigna atiende, y con afable rostro
A tantas ansias y a querer tan firme,
Muéstrate grata.

**A D. DOMINGO DELMONTE,
DESDE EL CAMPO**

En aqueste pacífico retiro,
Del mundanal tumulto separado,
Gime doliente tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos; tú conoces
Mi funesta pasión, fuente inexhausta
De mi llanto y dolor; tú has conocido
A la que con traición... ¡Oh! si del alma
Lejos su imagen alanzar pudiese,
¡Cuál fuera yo feliz! y ¡qué tranquilo
De mis amigos en el dulce seno
Gozara paz y plácida ventura,
De toda angustia y pesadumbre ajeno!
Mas ¡ay! que antes su curso arrebatado,
Y el ímpetu que al mar le precipita
Recejará asombrado el Orinoco,
Que yo olvide a mi amor. Hora la tierra
En belleza rebosa y lozanía.
Por detrás de los montes enriscados
El almo sol en el sereno cielo
De azul, púrpura y oro arrebolado,
Se alza con majestad: brilla su frente,
Y la montaña, el bosque, el caserío
Relucen a la vez... ¡Salud, oh padre
Del ser y del amor y de la vida!
¿Quién al mirar a tí no siente su alma
Llena de inspiración...? ¡Salud! Tu carro
Lanza veloz en la celeste esfera,
Y vida, y fuerza, y juventud lozana
Vierta en el mundo tu eternal carrera.
Vuela, y muestra glorioso al Universo
El almo Dios que en tu esplendor velado,
Sin principio ni fin... ¿Por qué mi frente
Dóblase mustia, y en el rostro corre

Esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado
El entusiasmo espléndido y sublime,
Que a admirar y gozar me arrebatava?
¡Lesbia! ¡mi único amor! ¿por qué conmigo
De esta escena magnífica no gozas?
Desde el momento en que tu rostro vide,
Desde el momento en que mi amor pagaste,
Gocé tan sólo cuando tú gozabas,
Y no gozas conmigo, y ya no gozo.
¿Qué me importa ¡infeliz! el Universo,
Si me olvida la infiel? Allá en la noche
Veré a la tierra en esplendor bañada
Al vislumbrar de la apacible luna,
Y no seré feliz: no embebecida
El alma sentiré, como otro tiempo,
En mil cavilaciones deliciosas
De ventura y de amor: hora afligido,
Solamente diré: "No mi adorada,
En tal contemplación embelesada,
Dirigirá hacia mí sus pensamientos."
Hora de aquestas cañas a la sombra
Recuerdo triste mi placer pasado,
Y no sé qué es de mí: mi débil mano
Armase luego de acerada punta,
El troneo hiende de la lisa caña,
Y *Lesbia* graba allí, y ante mis ojos
Ver imagino su adorada imagen,
Y me siento morir. Miro su nombre,
Gimo insensato, y mis ardientes besos
Le cubren... ¡Oh dolor! ¿Por qué ¡oh amigos!
Consuelo no me dais? ¿Dónde se oculta
El pérfido que un tiempo fué mi amigo,
Y con negra traición mi amor pagara?
Su mano ¡ay Dios! la mano que afectuosa
Mil y mil veces apretó la mía,
Hundió el puñal en mi confiado pecho,
Con torpe engaño y con calumnia impía.
Sin él, yo era feliz. Su mano infame,
La copa del dolor emponzoñada
Derramó en mi existir. Yo le perdono...
Yo no sé aborrecer... ¿Por qué mi pecho
Ama y ama sin fin, y sólo ingratos
Ha encontrado hasta aquí...?

Fatal objeto

De mis primeros y únicos amores,
 ¡Ay! tú rompiste el delicioso velo
 Que en ilusión dichosa me ocultaba
 El crimen, que en el mundo mancillado
 Tiene insolente su execrable trono,
 Y la vida y los hombres a mis ojos
 Presentaste cual son. Ya en vano busco
 La fiel confianza, la inocencia pura,
 La amistad y el amor... ¡Vanos fantasmas,
 Que necio idolatré...! Sólo traiciones,
 Interés y perfidia sólo encuentro
 En derredor de mí... Tú, cruel, me diste
 El ejemplo más duro del engaño
 Y la torpe traición: tú en falso acento
 Mi pasión halagaste... ¿Dó volaron
 Tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste
 Así olvidarte de tu amor primero?
 ¡Si así olvidase yo...! Mas ¡ay! que el alma
 Que amante te adoró, falsa te adora.
 No vengativo anhelaré que el Cielo
 Te suma entre dolor: sé tan dichosa
 Cual yo soy infeliz: mas no mi oído
 Hiera jamás el nombre aborrecido
 De mi rival: jamás el eco dulce
 De tu divina voz, que un tiempo al pecho
 Más grato fuera que al marchito prado
 El sonante correr del fresco arroyo,
 Torne a rasgar la ensangrentada herida
 De aqueste corazón: no a mirar torne
 Tu celeste ademán, y aquellos ojos,
 Y aquellos labios do letal ponzoña
 Ciego bebí... ¡Jamás! Tú allá en secreto
 Un suspiro a lo menos me consagra,
 Un recuerdo no más...

¡Oh amigos míos!

Vosotros ¡ay! vosotros por ventura
 También me olvidaréis... también perjuros...
 ¡Antes perezca yo! ¡Baje a la tumba,
 Si nadie me ha de amar...! Desamorado,
 Sin padre, sin amigos cariñosos,
 ¿Quién será más que yo desventurado?

Julio 1821.
 Ed. 1825.

Haciendo una excepción a la norma establecida en esta obra, publicamos la versión de esta poesía que aparece en la ed. de 1825, además de la definitiva de 1832 —publicada bajo el título de *La inconstancia*—, por contener variantes muy notables, especialmente al final y en muchas frases que en la primera aparecen dirigidas a un amigo traidor, y en la segunda a *Lesbia*, la amada cuyo desvío lamenta el poeta. Además, sirve de ejemplo para que los lectores puedan observar cómo casi a cada verso introducía Heredia variantes ligeras en cada nueva publicación de muchas de sus poesías.

Antes de aparecer en la ed. de 1825, esta poesía fué publicada en *El Revisor Político y Literario*, La Habana, t. I, No. 56, julio 9, 1823, p. 5, con el título de *A. D. D. D., desde el campo*. Esta primera lección es igual a la de 1825, con sólo las siguientes ligeras variantes. En vez de: “En aqueste pacífico retiro”, comienza así: “En aquesta mansión grata y tranquila”; falta la frase: “¿Quién al mirar a ti no siente su alma llena de inspiración?”; y en vez de: “Tu celeste ademán, y aquellos ojos”, dice: “Tu frente virginal, tus bellos ojos.”

LA INCONSTANCIA

A D. Domingo del Monte.

En aqueste pacífico retiro
Lejos del mundo y su tumulto insano,
Doliente vaga tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos, y conoces
A la mujer infiel... ¡Oh! si del alma
Su bella imagen alejar pudiese,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo tranquilo,
De amistad en el seno,
Gozara paz y plácida ventura,
De todo mal y pesadumbre ajeno!

¡Amor ciego y fatal...! Ahora la tierra
Encanta con su fresca lozanía.
Por detrás de los montes enriscados
El almo sol en el sereno cielo
De azul, púrpura y oro arrebolado,
Se alza con majestad: brilla su frente,
Y la montaña, el bosque, el caserío,
Relucen a la vez... Salud, ¡oh, padre
Del sér y del amor y de la vida!
¿Quién al mirar a tí no siente el alma
Llena de inspiración...? ¡Salve! ¡Tu carro
Lanza veloz por la celeste esfera
Y vida, fuerza y juventud lozana
Vierta en el mundo tu inmortal carrera!
Vuela, v. nuestra glorioso al universo
El almo Dios que en tu fulgor velado,
Sin principio ni fin... ¡Por qué mi frente
Dóblase mustia, y en mi rostro corre
Esta lágrima ardiente? ¿Quién he helado
El entusiasmo espléndido y sublime,
Que a gozar y admirar me arrebatava?

¿Qué me importa ¡infeliz! el Universo,
 Si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche
 Veré la tierra en esplendor bañada,
 Al vislumbrar de la fulgente luna,
 Y no seré feliz: no embebecida
 El alma sentiré, cual otro tiempo,
 En mil cavilaciones deliciosas
 De ventura y amor: hoy afligido
 Solamente diré: No mi adorada
 En tal contemplación embelesada
 A mí dirigirá sus pensamientos—
 De aquestas cañas a la blanda sombra
 Recuerdo triste mi placer pasado,
 Y me siento morir: lánguidamente
 Grabo en el tronco de la tersa caña
 De Lesbía el nombre, y en delirio insano
 Gimo, y le cubren mis ardientes besos.
 Su mano, ¡ay Dios! la mano que amorosa
 Mil y mil veces halagó la mía,
 Hundió el puñal en mi confiado pecho
 Con torpe engaño y con mudanza impía.

Héme juguete de la suerte fiera,
 De una pasión tirana subyugado,
 Abatido, infeliz, desesperado,
 El triste espectro de lo que antes era.
 ¡Oh pérfida mujer! ¡Cómo pagaste
 El afecto más fino!
 Bajo rostro tan cándido y divino,
 ¿Tan falso corazón pudo velarse?
 Tú mi loca pasión ¡ay! halagabas,
 Y feliz te dijiste en mis amores.
 Aunque el hado tirano
 En mi alma tierna y pura
 Verter quisiese cáliz de amargura,
 ¿Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?

Cuando el fatal prestigio con que ahora
 La juventud y la beldad te cercan
 Haya la Parca atroz desvanecido,
 Para salvar tu nombre del olvido
 El triste amor de tu infeliz poeta
 Será el único timbre de tu gloria.
 La mitad del laurel que orne mi tumba
 Entonces obtendrás; y de tus gracias
 Y de tu ingratitud y mi tormento
 Prolongará mi canto la memoria.

¡Hermosura fatal! tú disipaste
 La brillante ilusión que me ocultaba
 La corrupción universal del mundo,
 Y la vida y los hombres a mis ojos
 Presentaste cual son. ¿Dónde volaron
 Tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste
 Así olvidarte de tu amor primero?
 ¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ay! el alma
 Que fina te adoró, falsa te adora.
 No vengativo anhelaré que el Cielo
 Te condene al dolor: sé tan dichosa
 Cual yo soy infeliz: mas no mi oído
 Hiera jamás el nombre aborrecido
 De mi rival, ni de tu voz el eco
 Torne a rasgar la ensangrentada herida
 De aqueste corazón: no a mirar vuelva
 Tu celeste ademán, ni aquellos ojos,
 Ni aquellos labios do letal ponzoña
 Ciego bebí... ¡Jamás! —Y tú en secreto
 Un suspiro a lo menos me consagra,
 Un recuerdo... ¡Ah crüel! no te maldigo,
 Y mi mayor anhelo
 Es elevarte con mi canto al cielo,
 Y un eterno laurel partir contigo.

Julio 1821.

Ed. 1832.

Versión definitiva de la poesía publicada en *El Revisor Político y Literario* bajo el título de *A D. D. D.*, y en la ed. de 1825 bajo el de *A D. Domingo Delmonte, desde el campo*.

Recordando su amor desgraciado por *Lesbia*, decía así el poeta en carta a su madre, de México 22 de abril de 1826:

Está probado que mis males la otra vez que estuve aquí sólo procedían de la pasión funesta que me devoraba y que ha turbado la primavera de mi vida, a la que debo hasta mi persecución y destierro, pues sin ella no hubiera yo ido a vivir a Matanzas, huyendo de la presencia insoportable de esa mujer fatal.

MISANTROPÍA

¡Qué triste noche...! Las lejanas cumbres
 Acumulan mil nubes pavorosas;
 Y el lívido relámpago ilumina
 Su densa confusión. Calma de fuego
 Me abrumba en derredor, y un eco sordo,
 Siniestro, vaga en el opaco bosque.
 Oigo el trueno distante... En un momento,
 La horrenda tempestad va a despeñarse:
 La presagia la tierra en su tristeza.

Tan fiera confusión, en armonía
 Siento con mi alma desolada... ¿El mundo
 Padece como yo...?

Mujer funesta,
 ¡Ay! me perdiste para siempre... En vano
 Me esfuerzo a reanimar del alma mía
 El marchito vigor: tú el Universo
 Desfiguraste para mí... Ni echarte
 De la memoria lograré. Tu imagen
 Me persigue, causándome deleite
 Funesto, amargo, como la sonrisa
 Que suele estar helada entre los labios
 De una belleza pálida en la tumba.

¡Oh hermosas! yo inocente os adoraba...
 ¿Quién me venció en amar? Vosotras fuisteis
 Mi encanto, mi deidad: en vuestros ojos,
 En vuestra dulce y celestial sonrisa
 Duplicaba mi sér; y circundado
 Por atmósfera ardiente de ventura,
 Abjuré la razón, quebré insensato
 De mi enérgica mente los resortes,
 Y a sólo amaros consagré mi vida.

¡Qué horrible pago recibí...! ¡Oh hermosas!
 Me hicisteis infeliz y ya no os amo...
 Ni puedo amar la vida sin vosotras.

Así en horrible confusión perdido
 Vago insano y furioso... Desecado
 Siento mi corazón, huyo a los hombres,
 Y hasta la luz del sol ya me fatiga.
 ¡Ay! se apagó mi fantasía: vago,
 Espectro gemidor, junto al sepulcro.
 Mas amo a veces mi aflicción; me gozo
 En el llanto de fuego que me alivia.
 ¡Felices ¡ay! los que jamás probaron
 El gozo del dolor...!

¿Dó están los tiempos

De mi felicidad, cuando mi mente
 De la vasta Creación se apoderaba
 Con noble ardor? En medio de la noche,
 En la gran soledad del Oceano,
 Suspenso entre el abismo y las estrellas,
 ¡Cuán fuertes y profundos pensamientos
 Mi mente concibió! ¡Cómo reía
 El Universo de beldad ornado
 Ante mis ojos! ¡Cómo de la vida
 Me sentí en posesión...!

Mas hoy... ¡cuitado!

Juzgan turbada mi razón... —¡Oh necios!
 ¿Del amor os quejáis, y en vuestras frentes
 Brilla de juventud la fresca rosa
 Sin marchitarse? Contemplad la mía,
 Profundamente del dolor hollada,
 Y aprended a sentir... —Mas no me atienden,
 Y maldiciendo mi semblante adusto,
 Insocial y selvático me llaman.
 Porque no sé para fingir sonrisa
 Dar a mis labios contorsión violenta
 Cuando mi alma rebosa en amargura,
 Imputan a feroz misantropía
 Mi amor de soledad... ¡Oh! si pudieran
 Bajo el agreste velo que la cubre
 Sentir de mi alma la ternura inmensa,
 Tal vez me amaran... Pero no: tan sólo
 Injuriosa piedad o vil desprecio
 En sus almas de fango excitaría.

Dejadme, pues, que oculte mis dolores
 En esta soledad. Árboles bellos,
 Que al soplo de los vientos tempestuosos
 Sobre mi frente os agitáis, mañana
 Vendrá a lucir el sol en vuestras copas
 Con gloria y majestad: mas a mi alma,
 De borrasca furiosa combatida,
 No hay un rayo de luz... Entre vosotros
 Buscaré alguna calma, y de los tristes
 Invocaré al amigo, al dulce sueño.

Agosto 1821.
 Ed. 1832.

Ed. 1825. 91 versos.

En esta versión, entre "Padece como yo?" y "Mujer funesta", dice:

Nó, que no tiene
 Pasiones insensatas: sólo el hombre
 De su huracán feroz víctima gime,
 Y más que nadie, yo.

Después de "En el llanto de fuego que me alivia", se intercala este verso:

Mas triste es mi placer, vago y sombrío.

Esta poesía aparece copiada en el volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, ya citado, en el pliego 17. Presenta numerosas ligeras variantes con el texto de 1832, muchas de ellas semejantes a la versión de 1825; a veces un verso de 1825 ha sido tachado y sobre él escrito el de 1832. Así sucede con los siguientes

y un ruido (eco) sordo,
 Vago cual los recuerdos del sepulcro
 Sale a intervalos del opaco bosque

en que los dos últimos han sido tachados y sustituidos por éste:

Siniestro vaga en el opaco bosque.

El último verso y la fecha aparecen, por error de encuadración, en el pliego 2. Tiene 82 versos, y uno tachado.

Con este mismo título publicó Heredia otra poesía completamente distinta, que aparece en esta obra entre las *Poesías Filosóficas e Históricas*.

A . . . , EN EL BAILE

¿Quién hay, mujer divina,
Que al mágico poder de tus encantos
Pueda ya resistir? El alma mía
Se abrasó a tu mirar: entre la pompa
Te contemplé del estruendoso baile,
Altiva y majestosa descollando
Entre tanta hermosura,
Cual palma gallardísima y erguida
De la enlazada selva en la espesura.
De tu rosada boca la sonrisa
Más grata es ¡ay! que en el ardiente julio
De balsámica brisa el fresco vuelo,
Y tus ojos divinos resplandecen
Como el astro de Venus en el cielo.

Mas ágil y serena,
Al compás de la música sonante
Partes veloz, y mi agitado pecho
Palpita de placer. Cual azucena
Que al soplo regalado
Del aura matinal mueve su frente
Que coronó de perlas el rocío,
Así, de gracias y de gloria llena,
Giras ufana, y la expresión escuchas
De admiración y amor, y los suspiros
Que vagan junto a ti; pues electriza
A todos y enamora
Tu beldad, tu abandono, tu sonrisa,
Y tu actitud modesta, abrasadora.

¡Ay! todos se conmueven:
Sus compañeras tristes, eclipsadas,
Se agitan despechadas,
Y ni a mirarla pálidas se atreven.
Ellos arden de amor, y ellas de envidia.

¡Y engaños y perfidia
 Se abrigarán en el nevado seno
 Que hora palpita blandamente, lleno
 De celeste candor...? ¡Afortunado
 El mortal a quien ames encendida,
 A quien halagues tierna y amorosa
 Con tu mirar sereno y blanda risa ...!

Divina joven, ¿me amarás? ¿quién supo
 Amar ¡ay! como yo? Tus ojos bellos
 Afable pon en mí; seré dichoso.
 En tus labios de rosa el dulce beso
 Ansioso cogeré: sobre tu seno
 Reclinaré mi lánguida cabeza,
 Y espiraré de amor...!

¡Miseró! en vano
 Hablo de amor, en ilusión perdido.
 ¡Ángel de paz! de ti correspondido
 Nunca ¡infeliz! seré. Mi hado tirano
 A estériles afectos me condena.
 ¡Ay! el pecho se oprime; consternado
 Me agito, gimo triste,
 Y me siento morir... ¡Dios que me miras,
 Muévate a compasión mi suerte amarga,
 Y alivia ya la insoportable carga
 Del corazón ardiente que me diste!

Tú eres más bella que la blanca luna
 Cuando en noche fogosa del estío,
 Precedida por brisas y frescura,
 En oriente aparece,
 Y sube al yermo cielo, y silenciosa
 En medio de los astros resplandece.

Su indigno compañero
 La lleva entre sus brazos insensible,
 Y yerto, inanimado,
 Gira en torno de sí los vagos ojos,
 Y sus gracias no ve...

—No más profanes.

Insensible mortal, ese tesoro
 Que no sabes preciar: ¡huye! mis brazos
 Estrecharán al inflamado seno
 Ese ángel celestial...! —¡Oh! si pudiera
 Hacerme amar de ti, como te adoro,
 ¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo viviera

Del mundo en un rincón, desconocido,
Contigo y la virtud...!

Mas no, infelice:

Yo de angustia y dolores la llenara;
Y en su inocente pecho derramara
La agitación penosa
Que turba y atormenta
Mi juventud ardiente y borrascosa.

¡No, mujer adorada!

Vive feliz sin mí... Yo generoso
Gemiré y callaré: seré dichoso
Si eres dichosa tú... Benigno el Cielo,
Oiga mis votos férvidos y puros,
Y en tu pecho conserve
De inocencia la calma,
La deliciosa paz, la paz del alma,
Que severo y terrible me ha negado,
Cuando me ha condenado
A gemir, y apurar sin esperanza
Un doloroso cáliz de amargura,
Y a que nunca me halaguen
Sueños de amor y plácida ventura.

Diciembre 1821.

Ed. 1832.

Ed. 1825. 94 versos. En esta ed. Heredia agregó, como sub-
título, *Fragmento*; pero nada añadió a la composición al repro-
ducirla en 1832.

A MI CABALLO

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras
Desalado arrebatame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.

Huyeron de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha,
Llevando tras de sí las esperanzas.
Corrióse el velo: desengaño impío
El fin señala del delirio mío.

¡Oh! ¡cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible
El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya ¿qué la resta? Tedio y amargura.

Este viento del sur ¡ay! me devora...
¡Si pudiera dormir...! En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara,
Y mi alma triste su vigor cobrara.

¡Caballo! ¡Fiel amigo! Yo te imploro.
Volemos, ¡ay! Quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil: y quizá benigno
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.

Débate yo tan dulce refrigerio...
Mas otra vez avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad, y mi delirio,
Al contemplar mis pies ensangrentados,
Y tus ijares ¡ay! despedazados.

Perdona mi furor: el llanto mira
Que se agolpa a mis párpados... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuches,
No aguardes, no, la devorante espuela:
La erin sacude, alza la frente, y vuela.

1821.

Ed. 1832.

Ed. 1825. El mismo número de versos, y muy ligeras variantes.

Esta poesía fué traducida al inglés por James Kennedy, quien la publicó en el folleto *Selections from the poems of Don José María Heredia, with translations into english verse*, La Habana, 1844, y en el libro *Modern poets and poetry of Spain*, Londres, 1852. En ambas obras apareció también la traducción, por el mismo Kennedy del soneto *A mi esposa*, que Heredia escribió como dedicatoria del primer tomo de la ed. de 1832, y que publicamos en la *Introducción*. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por Francisco González del Valle.

LA CIFRA

¿Aún guardas, árbol querido,
La cifra ingeniosa y bella
Con que adornó mi adorada
Tu solitaria corteza?
Bajo tu plácida sombra
Me viste evitar con Lesbia
Del fiero sol meridiano
El ardor y luz intensa.
Entonces ella sensible
Pagaba mi fe sincera,
Y en ti enlazó nuestros nombres,
De inmortal cariño en prenda.
¡Su amor pasó, y ellos duran,
cual dura mi amarga pena...!
Deja que borre el cuchillo
Memorias ¡ay! tan funestas.
No me hables de amor; no juntes
Mi nombre con el de Lesbia,
Cuando la pérfida ríe
De sus mentidas promesas,
Y de un triste desengaño
Al despecho me condena.

1821.
Ed. 1832.

¡AY DE MÍ!

¡ Cuán difícil es al hombre
Hallar un objeto amable,
Con cuyo amor inefable
Pueda llamarse feliz!

Y si este objeto resulta
Frívolo, duro, inconstante,
¿ Qué resta al mísero amante,
Sino exclamar: “¡ Ay de mí!”?

El amor es un desierto
Sin límites, abrasado,
En que a muy pocos fué dado
Pura delicia sentir.

Pero en sus mismos dolores
Guarda mágica ternura,
Y hay siempre cierta dulzura
En suspirar: “¡ Ay de mí!”

1821.

Ed. 1832.

Esta poesía, con texto idéntico al de 1832, figura entre las copiadas en el volumen de *Manuscritos de José María Heredia, Poesías*, que se guarda en nuestra Biblioteca Nacional. Aparece en el pliego 11.

A UNA SEÑORITA
QUE LEÍA CON GUSTO MIS VERSOS

Dícenme, joven hermosa,
Que con semblante agradado
Viste mis tiernos escritos,
Al solo amor consagrados.

Yo, hermosa, no de la fama
Anhele el estéril lauro:
Mi único placer y gloria
Es amar y ser amado.

Por agradar hago versos,
Y más me adula el aplauso
En los ojos de las bellas
Que en la boca de los sabios.

Desde que miré tu rostro,
Y tu talle delicado,
Tu ademán dulce y modesto,
Tus ojos vivos brillando,

Y en fin, tu frente serena,
Del bello pudor retrato,
El corazón en el pecho
Me palpitó acelerado.

¡Oh! ¡Si palpitase el tuyo...!
Si mi cariño pagando,
Me amases, ¡cuál bendijera
Mis versos afortunados!

¡Ay! Oye, hermosa, mi acento,
Oyele grata, y tornando
A mí tus benignos ojos,
Muda en placer mi quebranto.

Mira que más que talentos
Tengo un pecho tierno y blando,
Que amor suspira y no gloria,
Y cuento diecisiete años.

Oye mis ruegos, querida,
Y en vez de laureles vanos,
Cifre mi frente con mirtos,
A Cupido consagrados.

Tú serás la inspiradora
Y el objeto de mi canto,
Que repetirá: "Mi gloria
Es amar y ser amado."

1821.

Ed. 1825.

A LOLA, EN SUS DÍAS

Vuelve a mis brazos, deliciosa lira,
En que de la beldad y los amores
El hechizo canté. Sobrado tiempo
De angustias y dolores
El eco flébil fuera
Mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera
No calmar mi agonía
Este brillante día
Que a Lola vió nacer? ¡Cuán deleitosa
Despunta en el oriente la luz pura
Del natal de una hermosa!
Naciste, Lola. Y Cuba,
Al contemplar en ti su bello adorno,
Aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna
Meció festivo Amor: tu blanda risa
Nació bajo su beso: complacido
La recibió, y en inefable encanto
Y sin igual dulzura
Tus labios inundó: tu lindo talle
De gallarda hermosura
Venus ornó con ceñidor divino,
Y tal vez envidiosa, contemplaba
Tu celestial figura.

Nace bárbaro caudillo,
Que con frenética guerra
Debe desolar la tierra,
Y gime la humanidad.

Naciste, Lola, y el mundo
Celebró tu nacimiento,
Y embelesado y contento
Adoró Amor tu beldad.

Feliz aquel a quien afable miras,
 Que en tu hablar se embebece, y a tu lado
 Admira con tu talle delicado
 La viva luz de tus benignos ojos.
 ¡Venturoso mortal! ¡En cuánta envidia
 Mi corazón enciendes...! Lola hermosa,
 ¿Quién a tanta beldad y a tantas gracias
 Pudiera resistir, ni qué alma fría
 Con la expresión divina de tus ojos
 No se inflama de amor? El alma mía
 Se abrasó a tu mirar... Eres más bella
 Que la rosa lozana,
 Del céfiro mecida
 Al primer esplendor de la mañana.

Si en un tiempo más bello y felice
 Tantas gracias hubiera mirado,
 ¡Ah! tú fueras objeto adorado
 De mi fina y ardiente pasión.
 Mas la torpe doblez, la falsía
 Que mi pecho sensible rasgaron,
 En su ciego furor me robaron
 Del placer la dichosa ilusión.

¡Angel consolador! tu beldad sola
 El bárbaro rigor de mis pesares
 A mitigar alcanza
 Y en tus ojos divinos,
 Bebo rayos de luz y de esperanza.
 ¡Conviértelos a mí siempre serenos,
 Abra tus labios plácida sonrisa,
 Y embriégame de amor...!

Acepta grata

Por tu ventura mis ardientes votos.
 ¡Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera
 Sumir el cielo en aflicción y luto
 Tanta y tanta beldad? Si despiadado
 El feroz infortunio te oprimiere,
 ¡Ay! ¡no lo mire yo! Baje a la tumba
 Sin mirarte infeliz; o bien reciba
 Los golpes de la suerte,
 Y de ellos quedes libre, y generoso,
 Si eres dichosa tú, seré dichoso.

¡ Me oyes, Lola, placentera,
 Llena de fuerza y de vida... ?
 ¡ Ay! mi juventud florida
 El dolor marchita ya.
 Cuando la muerte me hiera,
 Y torne tu día sereno,
 Acuérdate de Fileno,
 Dí su nombre suspirando,
 Y en torno de ti volando
 Mi sombra se gozará.

Marzo 1822.

Ed. 1832.

El Indicador Constitucional, La Habana, mayo 1822, ♦.

Ed. 1825. 86 versos. He aquí las dos primeras estrofas de esta "cantata", según la llamó Heredia :

Vuelve a mis brazos, sonora lira,
 Con que de la hermosura y los amores
 Canté un tiempo el poder, cuando dichoso
 Aun no experimentaba los rigores
 De horrenda ingratitud. Sobrados días
 Sonó el dolor en mi infelice labio.
 Hoy resuene el placer... ¿Cómo pudiera
 No templarse el horror de mis pesares
 En el hermoso día
 En que Lola nació? ¡Cuán deleitosa
 Es la memoria al corazón sensible
 Del día feliz en que nació una hermosa!
 Naciste, Lola, y la Natura entera,
 Al contemplar en ti su bello adorno,
 Se gozó en tu nacer. Tu dulce cuna
 Meció festivo Amor; tu primer risa
 Nació bajo su beso: él complacido
 La recibió, y en inefable encanto
 Y en sin igual dulzura
 Tus labios empapó. Tu lindo talle
 De gallarda hermosura
 Venus ornó con ceñidor divino,
 Y se gozó mil veces contemplando
 El candor celestial de tu figura.

Nace un rey, o un héroe fiero,
 Que con espantosa guerra
 Deberá asolar la tierra,
 Y gime la humanidad.
 Naciste, Lola, y el mundo
 Se gozó en tu nacimiento,
 Y embelesado y contento
 Adoró Amor tu heldad.

Y después del verso: "El bárbaro rigor de mis pesares", dice:

Y amargas penas mitigar podría.

Al lucir de tus ojos celestes
Y de tu habla divina al encanto,
Se aliviaron mis penas un tanto,
Y esperanza a mis ojos brilló.

¡Alma pura y feliz! ¡Divina Lola!
Vuelve a mí afable los serenos ojos;
Brille en tus labios celestial sonrisa,
Y yo seré feliz...

Acepta grata, etc.

Lola es Dolores Junco y Morejón, bella joven matancera, a quien también llamaba el poeta la *Ninfa del Yumurí*, y a la que dedicó varias poesías. Dolores Junco, de quien también estuvo enamorado Silvestre Alfonso, nació en Matanzas en 1803 y murió en 1863 en el ingenio San José, en Sabanilla del Encomendador, según datos que nos ha proporcionado el Dr. Carlos M. Trelles, quien también nos informa que *Lola Junco* fué casada dos veces: la primera con Felipe Gómez, y la segunda, con Angel Zapatín, español.

Acerca de la *Ninfa del San Juan* —como también la llamaba Heredia— dijo el poeta, en carta a Silvestre Luis Alfonso, de febrero 23 de 1823:

¡Cómo se divierte tu imaginación, Silvio mío! ¡Ay! yo no soy ni con mucho tan feliz como tú me supones. Mis paseos no han continuado, no pude ni quise sacar de ellos el fruto delicioso que tanto ponderas. ¡Ay Silvestre! ¡Qué ganaría yo con arrastrar a *Lola* a participar de mi eterna agitación y de mis delirios? Yo daría gozoso toda mi sangre por salvarla de la desgracia y del dolor... ¿cómo he de creer yo que excitaré en *Lola* un amor sin límites, como mi alma? y, aun cuando lo lograra, ¿cómo había de asociarla a mi desgracia, yo que daría mi vida por su felicidad? Silvestre, tú me conoces, y debes saber que yo no puedo hacer feliz a una querida. Al contrario, a costa de su tranquilidad y de su dicha compraría yo algunos momentos de placer, inefables a la verdad, pero seguidos siempre de tedio y desesperación. No, Silvestre: cada vez que miro y oigo a esa mujer encantadora, respirando paz y felicidad, me prometo no turbarla nunca. Al contrario, voy muy poco por allá, porque temo turbarla, y ser indiscreto...

EL RUEGO

De mis pesares
Duélete, hermosa,
Y cariñosa
Paga mi amor.

Mira cual sufro
Por tu hermosura
Angustia dura,
Pena y dolor.

¿Quién ¡ay! resiste
Cuando le miras,
Y fuego inspiras
Al corazón?

Cuando tu seno
Blando palpita,
¿En quién no excita
Plácido ardor?

Secreto afecto
Me enardeciera
La vez primera
Que yo te vi.
Tu habla divina
Sonó en mi oído,
Y conmovido
Me estremecí.

De amor el fuego
Corre en mis venas...
Sí... de mis penas
Ten ¡ay! piedad.

Tenla... un afecto
Puro, sencillo,
Releva el brillo
De la beldad.

1822.

Ed. 1832.

Ed. 1825. Versión casi absolutamente idéntica. Sólo, en vez de "puro, sencillo", dice: "dulce, sencillo".

AUSENCIA Y RECUERDOS

¡Qué tristeza profunda, qué vacío
Siente mi pecho! En vano
Corro la margen del callado río,
Que la celeste Lola
Al campo se partió. Mi dulce amiga,
¿Por qué me dejas? ¡Ay! Con tu partida,
En triste soledad mi alma perdida
Verá reabierta su profunda llaga,
Que adormeció la magia de tu acento.
El cielo, a mi penar compadecido,
De mi dolor la fiel consoladora
En ti me deparó: la vez primera
¿Te acuerdas, Lola? que los dos vagamos
Del Yumurí tranquilo en la ribera,
Me sentí renacer: el pecho mío
Rasgaban los dolores.
Una beldad amable, amante, amada
Con ciego frenesí, puso en olvido
Mi lamentable amor. Enfurecido
Torvo, insociable, en mi fatal tristeza
Aun odiaba el vivir: desfiguróse
A mis lánguidos ojos la Natura;
Pero vi tu beldad por mi ventura,
Y ya del sol el esplendor sublime
Volvióme a parecer grandioso y bello:
Volví a admirar de los paternos campos
El risueño verdor. Sí; mis dolores
Se disiparon como el humo leve,
De tu sonrisa y tu mirar divino
Al inefable encanto.
¡Ángel consolador! yo te bendigo
Con tierna gratitud: ¡cuán halagüeña
Mi afán calmaste! De las ansias mías,
Cuándo serena y plácida me hablabas,
La agitación amarga serenabas,
Y en tu blando mirar me embebecías.

¿Por qué tan bellos días
 Fenecieron? ¡Ay Dios! ¿Por qué te partes?
 Ayer nos vió este río en su ribera
 Sentados a los dos, embebecidos
 En habla dulce, y arrojando conchas
 Al líquido cristal, mientras la luna
 A mi placer purísimo reía,
 Y con su luz bañaba
 Tu rostro celestial. Hoy solitario,
 Melancólico y mustio errar me mira
 En el mismo lugar, quizá buscando
 Con tierna languidez tus breves huellas.
 Horas de paz, más bellas
 Que las cavilaciones de un amante,
 ¿Dónde volásteis? Lola, dulce amiga,
 Dí, ¿por qué me abandonas
 Y encanta otro lugar tu voz divina?
 ¿No hay aquí palmas, agua cristalina
 Y verde sombra y soledad...? Acaso
 En vago pensamiento sepultada,
 Recuerdas ¡ay! a tu sensible amigo.
 ¡Alma pura y feliz! Jamás olvides
 A un mortal desdichado que te adora,
 Y cifra en ti su gloria y su delicia.
 Mas el afecto puro
 Que me hace amarte y hacia ti me lleva,
 No es el furioso amor que en otro tiempo
 Turbó mi pecho; es amistad.

Doquiera

Me seguirá la seductora imagen
 De tu beldad. En la callada luna
 Contemplaré la angelical modestia
 Que en tu serena frente resplandece;
 Veré en el sol tus refulgentes ojos;
 En la gallarda palma, la elegancia
 De tu talle gentil: veré en la rosa
 El purpúreo color y la fragancia
 De la boca dulcísima y graciosa,
 Do el beso del amor riendo posa;
 Así doquiera miraré a mi dueño,
 Y hasta las ilusiones de mi sueño
 Halagará su imagen deliciosa.

Mayo 1822.
 Ed. 1832.

En esta versión, después del verso: "En triste soledad mi alma perdida", continúa así:

Sólo gemir sabrá. La antigua llaga
 Abriráse otra vez entre mi pecho.
 Y del dolor la enfurecida mano
 La volverá a rasgar. Querida amiga,
 Tú mi dolor y mi tormento insano
 Supiste consolar: la dulce magia
 De tu divino hablar, de tu sonrisa,
 A mi pecho llagado, aridecido,
 Fué bálsamo feliz. La hermosa fuente
 Del sentimiento en mí sentí reabrirse,
 Y en dulce llanto se mojó mi pecho.
 El Cielo a mi penar, etc.

En *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto 1829, en un trabajo de José Antonio Saco, titulado *Observaciones acerca de juicio crítico sobre las poesías de Heredia por D. Ramón de la Sagra*, y en la p. 377, aparecieron tres fragmentos de la versión de 1825: desde: "Qué tristeza insufrible, qué vacío", hasta: "Al campo se partió"; de: "Torvo, insociable, en mi fatal tristeza" a "El mismo verdor, etc."; de "Ayer nos vió este río en su ribera" a "Con tierna languidez tus breves huellas".

Con muy ligeras variantes al texto de 1832, figura esta versión en el volumen de *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, pliegos 11-12, con 77 versos, y dos tachados. Entre el penúltimo y el último verso aparece, tachado, el siguiente:

Do entre tanta hermosura descollabas.

No olvidó Heredia a Lola, su inspiradora. He aquí lo que dijo él de ella en otra carta a Silvestre Alfonso, de México, mayo 20, 1827:

La noticia que me das del casamiento de Lola, aunque me ha interesado bastante, no me ha hecho la impresión que tú te figurarías al escribirmela. Siempre creí que si *Felipillo* instaba, sería el poseedor final de ese tesoro, por lo mismo que está destituido de las cualidades brillantes y peligrosas que dan más encanto, pero menos estabilidad a las pasiones más fuertes de los que tenemos almas novelescas y exaltadas. En fin, pues Dios se la dió, S. Pedro se la bendiga. Sean buenos casados, y sólo viva ya la *Diosa del Yumuri* en los versos que me inspiró su hermosura en los días ardientes y serenos de 1822.

EL DESAMOR

¡Salud, noche apacible! ¡Astro sereno.
Bella luna, salud! Ya con vosotras
Mi triste corazón de penas lleno
Viene a buscar la paz. Del sol ardiente
El fuego me devora;
Su luz abrasadora
Acabará de marchitar mi frente.
Sola tu luz ¡oh luna! pura y bella,
Sabe halagar mi corazón llagado,
Cual fresca lluvia el ardoroso prado.
Hora serena en la mitad del cielo
Ríes a nuestros campos agostados
Bañando su verdura
Con plácida frescura.
Calla toda la tierra, embebecida
En mirar tu carrera silenciosa;
Y sólo se oye la canción melosa
Del tierno rui señor, o el importuno
Grito de la cigarra: entre las flores
El céfiro descansa adormecido;
El pomposo naranjo, el mango erguido
Agrupados allá, mi pecho llenan
Con el sublime horror que en torno vaga
De sus copas inmóviles. Unidas
Forman entre ellas bóveda sombrosa,
Que la tímida luna con sus rayos
No puede penetrar. Morada fría,
De grato horror y oscuridad sombría,
A tí me acojo, y en tu amigo seno
Mi tierno corazón sentiré lleno
De agradable y feliz melancolía.

Calma serenidad, que enseñoreas
 Al Universo, dí, ¿por qué en mi pecho
 No reinas ¡ay! también? ¿Por qué agitado,
 Y en fuego el rostro pálido abrasado,
 En tan profunda paz solo suspiro?

Esta llama volcánica y furiosa
 Que arde en mi corazón, ¡cuál me atormenta
 Con estéril ardor...! ¿Nunca una hermosa
 Por fin será su delicioso objeto?
 ¡Cuán feliz seré entonces! Encendido
 La amaré, me amaré, y amor y dicha...
 ¡Engañosa esperanza! Desquerido,
 Gimo triste, anhelante,
 Y abrasado en amor, no tengo amante.

¿No la tendré jamás...? ¡Oh, si encontrara
 Una mujer sensible que me amara
 Cuanto la amase yo, cómo en sus ojos
 Y en su blanda sonrisa miraría
 Mi ventura inmortal! Cuando mi techo
 Estremeciese la nocturna lluvia
 Con sus torrentes férvidos, y el rayo
 Estallara feroz, ¡con qué delirio
 Yo la estrechara a mi agitado pecho
 Entre la convulsión de la Natura,
 Y con ella partiera
 Mi exaltado placer y mi locura!
 ¡O en la noche serena
 Los aromas del campo respirando,
 En su divino hablar me embebeciera;
 En su seno mi frente reclinando,
 Palpitar dulcemente le sintiera;
 Y envuelto en languidez abrasadora,
 Un beso y otro y mil la diera ardiente,
 Y al agitado seno la estrechara,
 Mientras la luna en esplendor bañara
 Con un rayo de luz su tersa frente...!

¡Oh sueño engañoso y delicioso!
 ¿Por qué mi acalorada fantasía
 Llenas de tu ilusión? La mano impía
 De la suerte crüel negó a mi pecho
 La esperanza del bien: sólo amargura
 Me guarda el mundo ingrato,
 Y el cáliz del dolor mi labio apura.

Marzo 1822.

Ed. 1832.

El Revisor Político y Literario, La Habana, 31 marzo 1823, p. 6.

Ed. 1825. 77 versos.

Es curioso observar que en la versión del *Revisor* decía el poeta: "Sola tu luz, ¡oh luna! dulce y pura", verso que criticó *Dorilo* (Manuel González del Valle) en el mismo *Revisor*, No. 16, 7 abril 1823, p. 8, con estas palabras: "Heredia llama *dulce* la luz de la luna ¡Qué paladar!" Y el verso apareció modificado así: "Sola tu luz ¡oh luna! pura y bella", en las ed. de 1825 y 1832.

En el Museo Nacional de La Habana, y con el No. 2,274, existe un manuscrito de Heredia, que es copia de esta poesía, con algunas ligeras variantes de estilo, casi todas iguales a las que presenta la ed. de 1825.

EL CONSUELO

¡Cómo, idolatrada mía,
Cuando la noche agradable
A tus brazos me conduce,
Gimes triste y anhelante?
Están ajadas y mustias
Las rosas de tu semblante,
Y en desorden tempestuoso
Trémulo tu seno late.
En vano con tu sonrisa
Pretendes ¡ay! halagarme;
Triste y amarga sonrisa,
Que no puede fascinarme.
¡Yo estar gozoso y tranquilo,
Cuando padece mi amante!
¡Oh! fuera, si lo estuviese,
El más vil de los mortales.
No, mujer idolatrada;
Conmigo tus penas parte,
Y llorarás en mi seno,
Y el llanto sabrá aliviarte.
De esta luna silenciosa
A la luz grata y suave,
Al susurro de las hojas,
Que leve céfiro bate,
De tierna melancolía.
Siento el corazón llenarse
Y la voz oír me parece
De mi malogrado padre.
Un año ha que al frío sepulcro
Me llevaban los pesares,
Y mi juventud robusta
Cual flor sentí marchitarse.

Fatigábame la vida;
 Y al ver la huesa delante,
 Quise abreviar mis dolores,
 Y en ella precipitarme.
 ¡Ay! si hubiera ejecutado
 Mis proyectos criminales,
 Ni gozara de tu vista,
 Ni de tu amor inefable.
 ¡Angel de paz! Dios piadoso
 Te destinó a consolarme...
 ¿Cómo el hacer mi ventura
 A la tuya no es bastante?
 Deja, adorada, que el tiempo
 La región impenetrable
 Del porvenir nos descubra,
 Y no angustiosa te afanes.
 ¿De la tórtola no escuchas
 El arrullo lamentable,
 Que en noche tan calma y pura
 Dulce resuena en los aires?
 El manda amor: ven, querida,
 Y entre mis brazos amantes,
 Olvida en tierno delirio
 Los cuidados y pesares.

1822.

Ed. 1832.

Ed. 1825.

La versión de 1825 presenta sólo muy ligeras variantes de estilo. Por ejemplo: el primer verso dice: “¡Ay! ¿Por qué, adorada mía”, y el penúltimo: “Olvida, como yo olvido”.

En el volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, que se conserva en la Biblioteca Nacional, al pliego 13, aparece, de puño y letra del poeta, otra versión que comienza como la de 1825 y contiene algunas, pero no todas las mismas variantes. Es como una lección intermedia entre una y otra. En ella, el penúltimo verso dice: “Olvida en tierno deliquio”. Tiene 56 versos.

EN MI CUMPLEAÑOS

Gustavi... paululum mellis, et ecce morior.

1. REG XIV. 43.

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados
Ya diez y nueve abriles desde el día
Que me viera nacer, y en pos volaron
Mi niñez, la delicia y el tormento
De un amor infeliz...

Con mi inocencia

Fuí venturoso hasta el fatal momento
En que mis labios trémulos probaron
El beso del amor... ¡beso de muerte!
¡Origen de mi mal y llanto eterno!
Mi corazón entonces inflamaron
Del amor los furoros y delicias,
Y el terrible huracán de las pasiones
Mudó en infierno mi inocente pecho,
Antes morada de la paz y el gozo.
Aquí empezó la bárbara cadena
De zozobra, inquietudes, amargura,
Y dolor inmortal a que la suerte
Me ató después con inclemente mano.
Cinco años ha que entre tormentos vivo,
Cinco años ha que por doquier la arrastro,
Sin que me haya lucido un solo día
De ventura y de paz. Breves instantes
De pérfido placer no han compensado
El tedio y amargura que rebosa
Mi triste corazón, a la manera
Que la luz pasajera
Del relámpago raudo no disipa
El horror de la noche tempestuosa.

El insano dolor nubló mi frente,
 Do el sereno candor lucir se vía
 Y a mis amigos plácido reía,
 Marchitando mi faz, en que inocente
 Brillaba la expresión que Amor inspira
 Al rostro juvenil... ¡Cuán venturoso
 Fuí yo entonces ¡oh Dios! Pero la suerte
 Bárbara me alejó de mi adorada.
 ¡Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!
 ¡Oh beso del amor! Su faz divina
 Miré por el dolor desfigurada.
 Díjome: ¡adiós!: sus ayes
 Sonaron por el viento,
 Y: ¡adiós!, la dije en furibundo acento.

En Anáhuac mi fúnebre destino
 Guardábame otro golpe más severo.
 Mi padre, ¡oh Dios! mi padre, el más virtuoso
 De los mortales... ¡Ay! la tumba helada
 En su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo!
 Yo ví su frente pálida, nublada
 Por la muerte fatal... ¡Oh, cuán furioso
 Maldije mi existencia,
 Y osé acusar de Dios la Providencia!

De mi adorada en los amantes brazos
 Buscando a mi dolor dulce consuelo,
 Quise alejarme del funesto cielo
 Donde perdí a mi padre. Moribundo
 Del Anáhuac volé por las llanuras,
 Y el mar atravesé. Tras él pensaba
 Haber dejado el dardo venenoso
 Que mi doliente pecho desgarraba;
 Mas de mi patria saludé las costas,
 Y su arena pisé, y en aquel punto
 Le sentí más furioso y ensañado
 Entre mi corazón. Hallé perfidia,
 Y maldad y dolor...

Desesperado,
 De fatal desengaño en los furores,
 Ansié la muerte, detesté la vida:
 ¿Qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amores?
 Solo, insociable, lúgubre y sombrío,
 Como el pájaro triste de la noche,
 Por doce lunas el delirio mío
 Gimiendo fomenté. Dulce esperanza
 Vislumbróme después: nuevos amores,

Nueva inquietud y afán se me siguieron.
 Otra hermosura me halagó engañosa,
 Y otra perfidia vil. . . . ¿Querrá la suerte
 Que haya de ser mi pecho candoroso
 Víctima de doblez hasta la muerte?

¡Miseró yo! ¿y he de vivir por siempre
 Ardiendo en mil deseos insensatos,
 O en tedio insoportable sumergido?
 Un lustro ha que encendido
 Busco ventura y paz, y siempre en vano.
 Ni en el augusto horror del bosque umbrío,
 Ni entre las fiestas y pomposos bailes
 Que a loca juventud llenan de gozo,
 Ni en el silencio de la calma noche,
 Al esplendor de la callada luna,
 Ni entre el mugir tremendo y estruendoso
 De las ondas del mar hallarlas pude.
 En las fértiles vegas de mi patria
 Ansioso me espacié; salvé el Oceano,
 Trepé los montes que de fuego llenos
 Brillan de nieve eterna coronados,
 Sin que sintiese lleno este vacío
 Dentro del corazón. Amor tan sólo
 Me lo puede llenar: él solo puede
 Curar los males que me causa impío.

Siempre los corazones más ardientes
 Melancólicos son: en largo ensueño
 Consigo arrastran el delirio vano
 E impotencia crüel de ser dichosos.
 El sol terrible de mi ardiente patria
 Ha derramado en mi alma borrascosa
 Su fuego abrasador: así me agito
 En inquietud amarga y dolorosa.
 En vano, ardiendo, con aguda espuela
 El generoso volador caballo
 Por llanuras anchísimas lanzaba,
 Y su extensión inmensa devoraba,
 Por librarme de mí: tan sólo al lado
 De una mujer amada y que me amase
 Disfruté alguna paz. —Lola divina,
 El celeste candor de tu alma pura
 Con tu tierna piedad templó mis penas,
 Me hizo grato el dolor. . . . ¡Ah! vive y goza,
 Sé de Cuba la gloria y la delicia;

Pero a mí, ¿qué me resta, desdichado,
Sino sólo morir...?

Doquier que miro
El fortunado amor de dos amantes,
Sus dulces juegos e inocente risa,
La vista aparto, y en feroz envidia
Arde mi corazón. En otro tiempo
Anhelaba lograr infatigable
De Minerva la espléndida corona.
Ya no la precio: amor, amor tan sólo
Suspiro sin cesar, y congojado
Mi corazón se oprime... ¡Cruel estado
De un corazón ardiente sin amores!

¡Ay! ni mi lira fiel, que en otros días
Mitigaba el rigor de mis dolores,
Me puede consolar. En otro tiempo
Yo con ágiles dedos la pulsaba,
Y dulzura y placer en mí sentía.
Y dulzura y placer ella sonaba.
En pesares y tedio sumergido,
Hoy la recorro en vano,
Y sólo vuelve a mi anhelar insano
"Voz de dolor y canto de gemido".

31 diciembre 1822.
Ed. 1832.

Ed. 1825. *En el día de mi cumpleaños.* 182 versos.

En esta versión, después de: "y en pos volaron", dice:

Las risas, la inocencia y los solaces
De mi edad infantil, y las primicias,
Los goces y tormentos
De un amor infeliz.

¡Cuán venturoso

Hubiera sido yo, si no probara
La emponzoñada copa
Del deleite fatal!

Con mi inocencia

Tranquilo, satisfecho y sin deseos,
En juventud risueña yo vivía
Hasta el momento en que los labios míos
Trémulos ¡ay! probaron
El beso del amor, etc.

Después de: "El horror de la noche tempestuosa", la segunda estrofa comienza así:

Sí, la mano fatal de la desgracia
 Se asentó sobre mí. También un día
 Gozoso respiré: mi tersa frente,
 Donde la dulce paz de mi alma pura
 Con su hermoso candor lucir se vía,
 Y a mis amigos con placer reía,
 Arrugó del dolor la áspera mano.
 El destino inhumano
 Mi rostro amarilló, que antes brillaba
 Con la dulce expresión que amor inspira
 Al rostro juvenil... ¡Cuán venturoso
 Fui yo entonces ¡oh Dios! ¡Cómo encantaba
 Un amor infeliz mi tierno pecho!
 ¿Por qué volaron las fugaces horas
 De mi gloria y placer...? Cruel, inflexible,
 La suerte me arrancó de mi adorada.
 Despedida fatal, etc.

Después de "¡Oh, cuán furioso", en vez de los dos versos finales de la estrofa, dice:

Maldije entonces mi existir. ¡Oh! nunca
 El triste fin de las personas que amo
 Me vuelva a atormentar! ¡Antes el llanto
 De mi triste familia y mis amigos
 El polvo riegue de mi tumba yerta!

En vez de: "De mi adorada en los amantes brazos", etc., dice:

Desesperado y delirante entonces
 Quise apartarme del funesto clima
 Donde dolor y muerte
 Miraba por doquier: de mi adorada
 En el seno amoroso hallar creía
 Consuelo a mi dolor. Enfurecido
 Corrí del Anahuac por las llanuras,
 Y el Oceano salvé: tras él pensaba, etc.

Después de: "Entre mi corazón", continúa así:

Busqué consuelos,
 Y hallé traiciones, y falaz perfidia,
 Y maldad y dolor...
 Desesperado, etc.

Después de "Brillan de nieve eterna coronados":

Vi tronar a mis piés las tempestades;
Vi el Orizaba altísimo, que esconde
Entre las nubes la soberbia frente,
Sin que sintiese, etc.

En vez de "Lola divina", etc., termina así la estrofa:

¡Oh Lola, Lola, deliciosa amiga!
Mi sensible amistad y mi cariño
Nunca te olvidarán: tu amable trato,
Y tu hechicera y plácida sonrisa,
Y la beidad de tu alma candorosa,
Me dejarán recuerdos dulces, puros,
Inocentes cual tú, mientras yo exista.
Tu tierna voz sonando en mis oídos
Mil veces disipó mis crudas penas.
¡Ah! vive y goza, idolatrada amiga,
Y sé de nuestro suelo venturoso
La gloria, el ornamento y las delicias.
Pero a mí, ¿qué me resta, desdichado,
Sino sólo morir? La tumba fría
Es el único puerto asegurado
Contra el furor de las pasiones locas,
De la negra maldad y el torpe vicio.
En el sepulcro, de silencio eterno
Y soledad cercado,
Descansa el hombre al fin: sólo el malvado
Teme a la eternidad.

Doquier que miro, etc.

Después de "y dulzura y placer ella sonaba", en vez de los últimos cuatro versos, aparecen los siguientes:

¡Infelice de mí...! Dulces amigos,
Venid, y ved las penas que me afligen:
Vuestra tierna amistad puede aliviarlas.
¡Ah! sí, venid, y con amantes lazos
A mí estrechados en cariño eterno,
Templaré mi dolor en vuestros brazos.

En el Museo Nacional de La Habana, y con el No. 2,275, existe una copia de esta composición, manuscrita de Heredia, casi en todo semejante a la versión de 1832, salvo ligeras variantes de estilo.

LOS RECELOS

*Los tibios no temen:
¡infelices ellos...!*

MELÉNDEZ.

¿Por qué, adorada mía,
Mudanza tan crüel? ¿Por qué afanosa
Evitas encontrarme, y si te miro,
Fijas en tierra lánguidos los ojos,
Y triste amarillez nubla tu frente?
¡Ay! ¿dó volaron los felices días
En que risueña y plácida me vías,
Y tus ardientes ojos me buscaban,
Y de amor y placer me enajenaban?

¿Cuántas veces en medio de las fiestas,
De una fogosa juventud cercada,
Me aseguró de tu cariño tierno
Una veloz, simpática mirada!
Mi bien, ¿por qué me ocultas
El dardo emponzoñado que desgarras
Tu puro corazón?... Mira que llenas
Mi existencia de horror y de amargura:
Díme, díme el secreto que derrama
El cáliz del dolor en tu alma pura.
Mas, ¿aún callas? ¡Ingrata! Ya comprendo
La causa de tu afán: ya no me amas,
Ya te cansa mi amor... ¡No, no; perdona!
Habla y házme feliz... ¡Ay! yo te he visto,
La bella frente de dolor nublada,
Alzar los ojos implorando al cielo.
Yo recogí las lágrimas que en vano
Pretendiste ocultar; tu blanca mano

Estreché al corazón lleno de vida
 Que por tu amor palpita, y azorada
 Me apartaste de tí con crudo ceño;
 Volví a coger tu mano apetejada,
 Sollozando a mi ardor la abandonaste,
 Y mientras yo ferviente la besaba,
 Bajo mis labios áridos temblaba.
 ¿Te fingirás acaso
 Delito en mi pasión? Hermosa mía,
 No temas al amor: un pecho helado
 Al dulce fuego del sentir cerrado,
 Rechaza la virtud, a la manera
 De la peña que en vano
 Riega en torrentes la afanosa lluvia,
 Sin que fecunde su fatal dureza;
 Y el amor nos impone
 Por ley universal Naturaleza.

Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas
 Que yo marchite con aliento impuro
 Tu virginal frescor. ¡Ah! ¡te idolatro...!
 Eres mi encanto, mi deidad, mi todo.
 ¡Único amor de mi sencillo pecho!
 Yo bajara al sepulcro silencioso
 Por hacerte feliz... Ven a mis brazos,
 Y abandónate a mí; ven y no temas:
 La enamorada tórtola tan sólo
 Sabe aqúeste lugar, lugar sagrado
 Ya de hoy más para mí... ¿Su canto escuchas,
 Que en dulce y melancólica ternura
 Baña mi corazón...? Déjame, amada,
 Sobre tu seno descansar... ¡Ay! vuelve.
 Tu rostro con el mío
 Une otra vez, y tus divinos labios
 Impriman a mi frente atormentado:
 El beso del amor... Idolo mío,
 Tu beso abrasador me turba el alma:
 Toca mi corazón, cuál late ansioso
 Por volar hacia tí... Deja, adorada,
 Que yo te estreche en mis amantes brazos
 Sobre este corazón que te idolatra.
 ¿Le sientes palpitar? ¿Ves cuál se agita
 Abrasado en tu amor? ¡Pluguiera al Cielo
 Que a ti estrechado en sempiterno abrazo
 Pudiese yo expirar...! ¡Gozo inefable!

Aura de fuego y de placer respiro;
 Confuso me estremezco:
 ¡Ay! mi beso recibe... yo fallezco...
 Recibe, amada, mi postrer suspiro.

Ed. 1832.

El Revisor Político y Literario, La Habana, 7 julio 1823, p. 6.

Ed. 1825. 96 versos.

En estas dos ediciones, después de "Una veloz, simpática mirada", aparecen los versos siguientes:

Mas cuanto entonces de placer sintiera,
 Hoy siento de dolor... Amada mía,
 ¿Temes acaso dividir tus penas
 Con tu amante infeliz? ¿Por qué me ocultas, etc.

Después de "Ya te cansa mi amor", dice así:

Por eso me huyes,
 O a tu pesar escuchas mis palabras
 Con tibio corazón y faz esquiva,
 Y los remordimientos vengadores
 Son los que agitan tu perjuro pecho...
 Mas, no; perdona, amada: ¿yo insultarte?
 ¿Yo dudar de tu fe...? ¡Nunca...! Mas, oye:
 Por tu beldad, por nuestro amor te ruego
 Que calmes mi inquietud. Yo, yo te he visto, etc.

Después de: "Sin que fecunde su fatal dureza", en vez de los dos versos finales de la estrofa aparecen éstos:

¿Y ésta es no más de tu dolor la causa?
 ¡Yo bendigo al amor...! ¿Conque gemías
 Porque obligada a odiarme te creías?

Después de "Por hacerte feliz", se agrega:

¿Cómo pudiera
 Tu desdicha labrar...? Ven a mis brazos

Después de: "Que en dulce y melancólica ternura", continúa así:

Baña mi corazón enamorado?
 Déjame descansar sobre tu seno
 De la ansiosa inquietud que me causara
 Tu obstinado silencio. Hermosa, ¡ay! torna...!
 Inclinando tu faz sobre la mía,
 Con tus labios dulcísimos y puros
 Vuelve, imprime a mi frente atormentada
 El beso del amor... Yo te bendigo,
 Mi ángel consolador... No me abandones
 O expirar me verás... Idolo mío, etc.

La lección publicada en *El Revisor* es, como se ve, muy semejante a la de 1825. Pero en vez de "en tu fatal silencio", dice "en negar la verdad?"; más adelante faltan las frases:

Ven a mis brazos,
 Y abandónate a mí.

Después de: "Veñ y no temas", dice:

Hija de los amores, no me ocultes
 Tu halagüeña beldad: deja ese velo
 Que agrada a tu pudor:

Y después de: "O expirar me verás", agrega:

¿Hay en la tierra
 Un mortal más feliz? Idolo mío, etc.

Esta poesía figura en el libro de *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, existente en la Biblioteca Nacional. El texto presenta muy ligeras variantes con el de 1832, y se halla en los pliegos 8-9 del volumen. Tiene esta versión 75 versos.

EL CONVITE

Ven a mi ardiente seno,
Deliciosa beldad, ven: cariñosa
Ciñe tus brazos de mi cuello en torno,
Y bésame otra vez... Al contemplarte
Huyen mis penas, como niebla fría
Del sol... Mírame, hermosa,
Y Amor aplauda con festiva risa,
Batiendo alegre las divinas palmas.
¡Mil veces infeliz el que no sabe
Como Fileno amar! Su árido pecho,
Cerrado a la alma voz de la Natura,
Nunca supo gozar de sus favores;
Y muy más infeliz quien no ha gozado
Una amante cual tú, cuya ternura
En su pecho abrasado
Funde trono inmortal a sus amores.

Tú, adorada, mi llanto enjugaste,
Consolando mi grave dolor:
Adoré tu beldad, me pagaste,
Y bendigo feliz al Amor.

Mas ¡qué! ¿sobre mis hombros te reclinas,
Y tu cabello ondoso
Cubre mi frente? La nevada mano
Dame... ¿La mano mía
Estrechas con la tuya,
Y me juras amor, y en él me inflamas
Con lánguido mirar...?

¡Oh dulce amiga!
Con fiel cariño conservar juremos
Puro, constante amor. Ven, y sellemos
Nuestro blando jurar con mil caricias...!

Nunca fuí tan feliz: no devorado
 Me siento del amor ciego, furioso,
 En que abrasó mi pecho una perjura,
 Menos bella que tú, menos amable.
 ¡Pérfida! ¡me vendió...! ¡Yo que rendido
 Por siempre la adoré...! Lejos empero
 Memoria tan fatal... Ven, ¡oh querida!
 Sienta yo palpitar bajo mi mano
 Tu corazón, y extático te escuche
 Suspirar de placer entre mis brazos;
 Y que al mirarte lánguido, me brindes
 A coger en tus labios regalados
 El dulce beso en que el amor se goza;
 Y que al cogerlo, en tus divinos ojos
 Mi ventura y tu amor escritos mire,
 Y te bese otra vez, y luego expire.

Ed. 1832.

El Revisor Político y Literario, La Habana, núm. 58, julio 14,
 1823, p. 7.

Ed. 1825. 53 versos.

Indicador Federal, México, t. II, núm. 164, 25 agosto, 1825, p. 4,
 54 versos.

La lección de 1825 comienza así:

Llega, llega a mis brazos,
 Objeto amable, que encantar supiste
 Mi tierno corazón: con faz serena
 Tiende tus brazos de mi cuello en torno
 Y bésame otra vez... ¡Oh! cuánto el alma
 Se llena de placer! ¡Cómo al mirarte
 Huyen mis penas, cual la niebla fría
 Al relucir del sol...! Nunca, ¡oh amada!
 Nunca podrá olvidar el alma mía
 Tu beldad y tu amor... Mirame, hermosa,
 Y que otra vez al contemplar mi gloria
 Aplauda Amor entre festiva risa, etc.

Después de: "Tú, adorada, mi llanto enjugaste", dice:

Consolando mi amargo dolor:
 Yo adoré tu beldad, tú me amaste
 Y aplaudió nuestras dichas Amor.

Después de: “¡Oh dulce amiga!”, la estrofa termina así:

Una vez, y otra, y mil los dos juremos
No olvidarnos jamás. Ven y sellemos
Nuestro ardiente jurar con mil caricias...

Después de: “Lejos empero memoria tan fatal”, agrega:

De hoy más la olvido
Por adorarte a ti... Ven ¡oh querida!, etc.

La versión publicada en *El Revisor* es idéntica a la del *Indicador Federal*, cuya copia debemos a la amabilidad del Dr. Manuel G. Garófalo Mesa. Ambas son iguales a la de la ed. de 1825, con sólo estas variantes: En el tercer verso, en vez de “faz serena”, dice “faz risueña”. En vez de: “En su pecho abrasado”, dice:

En su pecho feliz, antes llagado.

En vez de: “Oh dulce amiga”, dice:

Torna, ¡oh hermosa!
Torna ya, por tu vida,
Y una vez y otras mil los dos juremos
No olvidarnos jamás... Ven y sellemos
Nuestro blando jurar con mil caricias.

En el volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, existente en la Biblioteca Nacional, al pliego 7, aparece otra versión de esta poesía, casi igual, con ligeras variantes, a la de 1832; sólo que dice, como la de 1825: “Una vez, y otra, y mil los dos juremos”, etc. Tiene 46 versos.

LA RESOLUCIÓN

¿Nunca de blanda paz y de consuelo
Gozaré algunas horas? ¡Oh terrible
Necesidad de amar...!

Del Oceano

Las arenosas y desnudas playas
Devoradas del sol de mediodía,
Son imagen terrible, verdadera
De mi agitado corazón. En vano
A ellas el padre de la luz envía
Su ardor vivificante, que orna y viste
De fresca sombra y flores el otero.
Así el amor, del mundo la delicia,
Es mi tormento fiero.
¿De qué me sirve amar sin ser amado?

Angel consolador, a cuyo lado
Breves instantes olvidé mis penas,
Es fuerza huir de tí: tú misma diste
La causá... Me estremezco... Alma inocente,
¡Ay! curar anhelabas las heridas
Que yo desgarré con furor demente.
La furia del amor entró en mi seno
Y el dulzor amargó de tus palabras,
Y el bálsamo feliz tornó veneno.

Me hablabas tierna: con afable rostro
Y con trémulo acento
La causa de mi mal saber querías,
Y la amargura de las penas mías
Templar con tu amistad. ¡Cuánto mi pecho
Palpitaba escuchándote...! Perdido,
A feliz ilusión me abandonaba,
Y de mi amor el mísero secreto
Entre mis labios trémulos erraba.

Alcé al oírte la abatida frente,
 Y te miré con ojos do brillaba
 La más viva pasión... ¿No me entendiste?
 ¿No eran bastantes ¡ay! a revelarla
 Mi turbación, de mi marchito rostro
 La palidez mortal...? ¡Mujer ingrata,
 Mi delirio crüel te complacia...!
 ¡Ay! nunca salga de mi ansioso pecho
 La fatal confesión: si no me amas,
 Moriré de dolor, y si me amases...
 ¡Amarme tú! Yo tiemblo... Alma divina,
 ¿Tú amar a este infeliz, que sólo puede
 Ofrecerte su llanto y la tibieza
 De un desecado corazón? ¿Tú, bella
 Más que la luna si en el mar se mira,
 Unirte a los peligros y pesares
 De este triste mortal...? ¡Jamás! —Huyamos
 De su presencia, donde no me angustie
 Su injuriosa piedad...

¡Adiós! Yo quiero
 Ser inocente, y no perderte... Amiga,
 Amiga deliciosa, nunca olvides
 Al mísero Fileno, que a tu dicha
 Sacrifica su amor: él en silencio
 Te adorará, gozándose al mirarte
 Tan feliz como hermosa,
 Mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.

Agosto 1823.

Ed. 1832.

Ed. 1825. 60 versos.

En esta versión después de “¡Oh terrible necesidad de amar!”,
 se agrega: “¡Cuál atormentas mi espíritu infeliz...! Del Oceano”,
 etc.; y después de: “la causa...” continúa:

Aun me estremezco... ¿No te acuerdas
 De la tarde de ayer? Alma inocente, etc.

A RITA L

¡Ay! ¿es verdad? ¿La delicada mano
 Que al dulce beso del amor convida,
 Y en sed inflama el anhelante labio,
 Mis versos escribió; y este consuelo
 Al insano pesar que me devora
 Guardaba el justo Cielo?
 ¡Encantadora joven! Más ufano
 Con favor tan precioso
 Que con su vil poder el ambicioso,
 Bendigo tu amistad, y satisfecho,
 Por nada trocaría
 Mi humilde lira y mi sensible pecho.

Tal vez mientras su mano regalada
 Mis venturosos versos escribía,
 Allá en su alma agitada
 Mi destino infeliz compadecía,
 Y un suspiro, una lágrima preciosa
 A mí se consagró... Dulces delirios,
 ¡Ay! no me abandonéis: goce en idea
 Lo que la dura suerte me ha vedado
 Conseguir... Sí, gustoso
 Con la mitad de mi existencia triste
 Comprara el bello instante
 En que expresión divina de ternura
 Me halagase en tu cándido semblante.

¿Y condenado a perennal tormento
 Siempre habré de vivir? ¿Nunca mis ojos
 En otros ojos hallarán ardiendo
 La llama del amor? ¿Hasta la muerte
 Gemiré, de mis bárbaros pesares
 Y tedio insoportable combatido?
 ¿No habrá un pecho clemente
 Que simpatice en su cariño ardiente
 Con este joven triste y desquerido?

Papel precioso, entre las prendas mías
 Ocupa tu lugar: mil y mil veces
 Mis labios encendidos
 Sobre ti buscarán la dulce huella
 De la mano ligera y delicada
 Que se dignó escribirte: si la suerte
 Me oprime despiadada,
 Tú mi alivio serás: al contemplarte,
 Mil plácidos recuerdos
 Me llenarán el alma
 De celestial consuelo.
 Cuando la muerte con funesto vuelo
 Tienda sus alas en mi triste frente,
 Recibirás sobre mi yerta boca
 Mi último beso y mi postrer suspiro.

Octubre 1823.

Ed. 1832.

Ed. 1825. *A una señorita que sacó copia de una de mis poetas para regalármela.* 55 versos.

En esta lección, después de: “Al insano pesar que me devora”, se agrega:

Y el cáliz del dolor vierte en mi vida.

En vez de “Encantadora joven”, dice el nombre que no aparecía en el título: “Encantadora Rita”. Después de: “Con favor tan precioso”, termina:

Con favor tan precioso
 Que con su alto poder el ambicioso,
 Yo te bendeciré: con noble orgullo,
 De mis humildes versos satisfecho,
 Por nada en este instante trocaría
 Mi simple lira y mi sensible pecho.

Después de: “Mi destino infeliz compadecía”, sigue así:

Y al contemplar de mi alma la amargura,
 Moviído de dulcísima ternura,
 Palpitó su albo seno,
 Y un suspiro piadoso,
 Y una preciosa lágrima en sus ojos
 A mí se consagró... Gratos delirios, etc.

Y entre otras variantes ligeras, en vez de: "Con este joven triste y desquerido", dice:

Con este Heredia triste y desquerido?

Y en vez de: "Mil plácidos recuerdos", dice:

Mil recuerdos de gloria en mí excitados.

Existe en la Biblioteca Nacional, en los pliegos 9-10 del volumen titulado *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, una versión de ésta, semejante a la de 1832, salvo dos variantes, una igual y otra parecida a las de 1825. Son las siguientes: Después de: "Mi destino infeliz compadecía", dice:

Y al contemplar de mi alma la amargura,
Palpitó su albo seno con ternura,

que aparecen tachados después.

Y más adelante:

Si la suerte
Quiere oprimirme injusta y despiadada.

Rita L es Rita Lamar, de Matanzas. Según datos que no hemos logrado comprobar, su segundo apellido era Portilla, y murió muy joven, y soltera. Parece que estuvo a punto de casarse con José Gertrudis Pinzón, amigo de Heredia, según carta de éste a su tío Ignacio, de Nueva York, octubre 8 de 1824.

Esta versión tiene 49 versos.

RENUNCIANDO A LA POESÍA

Fué tiempo en que la dulce poésía
El eco de mi voz hermosëaba,
Y amor, virtud y libertad cantaba
Entre los brazos de la amada mía.

Ella mi canto con placer oía;
Caricias y placer me prodigaba,
Y al puro beso que mi frente hollaba,
Muy más fogosa inspiración seguía.

¡Vano recuerdo! En mi destierro triste
Me deja Apolo, y de mi mustia frente
Su sacro fuego y esplendor retira.

Adiós ¡oh Musa, que mi gloria fuiste!
Adiós, amiga de mi edad ardiente:
El insano dolor quebró mi lira.

Boston, diciembre 1823.
Ed. 1832.

Ed. 1825.

El Aguila Mexicana, México, 23 octubre 1825. Copia de M.
G. Garófalo Mesa.

En estas dos primeras versiones, el primer verso dice:

Tiempo fué en que la dulce poésía

El segundo del segundo cuarteto:

Con sus tiernas caricias me pagaba,

El primero del segundo terceto:

Adiós ¡oh Musa, que mi encanto fuiste!

Y el último de la composición:

La mano del dolor quebró mi lira.

Son las únicas variantes.

En *El Aguila Mexicana* apareció con un editorial de Lorenzo Zavala titulado *Literatura*, en el que se reproducía también *Al alzamiento de los griegos contra los turcos en 1821* y terminaba así:

Concluiremos nuestro artículo con el soneto que sigue, que consideramos como una muestra de la sensibilidad de Heredia.

LA LÁGRIMA DE PIEDAD

¡Cómo exalta y diviniza
El rostro de la hermosura
La expresión celeste y pura
De la sensibilidad!

¡Cuán extático, mi amiga,
Tu semblante contemplaba,
Cuando en tus ojos temblaba
La lágrima de piedad!

Grata es la luz apacible
Que occidente nos envía
Cuando al expirante día
Sépulta la eternidad.

Del crepúsculo es la hora
Grata al alma pensativa;
Pero muy más la cautiva
La lágrima de piedad.

Ved a la virgen amable
Cuanto más bella se ostenta
Si al pobre anciano alimenta
Con modesta caridad.

¡Y lo niega ruborosa!
¿Es un ángel o una bella...?
¡Ved...! en sus ojos centella
La lágrima de piedad.

El delicioso rocío
Que vierte nocturno cielo,
Llanto es, y al árido suelo
Torna frescura y beldad.

Cuajado sobre las flores,
¡Cómo en la luz resplandece!
Pero su brillo oscurece
La lágrima de piedad.

¡Cuánto es horrible la vida
Al que ama desesperado!
¡Cómo del objeto amado
Le atormenta la beldad!
¡Una lágrima...! Bendigo
Todo el rigor de mi suerte...
¿Es el amor quien la vierte,
o es lágrima de piedad?

¡Oh mi bien! ¡Ay...! No te ofenda
El escuchar que te adoro:
Nos divide, no lo ignoro,
Tirana desigualdad.
Nada exijo... ¿Por ventura
Deberás negar impía
A la triste pasión mía
Lágrimas ¡ay! de piedad?

Ed. 1832.

Ed. 1825. Igual número de versos. Muy ligeras variantes.

ATALA

Desde que te miré, joven hermoso,
Sentado a par de la luciente hoguera,
Por mis venas corrió fuego dichoso,
Que no puedo explicar. ¡Quién a tu lado
Siempre vivir pudiera,
Y consolar tus males,
Y tu gozo partir! ¡Fuérame dado
Romper osada tu cadena dura,
Y en la profundidad de los desiertos
Gozar contigo sin igual ventura!
Mas ¡ay! no la gozara, que al mirarte
Me siento estremecer: quédanse yertos
Mis miembros todos, y azorado late
Mi corazón en el ansioso pecho.
¡Cuán extraña es mi suerte!
En tu presencia tiemblo, y si te partes
Ansío, me agito por volver a verte.

Al punto que te miro,
Gallardo prisionero,
Huir de tu vista quiero,
Y no te puedo huir.
Con languidez suspiro
Al verte que suspiras,
Y lánguido me miras,
Y pienso yo morir.

Ayer tarde le vi junto a la fuente
A mi lado correr: temblé, y ardiente
Estrechando mi mano, así me dijo:
“Desde que te miré la vez primera,
“El sueño huyó de mis ardientes ojos.

“La memoria feliz de tu hermosura
 “En mi pecho se iguala
 “Con la memoria dulce y lisonjera
 “De la cabaña en que nací... ¡Oh Atala!
 “Mal puede responder a tus amores
 “Un corazón que aguarda los horrores
 “del suplicio fatal...”

¡Cielos! mi amado

Sin mí perecerá... Salvarle es fuerza,
 Y en su fuga seguirle...
 ¿Qué han menester los hijos de los bosques
 Para vivir? En su follaje verde
 Felice techo nos dará la encina.
 Saldrá el brillante sol, y a par sentados
 Al margen de torrente bullicioso,
 Veremos con placer su luz divina.
 O a la sombra de un álamo frondoso,
 Los dos triscando en deliciosa fiesta,
 Miraremos pasar la ardiente siesta,
 Y él me dirá palabras misteriosas,
 Y yo responderé con tierno acento:
 “¡Oh Chactás! ¡oh mi amor! Tu bello rostro
 “Es más grato de Atala al blando pecho
 “Que la sombra del bosque a mediodía,
 “O los silbidos del furioso viento,
 “Cuando sacuden la cabaña mía
 “En medio de la noche silenciosa.”
 Así diré: me estrecharán sus brazos,
 Me llamará su esposa;
 Y escuchará el desierto mis amores,
 Y alegres repitiendo el canto mío,
 “Chactás y Atala” volverá la selva,
 “Chactás y Atala”, el resonante río.

¡Oh placer sin igual...! Pero mi madre...
 ¡Oh memoria de horror! ¡Funesto lazo!
 ¡Oh temerario voto detestable!
 ¡Ay! la sombra implacable
 De mi madre infeliz doquier me sigue,
 Y en pavorosa voz me anuncia muerte.
 Yo no la temo, no: venga, termine
 El horror de mi suerte.
 Evítame ¡ay! el bárbaro martirio
 De adorar a Chactás, y abandonarle.

¡Abandonarle! ¡Oh Dios! El blanco lirio
 Cuando con majestad sobre su tallo
 Mécele fácil apacible brisa,
 No es más gallardo y bello que mi amante.
 El olor de la rosa
 Es menos grato al corazón de Atala
 Que de su boca el encendido aliento.
 ¿Y le habré de olvidar...? Vuela el colibri
 De un bosque al otro, y su pequeña esposa
 Parte rauda tras él... ¡Mi suerte impía
 Volar me niega tras la prenda mía...!

Ed. 1832.

Ed. 1825. Con los siguientes versos adicionales, al final:

¿Quién me lo veda? ¡Dios! ¿Y por ventura
 Ese Dios es un bárbaro, que fiero
 Se goza en mi dolor, y ve agrado
 De mi encendido pecho los tormentos?
 ¿Le deleitan acaso los acentos
 De desesperación, más que los himnos
 De hermosa gratitud, que un alma pura,
 Inocente y feliz, férvida eleva
 Hasta los pies de su perenne trono?
 ¡Ah! ¿Por qué de Chactás a la ternura
 Que pague con rigor duro me ordena?
 ¿Por qué permite que a Chactás yo adore?
 ¡Oh madre! ¡Oh madre! Tu irritada sombra
 Callar me ordena, y que a Chactás olvide.
 No le puedo olvidar: a Dios pluguiera
 Que posible me fuera
 Tus ansias sosegar ¡oh madre tierna!
 ¡Ah! Perdona clemente mis errores:
 No más me aterres... nó... Con alma pía
 Fide a tu Dios... que borre... nunca sea...!
 ¡Oh Chactás! ¡Oh gran Dios! ¡Oh madre mía!

A LA ESTRELLA DE VENUS

Estrella de la tarde silenciosa,
Luz apacible y pura
De esperanza y amor, salud te digo.
En el mar de occidente ya reposa
La vasta frente el sol, y tú en la altura
Del firmamento solitaria reinas.
Ya la noche sombría
Quiere tender su diamantado velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo día.
¡Hora feliz y plácida cual bella!
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto
En la callada soledad me inspira
De virtud y de amor meditaciones.
¡Qué delicioso afecto
Excita en los sensibles corazones
La dulce y melancólica memoria
De su perdido bien y de su gloria!
Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
Viste brillar serenas
Sobre mi faz en Cuba...! Al asomarse
Tu disco puro y tímido en el cielo,
A mi tierno delirio daba rienda
En el centro del bosque embalsamado,
Y por tu tibio resplandor guiado
Buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,
Trémula, bella en su temor, velada
Con el mágico manto del misterio,
De mi alma la señora me aguardaba.

En sus ojos afables me reían
 Ingenuidad y amor: yo la estrechaba
 A mi pecho encendido,
 Y mi rostro feliz al suyo unido,
 Su balsámico aliento respiraba.

¡Oh goces fugitivos
 De placer inefable! ¡Quién pudiera
 Del tiempo detener la rueda fiera
 Sobre tales instantes...!
 Yo la admiraba extático: a mi oído
 Muy más dulce que música sonaba
 El eco de su voz, y su sonrisa
 Para mi alma era luz. ¡Horas serenas,
 Cuya memoria cara
 A mitigar bastara
 De una existencia de dolor las penas!

¡Estrella de la tarde! ¡Cuántas veces
 Junto a mi dulce amiga me mirabas
 Saludar tu venida, contemplarte,
 Y recibir en tu amorosa lumbre
 Paz y serenidad...!

Ahora me miras
 Amar también, y amar desesperado.
 Huir me ves al objeto desdichado
 De una estéril pasión, que es mi tormento
 Con su belleza misma;
 Y al renunciar su amor, mi alma se abisma
 En el solo y eterno pensamiento
 De amarla, y de llorar la suerte impía
 Que por siempre separa
 Su alma del alma mía.

1826.

Ed. 1832.

Prospecto impreso en Nueva York, 1826, para anunciar una segunda edición de poesías de Heredia que no llegó a publicarse allí. *A La estrella de la tarde.*

Diario de La Habana, La Habana, vol. II del año 1829, No. 298, 25 octubre 1829, p. 1. *La estrella de la tarde.* Sin firma ni inicial de Heredia, y con esta mención al pie: "De un periódico extranjero".

En esta lección, a más de ligeras variantes, después de “de su gloria!”, dice:

¡Cuántas veces en Cnba, al asomarse
Tu disco puro y tímido, etc.

Y termina en el verso: “De una existencia de dolor las penas”, faltando pues los últimos catorce versos de la versión de 1832.

Vertida al inglés por la señora Gertrudis F. de Vingut, apareció esta composición en *Selections from the best Spanish poets*, New York, 1856. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por Francisco González del Valle.

Cuando tiendes los brazos delicados,
Mostrando los tesoros de tu seno,
Mis infortunios, mi penar olvido;
Y en el soberbio techo estremecido
De aplauso universal retumba el trueno.

Oyelo, goza, y en tu gloria pura
El galardón de tu talento hermoso,
Grata recibe. México te aclama
Hermana de Terpsícore sublime,
Y su delicia y su deidad te llama.
De la danza fugaz reina y señora,
El himno escucha que mi voz te canta:
Vuela, ninfa gentil, vuela y encanta
Al pueblo que te aplaude y que te adora.

1826.

Ed. 1832.

El Iris, México, t. I, núm. 6, 11 marzo, 1826 ♦.

María Pautret era una bailarina que actuaba con gran éxito en Méjico en aquella época, y a quien elogiaba siempre Heredia en las reseñas teatrales que publicaba en *El Iris* en 1826. En la correspondiente al núm. en que se publicaron estos versos, decía Heredia, al comentar la representación del *ballet D. Quijote y Sancho Panza*:

En este número publicamos algunos versos que inspiró al autor de este artículo la bella ejecución de la Sra. Pautret.

Dato del archivo de E. Larrondo, cortesía de José M. Chacón.

En *El Águila Mexicana*, México, 3 noviembre 1825, y con la firma L. A., apareció una poesía titulada *A la Sra. María Pautret en el baile de Los Encantos de Medea*, donde figura la siguiente alusión a Heredia:

Es la Pautret no más, la que de todo
El concurso se mira celebrada,
Y a cuyo revolver del pie ligero
La cítara dorada
Templaría placentero
El solemne cantor del orbe entero,
Heredia el joven, el sublime poeta
A quien el numen de los dioses vino,
A quien Naturaleza se sujeta.

ADIÓS

Belleza de dolor, en quien pensaba
Fijar mi corazón, y hallar ventura,
Adiós te digo, ¡adiós! Cuando miraba
Respirar en tu frente calma y pura
El ingenuo candor, y en tu sonrisa
Y en tus ojos afables
Brillar la inteligencia y la ternura,
Necio me aluciné. Mi fantasía,
A la imagen de amor siempre inflamable,
En tu bello semblante me ofrecía
Facciones que idolatro; y embebido
En esperanza dulce y engañosa,
Pensaba en ti cobrar mi bien perdido.

Mas ¡ay! veloz desapareció cual niebla
Mi halagüeña ilusión. En vano ansiaba
En tu pecho encontrar la fuente pura
Del delicado amor, del sentimiento.
Tan sólo caprichosa en él domina
Triste frivolidad, que me arrastrara
De tormento en tormento,
A un abismo de mal, llanto y ruina.
¡Qué suplicio mayor que amar de veras,
Y mirar profanado, envilecido,
El objeto que se ama, y que pudiera
Ser amor de la tierra, si estuviera
De pudor y modestia revestido!

¡Pérfida semejanza...! Si tu pecho,
Como tu faz imita la que adoro,
De prendas y virtud igual tesoro
En su seno guardara,

¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo te amara
Con efusión inmensa de ternura,
Y a labrar tu ventura
Mi juventud ardiente consagrara...!

Caminas presurosa
Por la senda funesta del capricho,
A irreparable mal y abismo fiero
De ignominia y dolor... ¡Mísero! en vano
En mi piedad ansiosa
He querido tenderte amiga mano.
La esquivaste orgullosa... ¡Adiós! yo espero
Que al fin vendrás a conocer con llanto
Si era fino mi afecto, si fué pura
Y noble mi piedad. Ya te desamo,
Que es imposible amar a quien no estima,
Y sólo en compasión por ti me inflamo.

¡No te maldigo, no! ¡Pueda lucirte
Serenos el porvenir, y de mi labio
El vaticinio fúnebre desmienta!
A mi pecho agitado
Será continuo torcedor la vista
De tu infausta beldad, y desolado
Tu suerte lloraré. Si acaso un día
Sufres del infortunio los rigores,
Y a conocerme aprendes, en mi pecho
Encontrarás, no amor, pero indulgencia,
Y el afecto piadoso de un amigo.
¡Belleza de dolor! Adiós te digo.

1826.
Ed. 1832.

EN LA REPRESENTACIÓN DE OSCAR

De un amor delincuente devorado
El infeliz Oscar se agita y gime.
¡Ay! Sus combates y dolor sublime,
¿Quién podrá contemplar con pecho helado?
Vedle temblar y reprimirse al lado
De Malvina, y volar a los desiertos
A ocultar su vergüenza y sus furoros.
Le es insufrible de Morvén la estancia,
Do ve a Malvina, y dobla su tormento:
*¿A qué apurar con importuno acento
Su ya débil y lánguida constancia?*
¡Oh! ¡Dejadle morir: la tumba sola
Puede apagar la inextinguible hoguera
De tan funesto amor...! Ya no resiste,
Y enfurecido y ciego,
Su espantosa pasión revela el triste.

Y Dermidio, su amigo... ¡su asesino!,
Lleva a sus labios áridos la copa
De pérfido placer; mas al instante
Se la arrebata... Su alma delirante
Por el mortal veneno
De amor celoso gime contrastada:
Provoca, lidia, y la fatal espada
Del amigo infeliz clava en el seno.
Víctima infausta de feroz delirio,
Vagar le miro luego
Por la fúnebre selva. Todo calla:
Le cercan los sepulcros silenciosos:

“¡Salvadme!” grita, “y oponed piadosos
 Entre el crimen y Oscar una muralla...”
 ¡Vano anhelar...! Las manos homicidas
 Tiene empapadas del amigo en sangre,
 Y le sigue doquier su sombra yerta:
 Para colmo de horror cobra el sentido;
 Ve su crimen atroz, y confundido
 Se hunde en la tumba que le aguarda abierta.

¡Oscar! ¡Miseró Oscar! ¡Ah! Yo no ignoro
 Lo que es una pasión desesperada,
 Y en torno miro de la frente amada
 Los tristes rayos del poder y el oro.
 ¡Oh! ¡Cuánto es duro en la abrasada frente
 Fingir serenidad, ahogar el llanto,
 Y en lucha eterna y en dolor eterno
 Agitarse y gemir...! ¡Ay! Fatigada
 Advierto mi razón, y bien conozco
 Que turbándose va. —Miseró Tasso,
 Seré tal vez tu igual en desventura,
 Pero en gloria jamás... ¡Ay! Mi locura
 Me arrastra... ¡Dó fué Oscar...?

Garay, mi amigo,
 Sublime actor, Melpómene severa
 Te presta su puñal: con mano fiera
 Víbralo tú, y en poderoso encanto
 Al pueblo estremecido que te admira,
 Con tu talento irresistible inspira
 Terror profundo, compasión y llanto.

1826.
 Ed. 1832.

El Iris, México, t. II, núm. 18, 17 mayo, 1826, ♦. *En la representación de la tragedia Oscar.*

El Mensajero Semanal, Nueva York, t. I, núm. 38, mayo 9, 1829, p. 278, *A la representación de la tragedia Oscar.*

Oscar es original del poeta francés Antoine Arnault, muy admirado por Heredia, quien le dedicó un estudio en *Miscelánea*, segunda época, Tlalpam, t. II, núm. 8, abril 1830, p. 97. Y de esta obra el mismo Heredia en *El Iris*, t. II, núm. 17, 13 mayo, 1826, había dicho en reseña de teatro publicada en la p. 29:

Oscar, hijo de Osían. Las bellezas de esta tragedia de tragedias han recibido nuevo realce en nuestro idioma de los versos bellísimos de D. Juan Nicasio Gallego. M. Arnault, su autor, es quizá el único autor moderno que ha entendido bien el verdadero amor trágico, y ha hecho de esta pasión aterradora el móvil de su acción, su móvil violento y terrible, en vez de un episodio frío y fastidioso.

Hemos tomado estos datos del archivo de Enrique Larrondo, que puso a nuestra disposición el doctor José María Chacón y Calvo.

En el *Diario de La Habana*, La Habana, 30 noviembre 1831, se publicó un comunicado firmado con las iniciales *J. M. H.*, en defensa y elogio del actor Diego Garay, en que se reproduce un fragmento de esta poesía, desde el verso que dice: “¿Dó fué Oscar...? Garay, mi amigo”, hasta: “Terror profundo, compasión y llanto”, con una llamada que indica que están tomados de *El Mensajero Semanal* de Nueva York.

A MI AMANTE

Es media noche: vaporosa calma
Y silencio profundo
El sueño vierte al fatigado mundo,
Y yo velo por ti, mi dulce amante.
¡En qué delicia el alma
Enajena tu plácida memoria!
Unico bien y gloria
Del corazón más fino y más constante,
¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho
La agitación lanzaste y el martirio,
Y en mi tierno delirio
Lleno de ti contemplo el Universo.
Con tu amor inefable se embellece
De la vida el desierto,
Que desolado y yerto
A mi tímida vista parecía,
Y cubierto de espinas y dolores.
Ante mis pasos, adorada mía,
Riégalo tú con inocentes flores.

¡Y tú me amas! ¡Oh Dios! ¡Cuánta dulzura
Siento al pensarlo! De esperanza lleno,
Miro lucir el sol puro y sereno,
Y se anega mi sér en su ventura.
Con orgullo y placer alzo la frente
Antes nublada y triste, donde ahora
Serenidad respira y alegría.
Adorada señora
De mi destino y de la vida mía,
Cuando yo tu hermosura
En un silencio religioso admiro,
El aire que tú alientas y respiro
Es delicia y ventura.

Si pueden envidiar los inmortales
 De los hombres la suerte,
 Me envidiarán al verte .
 Fijar en mí tus ojos celestiales
 Animados de amor, y con los míos
 Confundir su ternura.
 O al escuchar cuando tu boca pura
 Y tímida confiesa
 El inocente amor que yo te inspiro:
 Por mí exhalaste tu primer suspiro,
 Y a mí me diste tu primer promesa.

¡Oh! ¡luzca el bello día
 Que de mi amor corone la esperanza,
 Y ponga el colmo a la ventura mía!
 ¡Cómo, de gozo lleno,
 Inseparable gozaré tu lado,
 Respiraré tu aliento regalado,
 Y posaré mi faz sobre tu seno!
 Ahora duermes tal vez, y el sueño agita
 Sus tibias alas en tu calma frente,
 Mientras que blandamente
 Sólo por mí tu corazón palpita.
 Duerme, objeto divino
 Del afecto más fino,
 Del amor más constante;
 Descansa, dulce dueño,
 Y entre las ilusiones de tu sueño
 Levántese la imagen de tu amante.

Abril 1827.
 Ed. 1832.

Existe otra versión de esta poesía, cuycs primeros versos dicen así:

Es media noche: en vaporosa calma
 Y en silencio profundo
 Aduerme el sueño al fatigado mundo.
 Y yo velo, etc.

¡Con qué delicia el alma
 Se entrega toda a tu feliz memoria!
 Unico bien, etc.

¡Oh, cuánto te amo! De mi ansioso pecho, etc.

Carece esta versión de los siete versos que empiezan: “Con tu amor inefable se embellece” y terminan: “Riégalo tú con inocentes flores”. Se halla en el volumen de la Biblioteca Nacional, *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, pliegos 12-13, de puño y letra del poeta, y parece ser el borrador o versión primitiva de la composición publicada en 1832. Tiene 53 versos.

Créese que tanto esta poesía como la que sigue, *La ausencia*, fueron inspiradas por la señorita Jacoba Yáñez, con quien casó Heredia en 15 de septiembre del mismo año de 1827.

LA AUSENCIA

Cuando angustiado gimo
En esta ausencia impía,
Escucha, amada mía,
La voz de mi dolor.

Y cuando aquestos versos
Repitas con ternura,
Júrame en tu alma pura
Fino y eterno amor.

¿Quién me quitó tu vista?
¿Quién ¡ay! tu dulce lado?
Objeto idolatrado,
¿Quién me te arrebató?
Mientras otros prodigan
En vicios su riqueza,
La bárbara pobreza
De ti me separó.

De ella con mis afanes
Alcanzaré victoria,
Y entre placer y gloria
A ti me reuniré.

Te estrecharé a mi seno,
Te llamaré mi esposa,
Y en unión deliciosa
Contigo viviré.

Si no muda mi suerte,
Si aún me persigue el hado,
Nunca, dueño adorado,
Mis votos burlarán.

Pues pobre te haré mía,
Y de ventura lleno,
Te acostaré en mi seno,
Te haré comer mi pan.

Mas no; dulce esperanza
Me halaga en lo futuro,
Y de tu amor seguro
Pongo mi vida en ti.

Cuando suspiro triste,
Sé que en aquel instante,
Tu corazón amante
Palpita fiel por mí.

Sufre, cual yo, y espera,
Objeto a quien adoro,
Mi gloria, mi tesoro,
Divinidad mortal.

Piensa en mi amor constante;
Y la esperanza amiga
Alivie la fatiga
De ausencia tan fatal.

Julio 1827.
Ed. 1832.

LA MAÑANA

Ya se va de los astros apagando
El trémulo esplendor. Feliz Aurora
En las aves despierta voz canora,
Y en oriente sereno va rayando.

Con purpúreos colores anunciando
Al ya próximo sol, las nubes dora,
Que en rocío disueltas, van ahora
Las yerbas y las flores argentando.

Ven, mañana gentil: la sombra fría
Disipen tus albores, y de Elpino
El triste pecho colma de alegría.

Pues a pesar de bárbaro destino,
Mas bello sol darále aqueste día
De dos ojuelos el fulgor divino.

Cuaderno manuscrito de poesías
de Heredia, que perteneció al
archivo de J. A. Escoto.

Ignórase si esta poesía es original de Heredia o imitación o traducción. En algo recuerda al soneto *A Flérida*, que Heredia tradujo del portugués Bocage.

VOTO DE AMOR

Ven, suspirada noche, y dirigiendo
tu denegrado carro por la esfera,
a la ciudad, el monte y la pradera
ve con rápidas sombras envolviendo.

Ven, y sopor balsámico vertiendo,
tus pasos tenebrosos aligera,
pues anhelante Flérida me espera,
a mi pasión mil glorias prometiendo.

Si a mi súplica das fácil oído,
y misteriosa velas con tu manto
los goces y delirios de amor ciego,

inmolarte prometo agradecido
un gallo rojo y negro, cuyo canto
importuno perturba tu sosiego.

Cuaderno manuscrito de
poesías de Heredia, que
perteneció al archivo de
J. A. Escoto.

También el estilo de esta poesía, distinto del habitual en las poesías de Heredia, se asemeja mucho al del soneto *A Flérida*, que tradujo del portugués Bocage; pero no nos ha sido posible comprobar si es original o traducción.

Al terminar la reproducción de las poesías amorosas de Heredia, parécenos oportuno copiar —de datos tomados del archivo de E. Larrondo, por cortesía de José M. Chacón— lo que el mismo poeta dijo de las composiciones de esta índole, tanto propias como

ajenas. En *Miscelánea*, primera época, Tlalpam, t. I, núm. 3, noviembre de 1829, p. 92-100, al hacer la revisión de las *Obras de Fernando Calderón*, escribía:

El abandono en que ha yacido entre nosotros el cultivo de las bellas letras es la consecuencia necesaria de los tres siglos de servidumbre transcurridos en el bárbaro régimen colonial. Bajo el férreo yugo que dominaba la voz y aun el pensamiento, la lira americana sólo podía cantar frívolos amores, sin traspasar el grado de calor marcado por el termómetro del Santo Oficio, y era imposible que tuviese la vibración y fuerza necesaria para elevarse a las regiones más nobles de la Poesía, ni desenvolver en versos libres y enérgicos los sublimes principios de la moral y las grandes armonías de la Naturaleza. Rota ya felizmente aquella cadena ominosa, apagadas las hogueras de la Inquisición, y quitado el freno al vuelo del genio creador, parece indudable que México unirá muy pronto en su frente la oliva de Minerva y el laurel de Apolo a las palmas sangrientas de Marte. Los mexicanos, dotados de órganos felices, cubiertos por un cielo brillante, y cercados de las más nobles formas de la Naturaleza, no pueden menos de alzar el vuelo de sus genios a la estrellada región de la Poesía, bajo la égida protectora de la libertad. El entusiasmo divino que los precipitó a la lucha de independencia, tomará otro camino más apacible con la restitución de la paz, y marchará por una senda más florida al templo de la Gloria... Por el interés de su propia gloria y la de su país, rogamos al señor Calderón que, dejando la lira de Anacreonte, emprenda este nuevo y brillante camino, y haga a su musa enérgica interpretadora de grandes principios y sublimes verdades.

Y años antes, en artículo crítico de las *Poesías de Joaquín María del Castillo y Lanzas*, de Jalapa, publicado en *El Iris*, México, t. II, núm. 24, 7 junio 1826, p. 82, había dicho:

A la verdad que desearíamos contener en los jóvenes la manía de contarnos con más o menos [Parece faltar aquí una palabra, en la copia de Larrondo] sus aventuras amorosas, que por la mayor parte sólo producen lo que los ingleses llaman *school-boy's poetry* [poesía de colegial]. Canten en buena hora sus gustos y sus penas, pero no los ofrezcan al público, y mírenlos sólo como ejercicios para cultivar el talento que, mejor empleado, podrá ser útil a la ilustración y moral pública. El autor de este artículo debe confesar con candor que no está exento del mismo defecto, y que en la edición de sus Poesías se dejó llevar por los impulsos de su corazón, más bien que por las reglas de la crítica. Empero, no por eso aprobará en otros lo que censura en sí.

A pesar de estas manifestaciones, Heredia no omitió sus poesías amorosas en la edición posterior, publicada en 1832. En cambio, no se conoce ninguna poesía suya de este género, hecha después de 1827.

Í N D I C E

V O L U M E N I

	<u>Pág.</u>
Introducción, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	7
Días y hechos de José María Heredia, por <i>Francisco González del Valle</i> y <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	19
Heredia. Apuntes para un estudio sobre su vida y su obra, por <i>Enrique Gay Calbó</i>	33
Reencuentro y afirmación del poeta Heredia, por <i>Angel I. Augier</i>	53
ENSAYOS POETICOS.	
INDICE	81
INDICE PARTICULAR DE LA COLECCIÓN DE FÁBULAS	84
ADVERTENCIA	86
DEDICATORIA	86
COLECCIÓN DE FÁBULAS.	
.	87
El filósofo y el buho	87
El milano y el palomo.	88
Los dos gatos	89
El ruiseñor, el príncipe y su ayo	90
El grillo.	90
La paloma y la curruca	92

	<u>Pág.</u>
La ardilla, el perro y la zorra	93
La presumida y la abeja	94
El piloto imprudente	95
La oveja y el perro	96
Los dos diamantes	97
El gato y los ratones	97
El buey, el caballo y el asno	98
El loro confiado	99
La paloma y la marica	100
Júpiter y Minos	102
Esopo y un majadero	103
El fénix	104

ENSAYOS POÉTICOS.

Al concluirse una partida de campo	105
Elegía. La salida de Caracas	105
Oda. Mis deseos	106
Las ruinas de Mayquetía	108
Soneto	108
La envidia	109
La avaricia	109
Carta a M. F., conde de Tovar	110
La despedida	111
Oda	113

OBRAS POÉTICAS.

ÍNDICE	117
------------------	-----

POESÍAS AMATORIAS.

Del amor	121
Mi ciencia	122
La herida	123

	<i>Pág.</i>
Los ojos de Belisa	124
Las palomas	124
La declaración	125
El sueño	126
La ausencia	127
La constancia	128
Los desvelados	128
A mi rival	130
El ¿qué dirán?	132
El billete.	133
El amante firme	134
El amante despechado	137
La despedida.	139
La partida	142
La mudanza	143

POESÍAS JOCOSAS.

Le cayó la lotería	145
Cuento	146
Descripción de la fiesta que se hizo a bordo de la fragata anglo-americana "Isabela" al pasar el trópico de Cáncer el día 18 de diciembre de 1817.	148
Epigrama.	151

POESÍAS DEL GÉNERO ELEGÍACO Y HEROICO.

En la muerte de la reina doña María Isabel Francisca de Braganza	152
Cristóbal Colón	153
El amor	154
Inscripciones	154
Alegoría I.	155
Alegoría II.	155
En la abolición del comercio de negros	156

	<i>Pág.</i>
Al coronel don José Barradas	158
En la representación de la tragedia "Doña Inés de Castro".	160
A. D. J. M. Unzueta en su viaje a La Habana	161
Al Sr. marqués de Casa-Ramos, en sus días	163
Traducción de la oda 14 de Horacio	163
Carta a Manuel B.	164
A la muerte	167
Abuso de la navegación	168
Con motivo de haber abrazado un amigo la carrera militar. . .	171
Himno patriótico en la publicación del indulto real en Ca- racas el 13 de septiembre de 1817.	172
En celebración de las victorias conseguidas en Nueva España bajo el gobierno del Excmo. Sr. conde del Venadito. . .	174
A don Blas Osés.	177

POESIAS AMOROSAS.

La desconfianza	195
Mis versos	197
Mi gusto	198
A mi querida	199
Para grabarse en un árbol	200
La partida	201
La prenda de fidelidad	203
El rizo de pelo	206
A Elpino.	209
Recuerdo.	211
A la hermosura.	212
A D. Domingo Delmonte, desde el campo	215
La inconstancia	219
Misantropía	222
A . . . , en el baile	225
A mi caballo.	228
La cifra	230
¡Ay de mí!	231
A una señorita que leía con gusto mis versos.	232

	<i>Pág.</i>
A Lola, en sus días	234
El ruego	238
Ausencia y recuerdos	239
El desamor	242
El consuelo	245
En mi cumpleaños	247
Los celos	253
El convite	257
La resolución	260
A Rita L.	262
Renunciando a la poesía	265
La lágrima de piedad	267
Atala	269
A la estrella de Venus	272
A la señora María Pautret	275
Adiós	277
En la representación de <i>Oscar</i>	279
A mi amante	282
La ausencia	285
La mañana	287
Voto de amor	288